Sobre este libro

En noviembre de 1997, bajo el agobio de un domingo caluroso, llegué por primera vez a un grupo de Narcóticos Anónimos. Mi mujer de entonces me acompañó casi de la mano hasta la parroquia La Consolata, en La Paternal, y se volvió enseguida para cuidar a nuestro hijo, que había quedado durmiendo en el departamento, a dos cuadras de allí. Me dio un beso y me deseó buena suerte.

Yo me quedé en la recepción, sin entrar del todo al pasillo lateral que conducía a los salones donde se juntaban distintos grupos. No había ningún cartel y por nada del mundo me habría animado a preguntar. ¿Qué preguntar: "¿Acá reciben drogadictos?"? Ni loco, pensé, antes me muero. Para distraerme me puse a mirar la cartelera de actividades de la parroquia, no quería volver temprano a casa y decepcionar nuevamente a mi mujer. Ella estaba contenta, había averiguado todo y le habían dicho que los grupos de Narcóticos Anónimos eran el mejor lugar para dejar la cocaína. Yo la consumía junto con whisky desde los dieciocho años, y ya para ese entonces tenía treinta y uno. Estaba cansado, el consumo me había arrastrado por todos los lugares habidos y por haber, desde hospitales hasta la cárcel. Más de una vez había estado a punto de perder la vida. Había perdido trabajos, amigos, matrimonios... Ya casi nadie confiaba en mí y mucho menos me tomaba en serio.

Leía los días de catecismo, las misas a pedido, los horarios de secretaría, y me olvidaba, como me pasa siempre, de qué era lo que había ido a hacer a ese lugar. Recuerdo esa sensación, ese vacío particular, ese estar a la deriva. De

golpe una persona, un hombre de algo más de cincuenta años, tostado de lámpara, con unas cadenas y unas pulseras enormes de oro enchapado, salió de uno de los salones y al verme se me vino al humo. Me saludó y me preguntó si venía para los grupos.

—¿Qué grupos? —le contesté.

—Los de catecismo no, flaco —me dijo el hombre, y largó una carcajada que retumbó en el cuarto de hospital que era y sigue siendo el anexo de esa parroquia.

Me reí también. El tipo me pasó el brazo por los hombros, me condujo a la reunión y me presentó como "el recién llegado".

No recuerdo su nombre, no recuerdo su voz, ni si era alto, se me hace que sí, o si era gordo o flaco. Sólo el bronceado y el oro falsos, el tono de las palabras que dijo para compartir su experiencia conmigo en el ritual común de bienvenida que se les da a todos los que llegan a esa confraternidad por primera vez.

Entré y me quedé. Junté casi un año limpio antes de mi primera recaída. Junté casi seis meses limpios antes de la segunda. Y después necesité de una internación para poder parar. Junté ocho meses y dieciséis días en esa internación, y desde entonces es que no puedo juntar más de seis o siete semanas sin volver a consumir, sobre todo alcohol. Pero muchas veces volví a los grupos y cada vez fui recibido sin juicio, con un calmo silencio al contar el dolor absurdo de tropezar siempre con la misma piedra. Los compañeros me recordaron que yo me debía respeto, y cuando, avergonzado, contaba mis recaídas, las palabras eran casi siempre las mismas. Que estamos enfermos. Que nos descuidamos un poco y estamos otra vez en el horno. Que esto es sólo un día a la vez. Así me alentaban a empezar de nuevo.

Casi siempre un adicto, un alcohólico, sabe exactamente por qué vuelve a consumir. Hasta se podría decir que, en silencio, su mente lo planea y va concediendo

terreno a una idea que en principio es un germen, algo pequeño y *a priori* inofensivo, pero que está destinado a crecer como una planta, una planta carnívora. Es una idea simple, instalada en la tierra fértil de una mente obsesiva, la mente de un adicto: "Esta vez va a ser distinto". Y la idea crece, lógica y coherente. Porque es lógico y coherente pensar así, ya que si otro puede, ¿por qué no voy a poder yo? Y entonces la planta despliega sus tallos y nace una ilusión: "Todo está bajo control". Y ese control ilusorio, o esa ilusión de control, despliega también sus tallos y sus hojas y se expande hacia todos los aspectos de nuestra vida con una energía ingobernable y letal. Más o menos rápido según las personas, según las circunstancias, pero igual de feroz al final del trayecto: todos los adictos sabemos cómo empezamos, ninguno de nosotros sabe cómo ni cuándo va a terminar.

De esas personas va a hablar este libro, de personas que, como yo, luchan día a día para seguir adelante. De los que amanecen agradeciendo sencillamente por el hecho de estar limpios, abstinentes, porque no consumir por veinticuatro horas significa veinticuatro horas de milagros ininterrumpidos. Un adicto que no consume es un número contra todos los pronósticos, algo fuera de lo normal, una balsa que se mantiene a flote pese a que todo propicia el hundimiento. De aquellas personas y de otras que la enfermedad devastó o que sencillamente quedaron en el camino. De muchos que son mi vida o que pasaron por ella, que supieron mirarme cuando nadie lo hacía.

Se me ocurre que algunos de estos retratos, de estas crónicas, podrían tener algún valor para un lector en especial: el lector que se identifique de alguna manera con este sufrimiento. Escribir es, entre otras cosas, civilizar el dolor. Y yo, que alguna vez me sentí un deficiente moral, un ser perverso que sufría y hacia sufrir a los demás, un día escuché con alivio la palabra "enfermedad". Que tenía una enfermedad es lo que escuché; y que la enfermedad podía

tratarse, y que el consumo compulsivo podía parar. Jamás había pensado, hasta ese día, que la palabra "enfermedad" podía hacerme suspirar de alivio. Y escuché, durante horas y en silencio, a esos compañeros que hablaban de tres, cuatro, cinco, diez, quince años sin drogas ni alcohol. ¿Años sin drogas ni alcohol? La vida sin drogas ni alcohol es imposible, aburrida, sin sentido, mejor morir, mejor seguir igual, mejor sufrir que disfrutar de la vida sin drogas ni alcohol. ¿Cómo es eso? ¿Mejor sufrir que disfrutar de la vida sin drogas ni alcohol? Así de grande es el problema, así de sutil la locura, así de oscura la condición del alma, así de incurable la enfermedad que doblega al adicto.

Escribo estas palabras con las manos endurecidas. El cuerpo tiene sed y el alma se siente sola, pero me siento mejor al rememorar las palabras de mi anfitrión, las palabras que me dijo el compañero cincuentón, ese que el azar quiso que yo nunca volviera a ver, ese del cual no recuerdo casi nada, excepto el bronceado y el oro falsos. "Pase lo que pase vos vení", me dijo, "que acá te vamos a querer, hasta que puedas quererte solo".

Paso uno

"Admitimos que éramos impotentes ante nuestra adicción, que nuestra vida se había vuelto ingobernable."

Lo que al adicto lo convierte precisamente en adicto no es el consumo de drogas ni el comportamiento que se pueda llegar a tener, sino una enfermedad. O algo que opera en nosotros, los adictos, con todas las características que tiene una enfermedad. Una enfermedad implacable que indefectiblemente lleva a la persona que no la trata como tal a una completa decadencia. Una enfermedad que lo consume todo, un huracán que nace en la obsesión, se alimenta del egocentrismo y descarga su fuerza en ira compulsiva. Que se niega a sí misma, que usa la inteligencia de las personas enfermas para alimentar esa negación poniendo las responsabilidades afuera. Que te arrastra una y otra vez por todas las miserias humanas hasta dejarte aislado, en una lastimera desesperación. Y que te hará terminar en los mismos lugares: hospitales, cárceles o cementerios.

La crónica que sigue muestra uno de los momentos en los cuales estuve cerca de rendirme a la evidencia. Cerca de dar ese primer paso tan necesario para comenzar a salir del laberinto. Donde, luego de negar la naturaleza exacta de mis faltas encontré una persona especial, ¿un loco?, que me dio una tremenda lección de humildad.

Sin humildad no hay salida para este problema. Dicen en los grupos de Narcóticos Anónimos y de Alcohólicos Anónimos que la puerta de la sanación es muy ancha, pero también muy baja. O sea, que todo el mundo puede pasar por ella, pero que para hacerlo hay que agachar la cabeza.

Es simple: la ayuda no llega si uno no la pide. Y la única manera de pedir ayuda antes de que algo pase es pedirla todo el tiempo, cada vez, cada día. La otra, más efectiva y subli-

me, es estar dispuesto a dársela a otro que lleve en el alma la misma condición, el mismo Karma.

Si el lector encuentra cierto misticismo personal en esta crónica, debe saber entonces, si es que no lo sabe ya, que no niego en absoluto esta condición personal o esta certeza que tengo de saber que el Universo no tiene sólo la dimensión natural en la cual nos movemos, y que muchas veces hay cruces o señales, pequeños milagros diría yo, que se hacen enormes cuando llegan en el momento justo. Cuando vienen a mostrarnos, echados sobre nuestra cara como un rocío fresco, que sólo tenemos que estar atentos si queremos ver todo lo que está a nuestro alcance, y que la belleza, con la cual opera muchas veces el amor universal, tiene la enorme capacidad de curar los males y aliviar las penas.

Dedico esta historia a ese hombre que conocí en la provincia de Córdoba y que, lo sé, ya se ha ido de nuestro mundo a uno de aquellos que anhelaba él y que miraba desde alguna de sus reposeras blancas: porque viste mi alma como en una radiografía con tus pequeños ojos ocultos entre tu pelo y tu barba, porque me viste sediento y me diste de beber, vaya ésta, tu canción.

El amparo de las estrellas

Yo conocí a un hombre de otro mundo. A un alcohólico de otro mundo. A fines de 1999, en medio de toda esa locura ciberapocalíptica que se suponía iba a venir de mano del nuevo milenio. A pocos kilómetros de Villa General Belgrano. Y amén de que suene espantoso decirlo así, ya que la frase se asume en casi el ciento por ciento de las veces como una metáfora, y una metáfora innoble y por lo tanto vulgar: yo conocí a un hombre de otro mundo. Sin metáfora.

Viajaba por la ruta 5 de Córdoba en dirección a un lugar llamado El Dorado. Por nada en especial, simplemente estaba de vacaciones, y las vacaciones en la ruta son para mí las mejores vacaciones que se pueden tener. Y cuando escuché que existía un pueblo con ese nombre, ahí, entre los valles del río Tercero, decidí conocerlo. Soy un fanático de Herzog. No sólo de su cine, sino que soy un fanático de él como persona, como eso que anhelo ser y que él es: un artista real todo el tiempo, mucho más artista en su vida cotidiana que en sus películas, mucho más real en sus películas que en su vida cotidiana. También soy un fanático de *Aguirre, la ira de Dios*. Y sencillamente por eso me iba a El Dorado en mi Peugeot 106 RG. Sintiéndome bien, tranquilo, escuchando tan sólo el motor y el sonido del viento en la ventanilla baja. Y llegando al desvío que indicaba el mapa leí un cartel: "Museo OVNI". Por supuesto, me detuve.

Di la vuelta, crucé la ruta y estacioné en la propia sombra que daba el cartel. Toda la casa estaba tapada por un cerco de ligustrina lo suficientemente alto como para que

no pudiera verse al otro lado. Y la ligustrina estaba muy crecida y no se adivinaba a primera vista en dónde podía llegar a interrumpirse para dar paso a la casa. Busqué un pilar o una columna o un palo en donde alguien hubiera podido instalar un timbre, pero no encontré nada. Seguí buscando más allá de la esquina, y lo mismo. Golpeé las palmas a lo largo de todo el frente (si ahí estaba el cartel, ése tenía que ser el frente). Grité, recuerdo que grité: "¡Museo OVNI, Museo OVNI!". Y cuando ya estaba por irme vi, detrás del cartel y a la altura de mi auto, en una pequeña abertura entre las ramas, el extremo de una cuerda. Aparté las ramas para tomar la cuerda y entonces vi la entrada: una tranquera color verde viejo perfectamente camuflada tras las ramas color verde viejo. De la cuerda colgaba, pegado con cinta de embalar, un papel arrugado: "Tire una vez", se leía perfectamente ahí.

Tiré varias veces de la cuerda y me senté en el capó del auto a esperar. A los cinco minutos largos, más o menos, salió el hombre de otro mundo. Enorme, de al menos un metro noventa, flaquísimo y de cabeza puntiaguda caída hacia adelante como si la frondosa barba verde y amarilla, que parecía el mismo ligustro que rodeaba su casa, fuera tan pesada que le impidiera erguirse.

—¿Acá es el museo? —pregunté. Y enseguida me di cuenta de que ni siquiera había dicho buenas tardes.

—¿No leyó el cartel? —dijo el hombre de otro mundo.

—Sí, por eso tiré de la cuerda.

—Tiró cinco veces de la cuerda. Y ahí dice claramente: "Tire una vez".

—Tiene razón, disculpe.

—Cinco veces es emergencia.

—Eso el cartel no lo dice.

—Es que eso lo sabe cualquiera, en cualquier lugar del mundo.

Nos quedamos un rato en silencio. Lo suficiente como

para que yo me sintiera incómodo, hasta que el hombre se acarició la barba y por fin habló:

—Por eso salí tan rápido.

Entramos sin que me invitara a entrar, sencillamente dio media vuelta y yo lo seguí. Nos abrimos paso entre las ramas de ligustrina y pasamos a un jardín de tierra y reposeras. Cincuenta metros de eso: tierra y reposeras. Había reposeras de todos los estilos alineadas de tal manera que formaban una sucesión de V cortas o puntas de flecha. De tal manera que si dos personas se recostaran en la misma V corta o punta de flecha, quedarían cabeza con cabeza. Al final de ese jardín sin plantas o de ese solárium sin piscina estaba el museo: un vagón de tren antiguo de madera, con una abertura como puerta y unas ventanas fijas hechas con botellas de vidrios aplastadas y unidas formando un extraño vitral.

—Qué buena idea —dije.

—Se llama *vitraux* —dijo él—, y es una idea antigua.

—Sí, me imagino.

—Éstas las hacen acá mismo, los otros borrachos.

Me quedé helado. Pensé que el hombre se había dado cuenta de mi condición y había aludido a mí al decir "los otros borrachos".

—¿Quiere tomar algo? —me preguntó.

—Hace dos meses que estoy sobrio —dije—, además estoy manejando, usted ya sabe.

El hombre se rió.

—Me refería a té helado, es lo único que puedo ofrecerle.

Disimulé el malentendido y le dije que no. El hombre de otro mundo subió al vagón y bajó con una mesa y una silla chiquitas. También puso un talonario sobre la mesa y se colocó una gorra que decía, justamente, Museo OVNI.

—La entrada sale diez pesos —me dijo, y me cortó un ticket del talonario—, pero si no tiene es a voluntad.

Le dije que prefería los diez pesos, porque si había algo

que no tenía era voluntad. Algo así le dije, o creo que le dije.

—Dígame la verdad —dijo el hombre, que guardó los diez pesos, se sacó la gorra y se levantó de la silla. Lo miré y estuve a punto de decirle la verdad: no podía juntar ni dos días sobrio. De hecho venía bebiendo bastante y saliendo a manejar así, semiborracho, a la ruta.

—¿A qué se refiere?

—A la voluntad —dijo él—. Cuando le dije "voluntad" me refería a buena voluntad. ¿Se entiende?

—Se entiende, decir mala voluntad es como decir amor propio. Calificar una virtud es igual que negarla.

El hombre me miró y estuve a punto de aclararle que no era un pensamiento místico sino moral, pero me quedé callado. Si había algo que siempre oscurecía mi conversación era mi constante obsesión por aclararlo todo. Acompañé el silencio del hombre ahora sin incomodidad: lo que yo había dicho quizá le había sonado inteligente y pensé que esta vez había caído bien parado en el silencio.

—El problema son los seis meses, al menos con mis borrachos. El tiempo exacto en que tarda el cuerpo en desintoxicarse, casi siempre se toma por la duda.

—"Por las dudas", querrá decir.

—Bueno, por la suma de dudas: la duda. Esa duda que se hace insostenible a pura voluntad, que necesita repartirse. La gente piensa, y los borrachos también, que el peso de la cruz es el peso del pecado, justamente no hay madero más pesado que el que fue tallado en la duda. En todo este planeta pasa lo mismo.

—A los otros borrachos, ¿no? —dije.

—Sí, claro, a los otros borrachos.

Dijo esto y se puso serio, muy serio.

—Yo hice un experimento —me dijo—, y si quiere hágalo usted. Si a cualquier alcohólico con años de sobriedad se le presentara un ángel con una botella de vino y le

dijera que le quedan dos horas de vida y que tiene la libertad de morir seco o morir borracho, sin que esto implique premio o castigo alguno, la mayoría morirían borrachos.

—Por supuesto —dije—, sencillamente porque la mayoría viviríamos borrachos.

—Sencillamente por eso —dijo—. Lo mejor va a ser entrar.

En el museo encontré lo de siempre: fotos improbables de improbables platos voladores, réplicas de dioses antiguos que podían tomarse por astronautas, pirámides, imágenes de Cristo como un extraterrestre, el pez, el infinito, los grandes desiertos, la muralla china. Libros autoeditados de tapas amarillas con un arcoíris atravesándolas y todas las demás cosas que pueden encontrarse en cualquier lugar de ésos. También *Las máscaras de Dios*, de Joseph Campbell.

—Este libro parece de otra biblioteca.

—Parece, nomás. ¿Y éste?

Sacó de un estante bajo un ejemplar de *El cielo y sus maravillas y el infierno*, de Emanuel Swedenborg. De tapa azul, con una entrevista a Borges a modo de prólogo.

—También.

Pero más allá de esos dos libros asombrosos, el museo era tan sórdido y aburrido como yo lo esperaba. Me puse de mal humor, de muy mal humor. Un humor que me lleva siempre, indefectiblemente, a la soberbia. ¿Por qué un hombre a quien de pronto le había confesado mi alcoholismo y el cual me había instigado primero directa y luego indirectamente a decirle una supuesta verdad que yo ocultaba en mi corazón, no volvía ahora a insistir con mi alma y se dedicaba como un charlatán a hablarme de la historia de los marcianos? ¿Y por qué su discurso hablaba del paso de la fe, del paso de la rendición: el primero que había que dar en el programa de Alcohólicos Anóni-

mos, como si lo hubiera transitado y trabajado muchas veces, como si lo hubiese escrito él? Me sentía confundido. Seis meses es el período al cabo del cual más comúnmente se recae, es verdad, y si uno no llega a la rendición en ese tiempo, pierde. El tipo este tenía que ser una especie de pastor, un evangélico del espacio o algo así, y si bien me había ofrecido su mano, ahora, por una extraña razón, me la negaba.

—Usted no cree en nada, ¿no? —dijo—. Y frenó acá sólo porque piensa que esa curiosidad sobre la gente rara lo hace diferente. Diferente entre la gente de allá.

—Bueno —dije—, eso lo baja a la Tierra. Usted debe pensar así de todos los porteños.

—En este momento lo pienso de usted —dijo el hombre de otro mundo—; sin embargo, usted solito se confesó.

—Le mentí —dije—, quédese tranquilo que le mentí.

—Mucho mejor, porque yo también le mentí.

—No entiendo.

—Con el cartel de "Museo OVNI".

—¿O sea que usted no cree en los ovnis? ¿Y engancha borrachos de esta manera? Es absurdo.

Me parecía, ahora sí, verdaderamente absurdo.

—¿Qué me dice, entonces? —me apuró.

—Que ya no tiene gracia.

—El que tocó la campana fue usted.

—Cinco veces, engañado.

—Ningún engañado busca tanto una entrada tan bien escondida. Hay que insistir —dijo.

—"No ves que vengo de un país, que está de olvido siempre gris..."

—"...tras el alcohol". Un velo de negación.

—Un manto de piedad —dije.

—No, una mortaja a la vida. ¿Usted sabe quién inventó el alcohol?

—Los monjes, creo.

—¿Y sabe lo que significa la palabra alcohol?

—No exactamente, pero creo que en árabe prácticamente quiere decir alma. O espíritu.

—Acá termina el recorrido y usted ya no me sirve para nada.

Dijo esto así, en seco, y sentí la furia en la sangre. Me levanté indignado.

—Usted es un borracho.

—Si usted lo dice...

—Usted es un chanta, un alcohólico cualquiera —reafirmé.

—Un alcohólico cualquiera es lo único que no soy, querido amigo, yo jamás probé una gota de alcohol. De hecho soy el único alcohólico en todo el Universo que jamás en su vida bebió una gota de alcohol.

—Lo felicito —dije—, llegó al *delirium tremens* de onda, nomás.

Salí de ahí enfurecido. En la calle, le arranqué el cartel a la soguita, me subí al auto y me fui, cinco kilómetros a todo vapor hasta Villa General Belgrano. Olvidado de El Dorado por completo, fuera de mí. Loco. Me sentía ofendido, profundamente afectado por el hombre del supuesto museo, no sólo porque había dado en la tecla al darse cuenta de que mis intenciones desde un principio habían sido las de sobrarlo, la de pasar un rato con un posible *freak* que me diera alguna anécdota divertida para contar a mis amigos en Buenos Aires. Supongo que advertirlo era muy fácil para él, y al fin y al cabo cobraba sus diez pesos fuera la gente a lo que fuera. El problema es que yo solito me había metido en el tema del alcohol, como él bien dijo; me había confesado sin que nadie me lo pidiera y al primer amague, exponiendo mi alma como un niño. Además, esa última frase: "Usted ya no me sirve", como si el hijo de puta conociera el botón más sensible de esa computadora deprimente que terminé de configurar en la década del 90

y que parecía no tener arreglo. Yo sirvo para muchas cosas, pensé, y me dieron ganas de volver para decírselo y tirar hasta el cansancio de la soga.

Entré en un hotel, embalado como venía, tanto que salió un tipo a decirme algo.

—¿Usted está loco? —me amonestó en cuanto paré el auto—, acá salen chicos de atrás de los árboles.

Lo miré. Y me di cuenta de que, aunque sonara de lo más extraño, no había nada de extraño en lo que el tipo me había dicho. Él era un alemán muy alemán, más alemán que todos los alemanes que yo había visto en mi vida hasta el momento. Un ser sin pigmentación, vestido como un niño cantor del Tirol.

Pedí disculpas, entré y me registré en el hotel. Subí a la habitación, me di un baño caliente. Me tomé las petacas del frigobar y, entonado, salí a caminar por el pueblo.

Villa General Belgrano tiene un récord que pude comprobar en las tantas ocasiones en las que fui. Es el único lugar que te fascina durante 300 metros y pasado ese límite te dan ganas de salir corriendo. Sin embargo, para los seres enojados (en esa época podría haberme anotado primero en la lista de los que andaban enojados en la vida porque sí), es el lugar perfecto para pasar inadvertido. Y por eso siempre voy, es muy interesante el desfile de caras de culo de los lugareños contrastado con el de caras de feliz domingo de los turistas. Pareciera ser que, además del chucrut, las salchichas y las cervezas, los pinos y los bermudas con tiradores, los alemanes verdaderos o truchos que viven ahí, lograron todas las variantes posibles de caras de culo que uno podría llegar a imaginar. Te atienden con cara de culo, te preguntan con cara de culo, te agradecen con cara de culo, son amables, hacen fiestas, e incluso sonríen con cara de culo.

Supongo que por eso son invencibles. En el pueblo prohibieron todo tipo de carteles que no estén hechos en

madera, se dedican a las tortas vienesas, a cultivar flores, a plantar coníferas, etc., etc., etc. Y todo les sale perfecto. La maravillosa máquina alemana logra ahí la prueba más sublime de que esta tierra es buena y que los malos somos nosotros: los indios, los argentinos.

La gente sabe todo, y si preguntás algo te explican hasta lo que no querés que te expliquen. Por ejemplo: la camarera de El Ciervo Rojo se tomó más de cinco minutos para explicarme por qué la cerveza que yo no había pedido y que se fabrica ahí era superior a la Quilmes que yo sí había pedido sencillamente porque se fabrica en Quilmes. Cuando terminó de explicármelo, le pedí que, de todas maneras, me trajera una Quilmes. Ella sonrió (con cara de culo) y me pidió una razón por la cual yo no seguía su consejo de tomar la cerveza artesanal.

—Me trae diarrea, querida —le dije.

La palabra diarrea es una palabra excelente a la hora de sacarse a una mujer de encima.

Por supuesto que no se pueden hacer bromas en público ahí. Recuerdo en otra ocasión haber entrado a una bombonería donde un cartel decía: "Día del Abogado", vaya a saber por qué yo leí "Día del Drogado" y al segundo golpe de vista, por supuesto, me di cuenta de mi error y le sonreí al inconsciente. Mi sonrisa despertó la curiosidad de la empleadita, que me miró como Heidi miraría a Pedro antes de ser desflorada por el abuelito. Con inocencia, me miró. Entonces se lo dije, un comentario obligado por su mirada estúpida, supongo:

—¿Podés creer, nena, que leí "Día del Drogado"? —dije—, y ojo que yo no me drogo.

Nadie respondió y me quedé esperando a que me atendieran, no me di cuenta de que el dueño había salido del local y a los tres minutos tenía encima de mí a la Policía. No pasó a mayores, ya que el agente más o menos entendió, pero tuve que pedirle disculpas a la empleada y salir sin comprar.

Volviendo al hombre de otro mundo: yo estaba parado frente a un local de discos, en realidad de casetes, cuando lo vi. Salía de una papelería-cotillón. Me saludó alzando la mano y yo también lo saludé. Entonces me di cuenta de que, en realidad, no me estaba saludando, de que me mostraba un rollo de cinta de embalar. Me le acerqué.

—Disculpemé —le dije—, fue una tontería de mi parte.

—Creo que fue un pedido de auxilio —me dijo el hombre de otro mundo—, nadie que toca cinco veces la campana lo hace por tontería.

Lo miré y él sonrió, sin cara de culo, detrás de la barba ligustrina. Sonrió de una manera fascinante.

—Yo no soy el dueño del museo, soy el que lo está cuidando —agregó sin más—, así que también le debo unas disculpas. Y ese vagón no es el verdadero museo, el verdadero está muy cerca, en otro lugar. Pero usted tiene una emergencia, y me gustaría ayudarlo.

—Yo no tengo una emergencia, yo soy la emergencia —dije.

—Exacto, entonces dígame lo que se viene guardando.

—Se lo digo, pero con una cerveza de por medio.

Fuimos a El Ciervo Rojo y pedí una Quilmes. No lo hice con la intención de molestar.

—La gente de acá prefiere la artesanal —dijo en cuanto yo pedí.

—A los alcohólicos nos da lo mismo cualquiera.

—Es verdad.

Serví dos vasos y no iba a ser hasta último momento que me diera cuenta de que ninguno de los dos iba a tomar absolutamente nada. Ni yo ni él íbamos a tomar, yo por estar concentrado en él, y él, como todo el otro mundo

sabe, porque es el único alcohólico en el Universo que jamás probó el alcohol.

Y fue durante esa charla, cerveza sin tocar entre los dos, que el hombre me habló del otro mundo, me confesó que venía de varios lugares y era capaz de ver e ir a muchos otros lugares. Me dijo que podía ir de provincia en provincia, sentado al lado de un conductor o de un piloto de avión, sin siquiera moverse de su casa. Que todos éramos capaces de hacerlo en realidad, pero estábamos atados tan fuertemente a la Tierra que no podíamos despegarnos ni a palos. "Ni a palos" fue la expresión que usó.

Habló mucho y rió mucho, y en un momento me pareció ver en su cara el rostro de Isaac, de Abraham, de Juan el Bautista, pero por suerte estaba la cinta de embalar, que el hombre de otro mundo se había puesto como pulsera, y eso me hacía volver a la realidad. O a lo que me convenía ver como real, tal vez. En un momento de euforia lo interrumpí, y fue entonces que pasó algo bueno, muy bueno, algo que hizo que yo dejara de beber por un tiempo. Que sintiera la rendición a flor de piel, al menos por los dos meses y pico en que iba a estar dando vueltas en esas largas vacaciones de ruta. Lo interrumpí, digo, obligado por el afecto que ya le estaba teniendo y que no era nada pequeño.

—Tengo que aclararle algo —dije.

El hombre de otro mundo sonrió. Se sacó la pulsera de embalar y me miró a los ojos.

—¿No se acuerda? Por eso estamos acá.

—Esto es otra cosa, una cosa antes de esa cosa —dije.

—Bueno, diga.

—Los platos voladores no existen, ni los platos voladores ni los seres de otros planetas. Y tengo un planteo irrefutable que puede sostener esto que acabo de decir sin que se derrumbe.

—Veamos, dijo un ciego.

—Si los platos voladores existen, ¿por qué yo nunca vi uno?

—Dígame —dijo el hombre de otro mundo—, ¿cuándo fue la última vez que se dedicó al menos por cinco minutos a mirar las estrellas?

Sonreí y bajé la mirada. Ahí me di cuenta de que yo no había tocado mi vaso y de que le había servido alcohol a un alcohólico que me había confesado que no tomaba. Algo de lo más mezquino que alguien puede hacer.

—Nunca —dije—, creo que nunca me dediqué a mirar el cielo por cinco minutos. Mucho menos las estrellas.

El hombre se levantó y me ofreció un canje. Si yo lo alcanzaba hasta su casa él me regalaba una noche gratis en el mirador, cabeza a cabeza junto a las otras personas que iban a ir a contemplar el cielo y a tomar té helado, algunos creyendo que era whisky, otros simulando creer para hacerlo sentir bien a él, según dijo.

—Junto a los otros borrachos —dije.

—Claro, junto a los otros borrachos.

Por supuesto que lo llevé. Estacioné el auto, le escribí el cartel y lo puse en la soga. Pero no me quedé a mirar nada.

Me fui a la otra mañana. Del hotel a la ruta y más ruta y más ruta. Pasé los límites de la hermosa provincia de Córdoba, por Traslasierra, hasta San Luis. Manejé sin descanso, como en un sueño. Por momentos pensé que tenía calor, o que tenía fiebre. Que todos los hombres que eran el hombre de otro mundo se turnaban para sentarse a mi lado. Había manejado por al menos quince horas tomando tan sólo agua, cuando tras haber pasado Merlo vi un pueblo chiquito y humilde que se llama Carpintería. Me detuve y busqué una posada. Encontré una con vereda de tierra y que en la entrada tenía varias mesas vacías. La atendía una mujer muy vieja. Pregunté si podía comer algo. Había guaschalocro de plato del día, y dije que sí.

—Mire que el nuestro es sin carne —me dijo la mujer,

levantándose. Entonces me di cuenta de que era muy alta. Una anciana flaca y alta, con unos pelitos de barba en el mentón. La miré a los ojos.

—Mucho mejor —dije.

Pero ella no tuvo piedad de mí y me sostuvo la mirada.

—¿Lo come adentro, o prefiere el amparo de las estrellas? —dijo finalmente.

Ésas fueron las palabras que me devastaron: la belleza podía esconderse en cualquier lugar, en cualquier persona. No le pregunté si era alcohólica, no se lo habría preguntado por nada del mundo. No hubiera soportado la confirmación de lo que ya sabía, no hubiera soportado encontrarme frente a uno de los "otros borrachos".

—Prefiero el amparo de las estrellas —dije.

Y bajé la cabeza, no fuera a ser que se me notara que se me habían llenado los ojos de lágrimas.

Paso dos

"Llegamos a creer que un Poder Superior a nosotros mismos podía devolvernos el sano juicio."

La idea de Dios, la palabra Dios, en realidad, es algo que la mayoría de los adictos en consumo activo rechazamos por naturaleza. Aunque, secretamente, muchas veces hayamos rezado. Yo recuerdo haberle pedido a Dios dos cosas con mucha frecuencia en las épocas en que estaba más metido con la cocaína:

"Dios, por favor, que el puntero esté a esta hora."

"Dios, por favor, que el puntero me fíe."

Y sé que no soy el único que murmuró alguna vez estas oraciones paganas. El problema no es que uno rece o no rece, pida o no pida. El problema es lo que uno pide y a quién se lo pide.

Pero sé —todos los que conocimos el programa de Narcóticos Anónimos, que no es otra cosa que el programa de Alcohólicos Anónimos adaptado, lo sabemos— que la sanación, o la abstinencia, dependen completamente de entender bien este paso. No se está hablando de religión en este caso, sino de espiritualidad. Los pasos se leen, se entienden y se escriben para luego compartirlos con un compañero. Escribir para luego corregir, y corregir para corregirse. Y corregirse para volver a escribir desde ese ser mejorado.

Santa Teresa dijo: "Las palabras llevan a las acciones, alistan el alma, la ordenan y la mueven hacia la ternura". Y la Ternura puede ser un excelente Dios si se lo piensa del modo en que lo hizo Santa Teresa de Jesús: como un lugar real.

La Ternura no es andar acariciando niños por ahí, ni abrazar demasiado a los amigos o conocidos, ni repetir "Te quiero" como quien repite el ajo en las comidas. La Ternura

es un ideal, un lugar de descanso del cuerpo, de la mente y del espíritu. Yo encontré en la Ternura, en lo contrario a la Ferocidad, a ese tan mentado Poder Superior, más allá de mi formación católica.

Que yo escriba es la prueba de esto. Creo que la Ternura es el hecho estético por excelencia, porque es la inminencia de una revelación que no se produce y que tal vez nunca se produzca. Lo más probable es que jamás lleguemos a la Ternura, claro, eso sería llegar a ser Dios. Pero no se trata de llegar a ella sino de "moverse hacia ella": hacia el otro. Otro punto de vista, otro mar, otras tierras, otros cielos. La ternura es una herramienta de tolerancia, que permite que la palabra "desconocido" deje de sonar a peligro y comience a sonar a posibilidad. Puede que la Ternura sea el único lugar posible en el cual habite el Amor.

Dedico esta crónica sobre mi búsqueda de un Poder Superior a alguien que la hizo posible, el sacerdote Matías Colangelo. Y a otro sacerdote, el que ofició una vez por mí una misa que acá le voy a adjudicar a Matías para que la historia no tenga tantas complicaciones que la desvíen de su verdadera función. Sólo puedo decir que el auténtico sacerdote es aquel que habita en cada uno de nosotros. El íntimo. El que a mí me hizo entender el optimismo de la Cruz.

El optimismo de la Cruz

El 22 de diciembre de 2011 yo estaba sobrio. Pero lejos de ir a los grupos o estar en un tratamiento, había juntado esos días a fuerza de voluntad: apretando los dientes, cerrando las ventanas, desconectando los teléfonos, aislándome. Estaba cansado de que en las reuniones de adictos me hablaran de Dios, de la familia, de la locura. No me sentía loco y no me sentía cuidado por nadie, mucho menos por alguien que tuviera el poder supremo de hacerlo, que no le costara nada hacerlo y que sin embargo no lo hiciera. Si no le costaba nada ayudarme, ¿por qué yo estaba como estaba?, ¿por qué me sentía como me sentía? Por esa razón había dejado de ir a las reuniones.

Pero estaba sobrio, limpio, y tenía el objetivo de pasar las fiestas así, sin drogas, sin alcohol, sin amigos ni familia. A salvo de la alegría y a salvo de la tristeza.

Mi amigo Osky me había pedido la casa para filmar un cortometraje, y ese día, a la mañana temprano, llegó junto con unas diez personas que entraron por cuenta propia con un juego de llaves que yo les había facilitado. Yo había pasado una noche mala: con insomnio, sin poder escribir o leer, mirando televisión hasta lagrimear. Y fue nomás sentir el despliegue modesto y silencioso, colmado de respeto, de mi amigo y su grupo de filmación, que una fobia indescriptible me congeló la médula. Ellos iban a filmar en la biblioteca, el estudio grande, el baño y la cocina, durante todo el día.

Mi cuarto está en el entrepiso y es imposible bajar o subir sin atravesar esos mismos ambientes. Yo no podía,

no quería, ver a nadie. Es más, el simple hecho de imaginar las pisadas de alguien sobre los escalones de madera de la escalera me ponía a temblar. Me quedé en silencio, hasta que la voz de mi amigo, desde abajo, me llamó por mi nombre. Le dije que subiera y lo hizo, golpeó y me avisó que ya habían llegado todos. Sin abrirle, puerta de por medio, le dije que no había problema, pero que me disculpara con los demás y que me disculpara él, porque yo no quería ver a nadie.

—¿No querés que lo deje para otro día? —me preguntó.

—Si no filmás me voy a sentir peor —le dije—, el trabajo se te va a hacer eterno. Sólo hacé de cuenta que no estoy.

Mi amigo bajó y siguió con lo suyo. Encendí el televisor y puse el volumen en cero. Me tiré en la cama y logré dormir, entrecortadamente. Pasado el mediodía la cosa se puso difícil. Tenía hambre y en el cuarto sólo había un pan y dos botellas de gaseosa cortadas por la mitad. En mis borracheras yo cortaba botellas de plástico y las llenaba de vino barato con Coca-Cola, de esta manera obtenía un vaso de más de un litro. Abajo, los ruidos de la filmación eran sordos y acallados; tanto, que no hubiera podido asegurar que estuvieran trabajando. Empecé a desesperar de necesidad de ir al baño. Aguanté todo lo que pude, pero en un momento sentí que iba a explotar. Pensé en llamar a mi amigo por teléfono y decirle que sacara inmediatamente a la gente de mi casa, que me había arrepentido o lo que fuera. O bajar desnudo, a los gritos, y decirles yo mismo que se fueran. Es que la abstinencia, sobre todo cuando uno la mantiene a fuerza de aguante, te pone furioso. Y la furia en mi caso es contra todo el mundo, pero si alguien me mira a la cara y me dice: "Hola, loco, todo está bien", viene la calma, y si me acaricia la cabeza directamente me enamoro, sea hombre, mujer, travesti o elefante.

No encontraba la solución, pero me hacía encima y no quería ver ni que me vieran. Pensé y pensé, sentí y sentí

y pasé del amor al odio y del odio a retorcerme por las ganas de mear hasta que no pude más. Miré lo que tenía alrededor y se me ocurrió que podía hacerlo en una de las medias botellas. Cuando lo intenté me di cuenta de que era imposible embocar el chorro porque me temblaba mucho el pulso. Derramé orina en la alfombra y supe que, en menos de dos horas, mi cuarto iba a oler como el baño de la estación Paternal. Oriné más, abrí la ventana y vacié la media botella sobre el techo de chapa de la casa de al lado. Ahí las cosas tomaron la peor dirección que podían tomar. No sólo estaba fóbico y sobrio, ahora estaba fóbico, sobrio y alienado.

Molesto, me puse a hacer cosas al tuntún. Encendí el aire acondicionado y enseguida lo apagué. Prendí el televisor, cambié cien veces de canal y luego hice lo mismo con la computadora y luego mordisqueé el pan duro y luego meé en la media botella y luego vacié la orina en el techo del vecino. Una y otra vez. De tanto en tanto intentaba dormirme, pero nada. La tarde fue avanzando así y se hizo de noche. De golpe, una botella plástica de las que no habían sido cortadas recuperó con una pequeña explosión su redondez y yo pegué un salto hasta el techo. "¿Qué es lo que te pasa, flaco?", me dije, y me asusté.

Pasaron horas y los ruidos sordos se apagaron por completo. Creí escuchar la puerta de calle cerrándose y alguien, seguramente Osky, que pasaba la llave desde afuera. En un momento sentí que se me venía el cansancio encima. Y que esta vez venía pesado. Me entregué a él convencido de que dormir podía rescatarme de mi situación. Pero, entredormido, soñé o vi (no lo sé en realidad) un humo como de cigarrillo que subía desde abajo de la cama y empezaba a envolverme. Yo no fumo, así que la posibilidad de un cigarrillo mal apagado era nula, de hecho ni se me cruzó esa posibilidad. Hice un esfuerzo por despertarme o por salir de esa duermevela pero, por el contrario, sólo logré caer más profundo en el sueño. Soñé

con un desierto en el cual estaba yo solo. Muerto de hambre y de sed le rogaba a Dios me diera el pan y el agua que recibieron en el Éxodo bíblico los hijos de Moisés como alimento. Todo se ponía negro en el cielo del sueño y de golpe el maná comenzaba a llover, a la vez que un líquido puro color oro brotaba de un manantial y formaba un cauce constante y sereno. Agradecido, comencé a comer y a beber: el pan era cocaína y el manantial era whisky. En el sueño yo continuaba comiendo por más que los dientes se me partían y el estómago se me retorcía y el paisaje se incendiaba y se manifestaba lo que entendí que podía ser el infierno. Tenía consciencia de estar soñando, pero todo era tan real que me ganaba el miedo junto con la desesperación y la tristeza. Hice un esfuerzo desmedido desde el sueño y me di impulso para despegar la espalda del colchón. Logré despertarme. Una vez en la vigilia sentí ese esfuerzo en el pecho y tuve un calambre en las costillas. Era de madrugada y la casa estaba en silencio.

Bajé y caminé en la oscuridad. Llegué hasta la heladera, abrí la puerta, saqué un trozo de melón y lo comí sin cerrarla, frente a la luz y el frío que salían de su interior. Algo de ese amasijo que tenía en la garganta bajó. Por un momento me sentí mejor, todo este malestar se tenía que pasar y listo. Sin embargo pensé en alcohol, y supongo que el diablo se desperezó porque, buscando algo dulce en la alacena, encontré una botella cerrada de Hiram Walker. La abrí. Me serví en una taza de café. El detalle de la taza, disculpen que me desvíe, no es menor. Porque yo siempre fui muy ritualista con el whisky. Primero, nunca hubiera tomado esa marca y, segundo, yo me lo servía en vaso de trago largo y con hielo. Luego terminaba con Criadores del pico, es verdad. Pero lo importante, para esto que quiero contarles, es cómo empezaba. Porque esa vez, si empezaba tan mal, debí haberme dado cuenta de que iba a terminar mucho peor.

Me tomé la botella en dos horas más o menos, tirado en la cama. Y fue lo que hacía falta. Me levanté para ir al baño y me mareé: estaba completamente borracho, por supuesto. Me senté en el piso y contuve un vómito inminente. Logré finalmente llegar al baño, aún la claridad no asomaba por ninguna ventana, me incliné en el inodoro pero no pude soltar lo que hacía un instante había retenido. Casi nunca en la vida pude vomitar. Me quedé ahí un rato, con la garganta irritada. De golpe sentí frío, aunque estábamos a fines de diciembre. Prácticamente me arrastré hacia la habitación, y tuve que gatear las escaleras, como un fanático religioso que hubiese hecho una promesa. Las piernas me dolían mucho, y tenía un calambre en un músculo intercostal. Ya en mi pieza me tiré en la cama y cerré los ojos. El reflejo de un relámpago iluminó la ventana, esperé el trueno pero no pude oírlo. Luego fueron dos y luego tres relámpagos seguidos sin ningún trueno. Hasta que entendí lo que me pasaba: estaba sordo, no podía oír nada excepto un zumbido horrible como el ruido de un torno lejano, un torno pesado encendido detrás de una pared medianera. Intenté destaparme los oídos tapándome la nariz y lo logré parcialmente, era como si hubieran descomprimido el ambiente en el que estaba, como si lo hubieran cerrado al vacío de golpe y sin aviso. Una puntada tremenda hizo que tuviera que llevarme las manos a los costados de la cabeza. La puntada entró por el oído izquierdo y me atravesó hasta el otro lado. Cerré los ojos y caí de rodillas al piso. Me quedé un rato así, hincado y con los ojos cerrados hasta que el dolor pasó, no habrán sido más de dos minutos, pero me parecieron eternos, porque durante ese tiempo el dolor creció y creció hasta el límite de lo soportable. Luego, instantáneamente, se fue.

Cuando levanté la vista, nada era igual. Una puerta se había abierto, una de las puertas del placard. Ésa era la apariencia, pero yo supe enseguida que lo que se había abierto era otra cosa. La puerta invitaba, llamaba, pesaba

con la gravedad de un agujero negro, no sobre la habitación, sino sobre el lado más oscuro de mi alma. De golpe ocupó el lugar de todas las puertas. Con total seguridad, supe que cualquier puerta iba a ser "esa puerta" y que sin duda me llevaría a uno de esos lugares horribles que existen en determinadas dimensiones del Universo y que están ahí, cerca, a una botella de distancia.

Me levanté, tambaleante, y fui a cerrar el placard. El miedo me impedía pensar con claridad. Revisé los cajones y también los cerré. Enderecé el espejo, corrí las cortinas, prendí todas las luces, encendí el televisor y me metí bajo las sábanas a intentar dormir. No pude, y encendí la computadora. Con mucha dificultad (no traía los lentes y apenas podía leer), fui a mi página de Facebook y, en el lugar en que te preguntan "¿En qué estás pensando?", escribí lo que ahora leo como un desesperado pedido de auxilio:

Virgen Santa
no me desampares
por favor
hoy no
las sombras que vi en la oscuridad
ya sabés de lo que hablo
sombras de la sombra
de la sombra real
la oscura y fría
la profunda
ya sabés de lo que hablo
yo siempre hablo
siempre hablo

A la hora recibí este mensaje:

Pablo/Gabriel:

Acabo de leer el último poema que publicaste en tu muro de Facebook y me decidí a escribirte. No lo

hacía para no molestarte y por un gran sentimiento de vergüenza.

Conocí tu obra por un programa de radio donde recomendaron *El origen de la tristeza* y en días me devoré tus libros; encima situás los relatos en lugares muy entrañables de mi infancia y adolescencia: el cementerio de Avellaneda, Villa Corina, la laguna, etc. Ah, soy cura de la obra Don Orione, es tremendo el relato que vos o Gabriel les cuentan a los niños sobre las tumbas del cotolengo. Te dejo un gran saludo y gracias por tus libros.

Lo leí ampliando mucho la letra. Me sentí mejor, había alguien del otro lado y eso era bueno. La borrachera era tenaz pero yo sé manejar las borracheras, aun las tenaces. Contesté una cortesía y, sin reparar en el detalle más importante del mensaje, que me había escrito un cura, apagué la computadora. Lo que vino fue peor que la peor experiencia de mi vida.

Sentí ruidos, me levanté para ver, sentí pasos, aire frío, un olor raro y pestilente. La puerta del placard se volvió a abrir. Me lo tomé mejor, siempre se abre esa puerta, es un problema de inclinación del entrepiso. Pero esa puerta no era esa puerta. El olor se hizo más fuerte. Olí todo, la ropa, la cama, las zapatillas, me olí las axilas, las manos, los pies. Nada. Está pasando otra vez, pensé. Y recordé mi promesa de que si eso me volvía a pasar yo iba a terminar con mi vida. Traté de calmarme. Tomé gaseosa caliente. Apagué el televisor y volví a sentarme, esta vez en el borde de la cama. De golpe una soga, una idea concreta de suicidio. Si bien yo siempre había pensado en el suicidio como la última salida, jamás lo había pensado de manera concreta, es decir, en una manera precisa de cómo suicidarme. Hasta ahora. Ahorcado, ésa sería mi manera.

Entonces se cortó la luz. Desesperado, encendí la computadora. Yo le temo a la oscuridad, si estoy solo duermo

con muchas luces encendidas. Me quedé ahí, paralizado, un rato muy largo, bajo la tenue luz de la pantalla. La sombras me acechaban y otra vez los ruidos y la madera y la calle y mi estómago, que crujió varias veces. Todo, cualquier cosa, me sobresaltaba. Manoteando acá y allá, gritándoles a las sombras, pegando trompadas al aire. Maldije mil veces, hasta que, finalmente, me arrodillé frente a la cama a rezar. Con la voz quebrada, balbuceando, sin sentido y sin claridad mental, algunos de mis mantras católicos.

No sé cuánto duró el corte, pero fue un poco más que la vuelta de un rosario completo. Pensé que ése era el fin, que no iba a resistir y que me iba a dar un infarto, o se me iba a quebrar la razón de manera terrible y definitiva. Loco no, muerto, es lo que pensé. Entendí en ese momento el verdadero significado de la palabra soledad: estaba solo, rodeado de mis miedos, acechado por todos mis demonios, en la oscuridad total: sin luz afuera y sin luz adentro. De golpe el motor del aire acondicionado traqueteó, y enseguida se encendieron las luces. Sin reparar en los pensamientos que hasta hacía un instante había tenido, bajé a la biblioteca. Llegué hasta el atenuador y puse las lámparas al máximo. En un principio no entendí. Luego fui consciente de lo que era otro engranaje de un mismo y macabro mecanismo. La soga, arriba del equipo, y con una nota:

> ¿Ésta es la soga que tanto buscabas? La encontré en el estudio chico, Pablo. Lo que es no tener cabeza.
> ¡Feliz Navidad!
>
> Juana

Juana era la chica que trabajaba en mi casa. Y es una muy buena amiga, también. Yo había armado un lío bárbaro el día en que compré la parrilla y necesité la soga para subirla a la terraza. Protesté mucho esa vez, porque no podía ser que me usaran las cosas y dije todas esas boludeces que decimos las personas cuando nos enojamos. Y ésa era la explicación: Juana la había encontrado y me la puso tan a mano que no la vi sino al tercer día: ese día. Tal vez por los cortes de luz, tal vez por mi distracción natural o por mi estado, no lo puedo asegurar, pero la explicación de por qué la vi justo esa noche no la voy a intentar acá. Tomé una tijera y corté la soga en muchos pedacitos pequeños. Busqué alcohol y los quemé. El resto del alcohol lo mezclé con Coca-Cola y me lo tomé. Subí a la habitación y bajé la computadora. Revisé nuevamente Facebook. Busqué los lentes y estaban en su lugar: el cajón de mi escritorio. Volví a leer el mensaje y fue así que di con el detalle importante, ese en el cual no había reparado antes: "Soy cura". Sonreí y le escribí al que sabía ahora padre Matías, la siguiente aclaración:

> Loco:
> ¿Leí borracho o leí mal? Suelo hacer las dos cosas. ¿Sos cura? ¿De verdad?
> Necesito verte. Necesito confesarme y comulgar.

Por suerte amanecía. Era 24 de diciembre, mañana de Nochebuena. Me quedé dormido un rato que no creo que haya sido muy largo, con los brazos sobre el escritorio y la cabeza sobre las manos. Me desperté y ahí estaba la contestación del padre Matías. Me confirmaba que sí, que era cura, que tenía treinta y cinco años y me mandaba su número de teléfono personal. Junté coraje y lo llamé. Hablamos un rato largo, hablé yo un rato largo y él me escuchó. Atento, medio incómodo me pareció, porque estaba desayunando con otros curas. Le pedí disculpas por si las cosas que yo había dicho en mi novela sobre los curas y monjas lo habían ofendido. Me dijo que no me hiciera problema, que eran una verdad, una de las tantas verdades, porque hay otras, dijo. No le discutí. Me quedé

en silencio y él volvió a llevarme al terreno en el cual yo no quería estar.

—Vos ya te confesaste, Gabriel te confesó —dijo—, con Andrea, en un prostíbulo, ¿te acordás?

—Necesito comulgar, de verdad, Padre, y no puedo entrar así a una iglesia. Hace años que no entro a una iglesia sin sentirme mal.

Dije esto y hubo un silencio.

—Tengo quince años menos que vos, y te admiro —me dijo.

—Sea Padre, Padre, por favor. Olvídese de lo demás.

Y el hombre escuchó.

—¿Tenés pan? —me dijo.

—Sí, ¿qué vamos a hacer?, tengo pan lactal en la heladera.

—¿Tenés vino?

—¿Cualquier vino?

—Cualquier vino. Pero tuteame.

—Esperame, voy a ver —dije, pero estaba seguro de que no había.

En la heladera encontré una botella de espumante barato, tinto, abierta y casi vacía.

—Hay frizzé —le dije—. No puede ser un vino peor.

—Poné una copa, limpia, en una mesa limpia y despejada. Poné una rodaja de pan, redonda, o triangular, cortala con un cuchillo limpio. Poné un mantel limpio o un paño, no apoyes nada sobre la madera directamente. Poné algo de color violeta o fucsia también.

—Pero, Padre, es vino con burbujas.

—En un rato va a ser sangre.

No dije nada porque yo lo había pedido. Y no hay peor perdedor que aquel que no tiene el valor de recibir lo que ha pedido.

—Me hago cargo —dije.

Fui hasta la mesa, la limpié y puse una mantilla blanca

de encaje, un pañuelo fucsia, la copa con vino y el pan, un triángulo de pan.

—Poné el teléfono en altavoz. ¿Te acordás cómo se hace?

—Perfectamente.

Me arrodillé. El padre Matías consagró la ofrenda, el impuro vino y el pan con levadura, en mi mesa. Lo hizo en latín, como si quisiera compensar con un rasgo de ortodoxia un acto que lo habría expulsado de la Iglesia. Fue la primera vez en mi vida que entendí la verdad de este milagro. Lo entendí y entendí a la vez por qué lo necesitaba tanto.

Me invitó a comulgar y lo hice. Las lágrimas me rodaban a mares por las mejillas y la voz se me fue del todo y no pude contestar a lo reiterados: "¿Seguís ahí?" del padre Matías. Subí a mi habitación y dormí, sin ninguna luz encendida que velara mi sueño.

Me desperté tarde, me vestí y compartí la mesa con mis amigos colombianos y un mexicano amigo de ellos. Tomé tequila, mucho, y el alcohol no me hizo ver nada malo. Luego volví a llamar al padre Matías para decirle que estaba bien, para agradecerle. Él estaba todavía cenando. Hablamos un poco y quedamos en conocernos un día, cuando él volviera de Misiones, dijo que se iba a visitar a su madre. Fueron las doce, Navidad otra vez, y yo, que había recibido un regalo tan hermoso, recibí también salame de Tandil y roquefort, de parte de mis amigos, que me conocen bien y saben lo que me gusta.

Antes de Año Nuevo recibí el último mensaje del padre Matías:

> Querido Pablo/Gabriel:
>
> El otro día cuando hablamos en Navidad, aparte de darme una de las mayores sorpresas de mi vida, todavía no había terminado de leer *En cinco minutos levántate María*. Me faltaba la mitad. Dejame decirte

algo: vos ya estás redimido. Es el realismo místico. Si Dios existe (porque yo aunque sea cura tengo dudas, como decía Kierkegaard: la fe es la capacidad de soportar la duda), ya tenés un lugar con Él.

Un gran abrazo, gracias por tu escritura. Redime.

Leí muchas veces este mensaje, porque me hace bien. Me detuve en la mención de las dudas de un cura: un hombre que tiene la obligación de repartir una esperanza que muchas veces ni siquiera puede imaginar. Y sé que yo necesito de un hombre para pedir perdón, y para hablarle a Dios. Ésa es mi fe, la de un Dios inventado por los hombres, un Dios hecho a imagen y semejanza de la duda, un Dios que venció, o dijo vencer, a la muerte. Ése es el único optimismo posible, al menos para mí. Mi optimismo es el optimismo de la Cruz, y mi fe es la duda que otro sostiene por mí. Un cura, un amigo, un extraño o un personaje de ficción. Alguien como el padre Matías, que pueda convertir el peor pan y el peor vino en el alimento perfecto.

Paso tres

"Decidimos poner nuestra voluntad y nuestra vida al cuidado de Dios, tal como lo concebimos."

Lo que sigue es una crónica que me habría gustado no tener que escribir. Y es que lo que ocurre en ella le ocurre a mi hermano Gabriel: una de las personas que más quiero en este mundo.

Esta crónica trata de Gabriel, entonces, pero sobre todo de la terquedad de Gabriel: esa idea falsa que tiene él de la voluntad. Una idea que lo lleva y lo ha llevado una y otra vez a distintas recaídas, y en las dos últimas a la orilla de la muerte.

La terquedad es uno de los defectos de carácter más peligrosos que tenemos los adictos, es un subproducto de la soberbia, y es tan difícil de ver en uno mismo que puede llegar a desesperar a nuestros seres queridos, porque les hace sentir como ninguna otra cosa la impotencia que sienten respecto de nuestra enfermedad. Sienten que no pueden hacer nada porque no pueden hacer nada, y sufren un infierno tan duro como el que sufre el adicto, pero sin habérselo buscado.

La terquedad tiene un disfraz que se ve muy bien porque se confecciona a la sombra de otro defecto igualmente peligroso, la negación. Lo que insiste en un adicto es la pulsión de muerte, por lo tanto es lógico que de este paso se desprenda la conclusión de que un adicto no puede confiar en su propia voluntad.

Se cuenta una historia sobre Bill W., el creador de Alcohólicos Anónimos, y Carl Jung. Se discute si es cierta, y tal vez no lo sea. La historia dice que luego de tratar a Bill W. por su alcoholismo y de lograr un tiempo considerable de desintoxicación, Jung le da el alta advirtiéndole que como médico ya no puede hacer más de lo que hizo, pero que sabe

que volverá a consumir. Ante la pregunta de Bill W. acerca de si existía alguna forma de poder mantener la sobriedad, Jung le dice —siempre según fuentes dudosas— que lo único que podría darle la cura definitiva sería una experiencia mística. Así ocurrió cuando Bill W. sintió como una revelación la necesidad de buscar otro borracho a quien confesarle su problema. Así fue creciendo la idea de que la voluntad no es suficiente porque se la lleva como un peso que siempre termina por doblegarte. Entregar la voluntad a otra persona en la misma condición fue el primer paso para poder luego entregársela a la Providencia, Dios o el Poder Superior, como cada uno elija nombrarlo.

Es lo que hay que hacer cuando se llega a la abstinencia, incluso sin tener una clara concepción de lo que es Dios. Entregar y sacarse de encima la responsabilidad del resultado y confiar en que el camino que se abra al andar limpio va a ser seguramente el mejor.

Aunque parezca mentira, lo único que siente seguro un adicto o un alcohólico es la droga que consume. Por eso, sin trabajar y llegar a entender el concepto de este paso, ante la mínima sensación de caída no dudaría en sostenerse de lo mismo.

El vacío sagrado

Si te sobra pista quiere decir que venís despacio.
SEBASTIÁN VETTEL

Dicen que luego de recibir un disparo de muerte, un elefante permanece diez días de pie antes de caer. Lo leí en Cuba, en una página escrita a máquina que un cubano me quiso vender a diez dólares y la cual, según él, pertenecía al mismísimo Hemingway. Luego, hace muy poco, lo leí en el diario de filmación de *Fitzcarraldo* y me quedé helado.

Esta casualidad es abrumadora para mí porque tanto Hemingway como Herzog son personas que han influido considerablemente en mi vida, sobre todo en lo que considero mi formación espiritual de escritor, mi formación moral. Y, por supuesto, mi mirada sobre mi hermano Gabriel está organizada desde ese foco. Y su luz, la luz de Gabriel, atrapada por esa lente que ellos me ayudaron a moldear.

Al cubano aquel le di los diez dólares y luego le regalé el supuesto original a una jinetera que me ofreció sexo barato en la playa. Le dije que no creía demasiado que fuera verdadera, pero que tal vez, de serlo, ella pudiera hacerse relativamente adinerada con esa página mecanografiada.

—Es como un billete de lotería —le dije.

La jinetera me trató de maricón por no aceptar y me ofreció a su hermanito menor, un niño de unos nueve años, moreno y hermoso como ella. Miré al niño, agradecí la monstruosa idea que en cinco minutos ella se había hecho de mí y le dije que no era esa clase de persona.

Ella se fue por fin, llevándose la página y dejándome tranquilo.

Dicen que luego de recibir un disparo de muerte un elefante tarda diez días en caer. Creo que algo parecido le pasa a Gabriel con su adicción. Cuando siente que está tocando fondo, mi hermano junta todas las fuerzas que le quedan y dispara un único disparo contra el elefante de su enfermedad. Decide internarse, o decide empezar a frecuentar los grupos de autoayuda. Llama a alguien, a un amigo o a mi madre, y dice que no puede más, que entendió que su vida se ha vuelto ingobernable. Su enfermedad, entonces, herida de muerte, parece comenzar a agonizar. Pero algo pasa, justo a los diez meses, al recibir la medalla de los 300 días de sobriedad. Justo entonces, o por entonces, es él quien cae. Recae, es la palabra adecuada. Otra vez. Y el elefante de su enfermedad deja su agonía y renace, voraz, para hacerse de todo, para arrasar con todo hasta el punto de que parece que esa vez no va a dejar nada de Gabriel en pie, nada de Gabriel sano.

Mi hermano: el origen de mi literatura, la persona que usé para crear el personaje principal de casi todo lo que llevo escrito. Usé sus dos nombres, Gabriel y Alejandro, y sus características más blandas que, sumadas a mis miedos, mis carencias y mis defectos, formaron el Gabriel literario.

Gabriel es el hermano que me sigue. Es tan tierno como un brote de pasto. Gabriel es carne viva, y es adorado por mis otros hermanos y por mí. Y la razón por la cual usé sus dos nombres para mi personaje es porque siempre sentí que él y yo funcionábamos en conjunto. Que éramos cada uno la mitad de la otra persona.

Mi madre nos vestía con la misma ropa, nos bañaba

a los dos al mismo tiempo, nos acostaba y nos contaba historias de su familia hablándonos como si le hablara a un solo niño. Y cuando alguien nos regalaba algo a uno de los dos para un cumpleaños o un santo, como antes se acostumbraba, mi madre nos obligaba a compartirlo. "En esta casa todo es de los dos", decía, y no puedo recordar ni un juguete ni un pantalón ni un suéter que fuera sólo mío, o de mi hermano Gabriel. "Es de los dos, todo es de los dos."

Tal vez el beneficio de esta sociedad moral a la cual estábamos obligados Gabriel y yo era que a veces el regalo era así más importante, como la bicicleta esa de la que hablo al final de *La ley de la ferocidad*, la que mi padre recicló y que nos turnábamos una vez cada uno para usar. La misma que marqué de odio en el cromado del manubrio antes de averiguar o antes de ver cómo eran en realidad las cosas. Los recuerdos más lindos de la infancia son a veces la manifestación más o menos sutil de ese síntoma que comparto con mi hermano.

Gabriel y yo nos peleábamos mucho de chicos, nos agarrábamos a las trompadas o rodábamos amarrados de odio por el piso, y nos tenían que separar. Muchas veces uno de los dos terminaba sangrando. Mi padre odiaba eso. "Si entre hermanos se pelean, los devoran los de afuera", decía. Yo aprendí a ver que, muchas veces, los que te devoran son los de adentro.

Con el antecedente de las peleas, en un cumpleaños de alguno de los dos nos regalaron un par de guantes de box. Y ninguna bolsa ni muñeco tentempié en donde usarlos. Salimos a la calle con un guante cada uno. El derecho para mí y el izquierdo para Gabriel, que le venía bien porque él es zurdo. Las dos manos del mismo ser, la derecha en mi mitad y la izquierda en la de mi hermano. Fue una lucha encarnizada en la cual se establecieron por primera vez los parámetros de nuestra partición. Él se llevaría el cuerpo y yo me llevaría la mente; el precio

sería que los dos perderíamos el alma. Nunca en mi vida recibí una paliza semejante. Gabriel me destrozó a golpes, no lo podía parar, y eso que no soy nada malo boxeando, pero él era perfecto. Delgado y más alto que yo, de brazos largos, y frío a la hora del dolor. No dejó lugar de mi cara sin inflamar y me reventó la nariz. Pero fui yo el que lo hizo llorar, hablando, mintiéndole, diciéndole cosas sobre lo que sabía podía dolerle más. Toda mi mentira giró en torno al hecho de que él era adoptado. La mentira le entró de lleno al hígado y fue él, sin recibir casi ningún golpe, el que fue noqueado. Ése fue el día en el que me di cuenta de que la palabra, mi palabra, era un arma.

Nos partimos. Un medio ser cada uno en busca de ese acoplamiento necesario para existir, en esa unidad que yo creo que siempre se completa en el otro, gracias al otro, ese otro que estamos destinados a encontrar. Fue antes de que llegara la droga, fue en el mismo año en que murió nuestro tío Juan.

Pero nosotros llevábamos dentro la enfermedad antes de haber consumido la primera dosis, porque había algo que andaba mal, había algo que estaba vacío y que pensábamos que debíamos llenar. Y todo se precipitó con la muerte de tío Juan. Mi querido Juan, el hermano mayor de mi padre, quien era mi horizonte, mi meta, mi guía, mi Ser superior, se muere. Joven y sano y potente, se muere. Como si lo hubieran abducido de la Tierra. Y en esa muerte yo encuentro la excusa perfecta para acelerar al máximo, y mi hermano la excusa perfecta para quedarse quieto.

Supongo que Gabriel habría conocido la cocaína de todas maneras, pero me duele confesar que fui yo quien se la hizo probar por primera vez. Él fumaba marihuana y el olor permanente que le dejaba en la ropa y en la piel lo delataba con nuestra madre. Éramos adolescentes y yo ya estaba por irme de mi casa, aunque aún no lo sabía. Tenía una banda de rock, Amenábar, en honor al tema del flaco Spinetta. En un cuarto diminuto me encerraba

con Checho, que era la primera guitarra y la primera voz de la banda y fue a la vez mi primer profesor de música. Nos tomábamos una línea de coca cada uno y con esa sola línea estábamos toda la noche improvisando música. Yo pensaba que la cocaína hacía bien, y que nadie se daba cuenta de que uno la usaba, ya que no te dejaba olor y se escondía fácilmente o se disimulaba como si fuera otra cosa. Pero todo eso cambió cuando crecimos, todo eso cambió cuando perdimos más, cuando murieron seres queridos como los que nombré, referentes, amigos más grandes de la mejor esquina que haya existido, la de mi barrio de infancia.

En la vida encontré muchas veces una mujer que era el sustituto al menos temporario de ese medio ser que Gabriel y yo habíamos perdido. Tuve muchas buenas mujeres, no mujeres definitivas, no mujeres que yo pensara que se iban a quedar conmigo, pero mujeres buenas que me acompañaron, por las que traté de salir, que me dieron ánimo y hasta me dieron hijos. Gabriel tuvo una sola mujer a la que amó, y las mismas circunstancias que lo llevaron a estar con ella lo llevaron a dejar de verla. Ella le dio un hijo, y ese hijo es todo lo propio que Gabriel tiene, lo único propio que en realidad tiene. Ninguna mujer, ni la mujer de la que hablo, lo amparó jamás. Y es ahí donde entró con todo la droga, mucho más adentro de lo que entró en mí. Para acompañarlo, para completarlo, para anestesiar y negar esa abrumadora soledad en la que él se encontró durante casi toda su vida. Algo extraño, algo que no puedo entender. Si yo fuera mujer, una mujer extraordinaria, lo elegiría a él, no me elegiría a mí como tantas veces me eligieron. A él, "dulce luz de mis ojos ocultos", le dice un medio ser a otro en *La ley de la ferocidad*: una frase de San Agustín.

Pero la droga, y particularmente la cocaína es, mientras uno la consume y la tiene, y cuando el cuerpo resiste, un alma artificial que nos da la sensación de ocupar pro-

visoriamente ese lugar que sentimos vacío. La droga o el alcohol parecen completarnos, nos hacen sentir completos. Pero mientras nos regalan esa momentánea sensación cavan subrepticiamente en nuestra alma, en nuestra mente y en nuestro cuerpo un pozo inconmensurable, un agujero negro de una gravedad descomunal, donde nuestra luz, la poca o mucha luz que podamos tener, se ahoga; y donde todo se detiene y se tritura.

Desde afuera, si uno es atento y conoce y ama a la otra persona, se puede ver venir el derrumbe. Se puede intuir la profundidad del pozo y también saber que llegó la hora fatal. Y yo vi lo que en Gabriel se venía, y lo vi a tiempo, pero lo dejé solo. Sin darme mucha cuenta, pero lo dejé solo. Abandonar es mi gran síntoma. Me separo de la gente dejándola atrás como si fueran el modulo ya inútil de mi vínculo con el mundo. Y así lo dejé a Gabriel cuando sentí que no podía empujarme más y me aferré a alguien con la energía intacta. Y él quedó orbitando en torno al planeta Pablo, que nada le podía dar, que nada tenía para dar, porque tiene una atmósfera densa de egocentrismo y autosatisfacción.

Ésta es nuestra historia, y en ella pensaba mientras esperaba un vuelo a Miami en el aeropuerto La Guardia de Nueva York y mi hermano, nuevamente, estaba internado en una institución privada de la ciudad de Quilmes. Y es la motivación profunda de esta crónica y este libro. Escribo porque busco, movido por una necesidad incontenible, no una descripción metafórica, sino las palabras que rompan el símbolo y lo traspasen, las que logren repartir equitativamente esta responsabilidad olvidada entre los que debimos haberla ejercido.

Justo antes del viaje había recibido la noticia de que Gabriel casi se había matado. Por segunda vez. Puso el auto a más de 140 km por hora y clavó el freno de mano

intentando un trompo que una o dos veces, estando sobrio, le había salido perfecto. A lo Senna. Gabriel se estrelló contra una columna de alumbrado y se partió la cabeza, amén de destrozar por completo su coche. Por suerte o por milagro era muy temprano, o sea, muy tarde, de madrugada, y no había nadie caminando por la calle. Eso habría sido un desastre. Gabriel no habría soportado lastimar a alguien. Lo que siguió fue el terror y el enojo de la familia y de su hijo, mi sobrino. La presión por las nubes de mamá y la internación voluntaria de Gabriel. La lenta pero implacable invasión de tristeza de todos nuestros amigos. La culpa, también. La culpa que yo siento.

Lo que le pasa a mi hermano es algo que les pasa a muchos adictos cuando no tienen, fuera del ambiente de los compañeros de recuperación o de las instituciones relacionadas con esto, una vida que recuperar, algo por lo que aferrarse con uñas y dientes a las veinticuatro horas diarias de sobriedad. Cualquier cosa puede servir: desde una actividad deportiva hasta empresarial, creativa o artística. Porque de esa manera esa actividad redescubierta, por decirlo de alguna manera, va a presentarse con la textura de un pequeño milagro, con la luz del bien llamado "despertar espiritual", ese que el Programa de los Doce Pasos promete tras haberlo trabajado concienzudamente. Sin eso el adicto o el alcohólico va a recaer. Por más que tenga la fuerza de un Boeing 737, si todo eso no sucede el adicto, con esa misma fuerza, volverá a recaer.

La primera vez que escuché que el programa de Alcohólicos Anónimos exigía, de manera imprescindible, entregar la voluntad a un Ser superior, tal y cual pudiéramos concebirlo, pensé que era una reverenda estupidez. O que este requisito convertía a esa confraternidad en otra de las sectas religiosas que intentan salvar a los que no entienden. NA y AA son completamente distintos de lo que mucha gente cree, son crudos y efectivos, y, por supuesto, estrictos con sus reglas y tradiciones. Hoy sé perfectamen-

te que sin eso no hay posibilidad de recuperación, y que la única llave que abre la puerta de salida de este espantoso laberinto del terror que son la cocaína y el alcohol es tratar de construir la idea de un Ser superior, presente y activo en tu vida.

Pero ¿qué es un Ser superior y cómo podemos concebirlo si es, justamente, superior?

Dios. Una palabra tan vapuleada. Dios. ¿Dónde habita Dios si es que habita en algún lugar? Pienso en el mundo, en las edades de la Tierra y del cosmos. En la forma definitiva que nuestro final tendrá, en que seguro será tan distinto de todo lo imaginado que la única manera de comulgar con esa idea es no intentar imaginarla. La muerte debe tener la forma de la no forma. Pero seguro debe ser viviente también, ya que la energía no se pierde ni se crea. Es sólo cambiar y cambiar. La muerte es lo más vivo y real que el cosmos haya creado. En su luz y en sus sombras esto tal vez se pueda ver, y tal vez sea esto lo que busco entender. El vacío, ese hueco que intentamos llenar porque suponemos que todo debe estar lleno. Pero ¿de qué estará vacío lo que vemos vacío? Tal vez eso: el mismo vacío sea el Ser superior. El Dios que tanto necesitamos. El Vacío, un espacio-tiempo que permite que las cosas sucedan en distintos lugares y a distinto tiempo. Y nosotros, unos circunstanciales peregrinos parados en la cornisa de ese bellísimo abismo, a quienes se nos ha permitido contemplar el Espíritu Santo del cosmos, contemplar el cuerpo de Dios, el Vacío sagrado, el divino Vacío.

De vuelta de los Estados Unidos fui a visitar a mi hermano en su primera semana de internación. Antes que nada pasé por la pizzería Los Tres Ases, en Sarandí, tal vez la mejor pizzería del mundo, aunque eso es muy difícil de probar. Los que sin duda son los mejores son los dueños y sus empleados, gente de un corazón tamaño pizzera de

fainá. Los que nunca me dejan pagar porque dicen que soy un invitado vitalicio, por esto de escribir libros en los cuales se ven reflejados. Ellos no entienden que el que debería invitarlos de por vida a todo soy yo, porque de esa gente vengo: de ellos, un origen del que siempre estaré orgulloso.

Cuando estaba por irme me dijeron: "Llevale una Pepsi al Gaby, se va a ahogar comiendo seco". Y me dieron una de las más grandes.

Con el regalo a cuestas llegué al lugar en donde estaba internado mi hermano. Por fuera prometía dignidad, era más parecido a una escuela que a una cárcel, y me consta que estos lugares generalmente son más parecidos a una cárcel que a cualquier otra cosa.

Yo me había preparado para este momento, lo había hablado en sesión con el Arcángel y él me había alentado. Antes de entrar, le mandé un mensaje: "Estoy frente a la puerta, ¿qué hago?". "Tocá timbre", me contestó, "y ponele huevos".

Así lo hice y tardó muy poco en salir un consejero.

Adentro el espacio era blanco y agradable, por ser domingo estaban sólo los recién ingresados, esos que aún no tienen salidas pero sí pueden recibir visitas. Me dejaron pasar a un aceptable patio descubierto y me puse al sol. Esa primavera venía fría, pero el sol ya calentaba.

Llegó Gabriel. Un poco más gordo que cuando lo había visto por última vez. Más gordo quiere decir que pasó de transparente a flaco normal. Con color en la cara y unas marcas de haberse levantado recién. También unas marcas del trompo fallido en la calle Supisiche.

Cuando éramos chicos él nunca lloraba cuando mi padre le pegaba o cuando nos metíamos en un problema serio, él siempre se mantuvo de pie, derecho. O torcido, no lo voy a negar, pero siempre de pie. Verlo así, vencido, me destrozó el corazón.

—Sos fuerte, Gabriel —le dije—, vos podés salir de esto.

Me estaba por responder cuando se acercó un tipo pelado, completamente pelado. Y me refiero a cejas, cabeza, pestañas y brazos. Me di cuenta de que eso era consecuencia de una enfermedad, o del tratamiento de alguna enfermedad.

—No tengo cáncer —me dijo—, tampoco nada contagioso, quedate tranquilo.

Soltamos risas nerviosas. Es difícil estar en un lugar así, tanto para los que están adentro como para los que entran a visitar. Parecería ser que la condición de interno o de visitante fuera tan diferenciadora como la condición de humano y no humano.

La vergüenza en la cara de los adictos: ese sentimiento metido en la carne, el sentimiento de ser deficientes morales, crea una extraña, una horrible distancia.

—Me dijo tu hermano que sos escritor —dijo el pelado.

Entonces, de golpe, se largó a contarme su historia suponiendo que yo había ido hasta ahí para escucharlo a él. Y lo escuché, con todo el cuerpo, mirando los gestos de identificación de mi hermano Gabriel, viendo cómo él se diluía en la historia del otro, cómo esa identificación seguramente real y seguramente ficticia lo rescataba de sí mismo, de su verdad, del peso de eso que él inconscientemente sabe que es su verdad.

La historia se interrumpió porque yo debía irme. Prometí volver el domingo siguiente y terminar de escuchar el relato. Pasó la semana y el otro domingo y no fui a visitar a Gabriel ni a terminar de escuchar el testimonio del compañero pelado, como había prometido.

Una noche salí a la calle y sentí el frío inesperado que azotaba ese octubre porteño tan poco primaveral. La noche de Corrientes: pizzerías, cafés y teatros abarrotados de gente. Giré hacia el estacionamiento del Teatro San

Martín y me sorprendió el cambio de luz del semáforo. Recordé un verso de un poeta cuyo nombre olvidé: "No desprecies la esmeralda que te da la mañana, aunque sea la luz de un semáforo". Metí las manos en los bolsillos y en uno sentí el rosario que hacía tiempo había comprado para mi hermano en la Basílica de Luján y que no le había dado.

Le suspiré a mi estupidez y recé un avemaría al aire, en una voz casi alta que no me avergonzó. En este mundo había un hermano amado, herido y triste esperando un rosario bendito que un domingo de ésos le iba a llevar.

Una vez le pregunté a Gabriel si creía en Dios y qué era Dios para él. Estábamos los dos muy drogados, pero lo recuerdo perfectamente.

—Dios es quien va a venir desde el mar —me dijo—, y nos va a sacar a tiempo de todo esto.

Paso cuatro

"Sin miedo, hicimos un detallado inventario moral de nosotros mismos."

Imagínense que es de noche, una noche cerrada y tormentosa, y que estamos frente a la puerta de una casa desconocida. En realidad la conocemos por fuera, conocemos su fachada, pero jamás entramos en ella, aunque tenemos la llave para hacerlo. No entramos porque nos da terror descubrir lo que puede haber dentro. Lo que puede habitar en cada rincón oscuro, en cada placard cerrado. La casa es nuestra casa, la hemos heredado, y está tomada por una enfermedad. Tenemos que recuperarla para poder vivir en ella y para eso tenemos que entrar e iluminarla, tenemos que hurgar hasta aventar cada uno de sus fantasmas.

Estamos en la puerta con sólo una caja de fósforos y una vela. Resguardados de la lluvia bajo el techo del porche, abrimos la puerta y sentimos un olor familiar, un perfume dulce que nos hiela la sangre. Sin embargo encendemos la vela y damos el paso hacia el interior de esa oscuridad. Lo que nos espera en las sombras es una imagen completa de nosotros mismos, y no va a llegar jamás el amanecer si no tenemos el valor de hacerla luz. Porque esa imagen completa y consciente de nuestra casa, de nuestra mente, de nuestra responsabilidad, va a ser la causa del nuevo amanecer, del cielo despejado de tormenta. Quitarnos el tormento, eso es lo que nos promete el cuarto paso.

Pero, como dije, debemos entrar en nuestra psiquis a oscuras, iluminar cada rincón y abrir cada puerta, mirar de frente a cada fantasma y darle el nombre propio a todo lo que en ella habita. Real o imaginario. Sentir, de una vez y para siempre, cómo son en verdad las cosas, sentir para dejar de resentir, sentir para drenar el pus del alma, para aliviar

esa carga de culpa que nos dobla la espalda y nos parte la espina dorsal.

Lulú, objeto y dolor de esta crónica, es la persona por la cual más veces intenté transitar este paso. ¿Cuánta ilusión generé en ella? ¿Cuánta responsabilidad tengo en su abandono? ¿Cuánto colaboré con su muerte? Ella es la muralla contra la cual una y otra vez choca mi búsqueda de la verdad. No porque la muralla impida ver, sino justamente porque es lo que hay que ver, porque la verdad es tan clara y las responsabilidades tan evidentes que me aterra verlas, revisarlas: verlas de la manera correcta. Cada vez que levanto mi vela y miro lo que pasó, lo que con Lulú nos pasó, me excuso en lo crudo del dolor, suspiro fatídicamente sobre esa débil llama de la consciencia y me refugio en las tinieblas nuevamente. Los adictos somos especialistas en escondernos en el dolor. Éste fue, es y será nuestra puerta al consumo.

Las sociedades más atrasadas entienden al adicto como un perverso o un deficiente moral, alguien que necesariamente robará para consumir, y no saben si ponerlo en un nosocomio, en una cárcel o en un circo. Hay granjas —yo estuve en una de ellas— donde te hacen secar el baño usando como secador una hojita de afeitar, diciéndote que si te arrodillaste para buscar piedritas de cocaína te arrodilles también para limpiar el baño. En esos lugares dicen que todos somos iguales. Entonces querer ser escritor, como quería yo, o querer ser bailarina, como quería Lulú, son para ellos manifestaciones egocéntricas de quienes se creen mejores que los demás.

Lulú no lo soportó. Mi breve historia con ella me hizo entender como ninguna otra cosa que nuestro temor no es a la oscuridad, sino a la luz. Es decir, a que la oscuridad se ilumine.

Fuiste mi primavera*

Cuando entré a la que sería mi última internación todavía tenía novia. Aunque la relación estaba prácticamente destruida todavía éramos una pareja, pero ella me iba a abandonar antes de la segunda semana, después de visitarme tan sólo una vez y tener que ayudar a sostenerle la lengua afuera de la boca a un viejo alcohólico a quien se le habían terminado las anfetaminas y le fue a dar una convulsión justo delante de ella, vomitándole un poco del guiso del mediodía en los zapatos.

No la culpé. Pero la verdad es que cuando, a la semana siguiente, no vino, supe que la cosa se me iba a poner difícil. Primero, porque de tener a quien esperar yo hubiera podido medir el tiempo de domingo a domingo, de visita a visita, y ya no iba a poder hacerlo; y, segundo, porque si uno no tenía pareja, lo que se exigía era no tener ninguna relación sexual durante la internación, o sea, durante al menos un año. El internado era mixto, pero por supuesto que con las internas estaba prohibido todo tipo de contacto, a tal punto que, si ocurría, uno de los dos tenía que irse. Y cuando después de tres o cuatro meses a uno lo dejaban salir los domingos para pasarlos en familia, el tiempo no daba más que para una prostituta, y una prostituta, de eso doy fe, era el primer error. El segundo era el vaso de whisky.

Y es ahí donde entra Lulú: una rubia de pelo pesado

* Con ligeras variantes, esta crónica fue publicada por primera vez en la revista *Anfibia*.

y abundante, de piel oscura, de ojos celestes, unos diez o doce años mayor que yo, internada desde hacía uno. Me vio por primera vez un día de visitas, yo estaba en un cuarto aparte, cebándole mate a un artesano ciego que había fallado en su intento por suicidarse y a quien las esquirlas de las balas le habían cortado los nervios ópticos. Amén de eso no le hacían ningún daño, más que castigarlo de tanto en tanto con unos tremendos dolores de cabeza.

—Nunca uses una 22 para suicidarte —me decía el ciego, y en ese momento entró Lulú.

—No seas mentiroso, drogadicto —le dijo.

Me miró con los ojos con que me iba a mirar siempre y me dijo que no le hiciera caso:

—Era una 38.

Los dos, el ciego y ella, se rieron, y después, bastante después, me reí yo.

—Hija de puta —fue lo primero que le dije.

Una semana más tarde me di cuenta de que si seguía tan pendiente del tiempo los días no iban a pasar nunca y yo iba a terminar por volverme loco. Pesados, interminables, medía los días de internación segundo a segundo: cada segundo una eternidad, cada eternidad la misma pregunta: ¿qué estoy haciendo acá? El tratamiento tenía también una única respuesta: levantate temprano, prepará el desayuno, limpiá los baños, leé las guías de recuperación, escribí las propuestas. Después de hacer todo eso había que encarar y leer en público las confesiones que uno había escrito una y otra vez hasta que la mayoría aprobara la sinceridad y el compromiso que se había puesto en ellas. Almuerzo y cena: arroz. Leer y leer, escribir y escribir, para lograr casi al final del día y de las fuerzas un poco de tiempo libre. Y que quede claro que estoy hablando del mejor lugar, y yo conocí muchos lugares: ése era el mejor lugar, ése es el mejor lugar, es el infierno.

Yo valoraba mi poco tiempo libre como oro. Me tragaba dos o tres Nescafés, no quería dormirme hasta que

apagaran las luces, a las doce. Aun así, sin luz, me quedaba despierto, pensando. Cumplí el primer mes y ya no aguantaba más. Y como no había nadie a quien mentirle, y sí o sí necesitaba mentir, empecé a usar esos ratos nocturnos para escribir mis primeros cuentos y empecé a usar a Lulú para tratar de sentirme un hombre todavía vivo. Y la dejé entrar sabiéndolo todo, sabiendo sobre todo que si alguien iba a salir lastimado ése no iba a ser yo. Hipócrita. Antes y ahora. Hipócrita: no es lo mismo escribir "ése no iba a ser yo" que escribir "iba a ser ella".

Una noche la busqué y le dije que necesitaba hablarle. Hablamos de mí. La segunda noche también hablamos de mí. Y no fueron las mil y una noches sobre mí porque sencillamente ella me lo dijo:

—Hola. Soy rubia, estoy buena, pero existo.

Le sonreí y sin decirle nada comencé a escucharla. Habló de todo, de todo lo de ella y de todo lo mío. De cómo lo de ella era también lo mío: los hijos que por un tiempo no íbamos a poder ver, los buenos vinos que ya no íbamos a tomar. Las cosas buenas de la vida que nosotros, los alcohólicos (así dijo ella), convertíamos en malas.

—Lo que más me jode es que lo que es bueno para los demás es malo para nosotros.

Le dije que me hablara de las cosas que le gustaban y ella me habló de autos, de champán en los autos, de las primeras horas de cocaína y placer, de las últimas horas de cocaína y dolor.

—Cosas que te gusten, Lulú —insistí.

Y entonces me habló de fútbol, de sexo, de hombres y de libros. Me dijo que prefería un escritor a un deportista, porque era más largo el después que el durante. Yo me reí más de una vez y la dejé hablar interviniendo muy poco hasta que nos quedamos en silencio. Nos mirábamos: intentábamos, con cada mirada, no dejar dudas de que estábamos seduciendo.

¿Qué era lo que buscaba yo tratando de seducir a Lulú

si sabía bien que no quería llegar a nada serio? Con serio quiero decir lo más conservador, lo más tradicional: sólo quería pasar mejor el momento. Quería ser mirado, quería ser distinto, no creer en lo que todos me decían, no aceptar el hecho insoportable de que todos somos iguales. De que yo soy igual a todos. E hice primar mi deseo por sobre las ilusiones que pudiera generar en ella. Consciente de todo esto adelanté mi mano hacia la mano de Lulú, la toqué. Ella me previno de que el juego era peligroso, y yo le dije que no estaba jugando. Y ella picó, porque quería picar. Me dijo que no se lo dijéramos a nadie porque nos iban a prohibir encontrarnos a solas. Me lo dijo y sé que lo tenía pensado, y que reservó su cara más hermosa para el momento de decirlo. La besé y le pregunté la edad. Me mintió cuarenta y dos años para acercarse a mis treinta y cinco. Me mintió más, y la verdad es que la mentira la rejuvenecía, la convertía en una niña entregada. Y yo me aproveché. Besar a Lulú fue para mí, en un principio, tan sólo la oportunidad de masturbarme y acabar más rápido en la ducha mientras los demás esperaban su turno para bañarse. Una oportunidad gratis, al menos gratis para mí, al menos eso creí en un primer momento. Seis meses después empezó el desbarranco de Lulú.

Un domingo de julio, a eso de las seis de la tarde, sentí un revuelo en la entrada de la casa. Yo estaba con mi máquina de escribir en el altillo que los directores de la Fundación habían acondicionado para mí después de que desapareció mi computadorita palm, de esas primeras que salieron. Escribía, un poco enojado con mis compañeros porque me habían robado y ninguno se hacía cargo. Sentí un grito de hombre, un grito de mujer y reconocí la voz de Lulú. Bajé lo más rápido que pude y salí al jardín delantero.

—¡Puta de mierda! —le gritaba otra rubia que nunca supe bien quién era. Su hermana, o tal vez su cuñada.

Lulú tenía el pelo revuelto, una cara de loca que la

había avejentado cincuenta años y una lata de cerveza en la mano. Estaba borracha. Era así, pero una cosa es verlo, comprobarlo, y otra muy distinta es que alguien te grite o le grite a una persona que vos querés esa palabra.

—¡Borracha! —es lo que le gritó el tipo que estaba detrás de la otra rubia, y yo me le fui al humo.

Me frenó el consejero de turno. Después todo fue confusión. Los internos defendieron a Lulú y los de afuera llamaron a la policía y amenazaron con denunciar a la Fundación, que apenas se estaba formando, que casi no ganaba dinero y que lo que menos necesitaba era una causa penal. Pero no pasó a mayores. Lulú se quedó y juntó unos nuevos días de sobriedad. Volvimos a encontrarnos de noche y a conversar en el fondo de la casa, a escondidas. Una vez le dije que extrañaba mucho echarme un buen polvo. Ella hizo el amague de acercarse a mí, y yo le dije que no, que mejor lo pensábamos hasta la mañana siguiente. Ella dijo que tan sólo quería ayudarme, y me ayudó con la mano. Al otro día me encerré en el altillo más de tres horas, me las había ganado porque había escrito el tercer paso completo y tras haberlo leído había logrado la aprobación unánime de mis compañeros. Había mentido bien.

Se acercaba el final de las clases y Lulú estaba ilusionada con que la dejaran ir al acto de fin de año de sus hijos, en un colegio privado de Barrio Norte, donde su hija terminaba la primaria. Hacía falta un acompañante y me eligieron a mí. Llegó el día, me vestí bien y fuimos juntos al colegio. Ahí estaban, además de la hija, el hijo: un caballerito un año mayor que la nena, el ex marido y la mujer del ex marido, de quien Lulú me hablaba siempre maravillas. Saludé al ex marido, a su mujer (otra rubia, mucho más joven, flaquita y tímida) y a la abuela paterna, que llegó en ese momento. Lulú y yo nos sentamos aparte y recuerdo que le susurré un comentario al oído y ella se rió con esa risa que tenía: contagiosa, completa, divina y

feliz. También le hice notar lo linda que estaba, la diferencia entre ella, una rubia con gracia, y la nueva mujer de su ex, una rubia sin gracia.

—Pero no desgraciada —me dijo, y antes de que pudiera contestarle empezó el acto.

Todo estuvo bien, tal vez con la excepción de que Lulú en ningún momento me soltó del brazo y a mí me pareció normal: había entrado también en la locura. Ella, emocionada, y yo, sosteniendo su emoción como un marido perfecto. Terminé acariciándole la cabeza, y ella acariciándome el hombro. Así volvimos en el taxi. Sin hablar, besándonos, mi mano distraída sobre su pelo, su mano distraída otra vez ayudándome.

Al otro día me levanté temprano, desayuné y fui a hacer las compras: me tocaba cocinar. Volví y sin llamar antes me metí en la oficina del consejero para dejar las cosas. Lulú, sentada en un rincón, hablaba con uno de los directores. Me sacaron enseguida, pero alcancé a ver que tenía los ojos hinchados y que había estado llorando. Le pregunté al consejero que me llevó afuera si había pasado algo. Me dijo que ya me iba a enterar, que después iban a hablar conmigo. No entendí hasta que me lo explicaron: Lulú había pedido ayuda porque estaba enamorada de mí.

Le prohibieron estar conmigo, hablarme y hasta dirigirme la mirada. Me dijeron que me quedaba un mes, que lo aprovechara porque después debía irme.

—Ponete contento, lo estabas buscando —me dijo el director, duro, sin matices y claro como el agua.

No pude despedirme de Lulú. Volví unas cuantas veces a la Fundación para controlarme, pero como ya me sentía bien esas veces se hicieron más espaciadas. Al poco tiempo del alta me llegaron las noticias de los premios literarios, y mi vida tomó un giro drástico. Publiqué mi primer libro y uno de los primeros llamados de felicitación que recibí fue el de Lulú.

—Me fui de la clínica. Quiero verte, lindo —me dijo.

Nos vimos en el bar que yo tenía en Balvanera. De más está decir cómo llegó: desesperada y borracha. Entregada a mí, atormentada por haberse dejado convencer por el consejero. Me dijo que lo suyo era amor, que no era una obsesión. Yo le dije que no, que el consejero y ella hicieron lo correcto y que debía volver a internarse. Me tiró una cachetada y no me alcanzó, yo la abracé. Ella lloró. Yo lloré. Estábamos en el sótano del bar porque ella quería tomar cerveza sin que la vieran. Le abrí una y la miré beber, se había desabrochado dos botones de la camisa, la pollera se le había subido y podía verle la bombacha. Caí en la cuenta de que ya hacía más de siete meses que no me acostaba con una mujer. Tuve una erección y ella se dio cuenta. Hicimos de todo, le hice de todo. La dejé borracha y semidesnuda en el sofá viejo del sótano y me fui para mi casa.

Durante los veinte días que siguieron recibí de ella una llamada tras otra. Siempre borracha. Me comuniqué con la Fundación, donde me dijeron que no la atendiera. Seguí sus directivas, pero nunca les dije lo que realmente había pasado, nunca me expuse ni me hice cargo, sólo descolgué el teléfono, hasta que Lulú dejó de llamar.

Tres meses después la encontraron muerta. Había tomado sedantes con alcohol, y por las dudas, se había enrollado la cabeza en papel film. Sola, en un departamento que compartía a veces con el tipo que siempre aparecía para cagarle la vida. El mismo tipo por el cual había dejado a su marido, el mismo tipo por el cual, una y otra vez, dejó su sobriedad. No fui al cementerio, no me puse a pensar hasta esta noche sobre mi responsabilidad, mi culpa: la culpa que siento, la culpa que tengo.

Pero mi historia con Lulú no termina ahí. Meses después de su muerte sonó el teléfono y la voz de un borracho semirrefinado dijo mi nombre. Después dijo el suyo, y agregó que tenía un sobre que "alguien" había dejado para mí. Enseguida me di cuenta de quién era, por más que

fue la primera y última vez que escuché su voz: el amante de Lulú, el hijo de mil putas. Después de tropezar una y otra vez con las palabras y su borrachera, me dijo que me llamaba en calidad de "colega", ya que yo había sido "la última pareja de la difunta" y él había sido el amor de su vida. El uso de la palabra "colega" me dio la medida exacta de lo canalla que era el tipo. Le dije que yo no había sido amante de Lulú, que tan sólo habíamos sido amigos. Le corté. Volvió a llamarme en el acto y me dijo que a él no le molestaba que yo hubiera sido amante de Lulú. Le dije que si lo decía otra vez le iba a romper la cara. De golpe yo estaba enfurecido, en realidad tenía miedo. Me sentía tan canalla como el tipo. Él se quebró en un llanto y yo supuse, con toda mi maldad, que se le había terminado la botella.

—Me acusan de asesinato —dijo, llorando.

—¿Quiénes?

—La familia, pero ya van a ver. Ellos la mataron. Ellos la mataron.

—Hágame el favor, no llame más, respete a los hijos, deben ser los únicos que están sufriendo ahora, los únicos que perdieron algo irreemplazable.

Dije eso y corté. El tipo no volvió a llamar, pero a la semana más o menos me llegó el sobre y dentro venía una nota. Una frase, en realidad, que yo usé también en una novela, pero fuera de contexto, en un lugar de humor, para sacarme de encima todo el terror que vive contenido en ella. En letra manuscrita, con tinta celeste y un trazo de pluma envidiable, propio de quien ha recibido una educación que no descuidó la caligrafía, Lulú escribió una frase de amor:

"Fuiste mi primavera".

Paso cinco

"Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos y ante otro ser humano la naturaleza exacta de nuestras faltas."

Admitir, de esto se trata.

Este paso nos dice que es hora de librar la batalla psicológica más dura, la batalla contra la negación. Lo que se necesita para salir de este laberinto del consumo de drogas y alcohol es una revolución total: derrocar una idea de vida, una escala de valores edificada en torno al Yo, que si bien nos ha servido para llegar vivos hasta este punto, es ahora una enfermedad, un virus, una anarquía viciosa y destructiva. Y la negación es la defensa más sólida que tiene esta enfermedad.

Admitir es un punto de giro, que convierte la tenue flama de los primeros pasos en el principio de una hoguera. ¿Pero admitir ante quién? ¿Ante nosotros mismos? Suena redundante. ¿Ante Dios? Suena peor, suena estúpido, da vergüenza. Hacerlo ante otro ser humano es lo único que en principio suena admisible.

Sin embargo, hay que tener bien presente el hecho de que esta enfermedad tiene, además de un aspecto físico y un aspecto psicológico (que son la compulsión y la obsesión respectivamente), un aspecto espiritual: el egocentrismo. Y entonces se hace imperativo tener, fabricar o suponer la idea de un Ser superior, la idea de algo que es el centro del Universo y es a la vez nuestra única posibilidad de misericordia. Si suponemos un Dios bondadoso que quiere lo mejor para nosotros y para los nuestros, quedamos librados de tener que ocuparnos nosotros mismos del futuro. Sencillamente hacemos lo que hay que hacer y dejamos en manos de ese Dios los resultados. Sean los que fueren estará bien, porque excede a nuestras posibilidades reales el hecho de modificarlos.

Conocí muchos compañeros ateos en Alcohólicos Anó-

nimos y Narcóticos Anónimos, pero todos ellos habían concebido una idea de poder superior. Algunos, por ejemplo, le oraban a unas pequeñas figuras que representaban a sus seres queridos, vivos o muertos. Como los antiguos romanos, consagraban las figuras en un altar y hacían de eso un orbe sagrado sobre el cual se podían soltar las preocupaciones y los deseos, los miedos y los renuncios, las disculpas y los perdones, y cargar de sentido la existencia.

Si admitimos nuestras faltas ante Dios, ante aquello a lo que no le vamos a mentir, luego podremos ser sinceros con nosotros mismos. Y luego de ser sinceros con nosotros mismos habremos adquirido la suficiente autoridad moral para admitir nuestras faltas frente a otro ser humano.

Muchos compañeros piensan que leerle el inventario moral que pide el cuarto paso a un compañero del grupo de autoayuda basta para cumplir. Pero esa admisión resulta incompleta, porque se da dentro de los grupos, no escapa al ámbito de "nosotros mismos", ya que cualquier integrante está muy acostumbrado a escuchar sin horror y sin juicio estas confesiones, por más duras que sean. Y sería un acto a medias, un parlamento de secta, un consuelo más que una confesión. Por eso se piden dos confesiones más, ante Dios y ante otro ser humano, considerándose implícito que sea alguien de fuera de los grupos.

Las crónicas que siguen hablan, respectivamente, del peligro de negar y el alivio de admitir. De dos momentos de mi vida, cuando negué la evidencia de lo irremediable y cuando pude aflojarme y admitir mi impotencia.

Admitir es exhalar el espíritu tóxico que encierran las palabras no dichas, esas que no admiten sinónimos, esas que entendieron mal el valor del silencio y lo usaron de tapa, de losa sepulcral, y lejos de hacernos dueños de algo valioso nos hacen esclavos de lo no dicho, esclavos del dolor, devotos inconscientes de un dios impiadoso e implacable: el dios que disfrazó de amor propio y de elegante pudor lo que a la vista de todos es la más fétida y repugnante cloaca.

Autosuicidarse

Yo estaba en un bar, el bar al que iba siempre, el bar de Pelle, mi gran amigo, en la esquina de Moreno y Urquiza. Un bar al que tanto me aquerencié que al final terminaría siendo también mío. Pero más adelante, tema para otra historia.

Esperaba a una mujer que apenas conocía para darle una clase de AutoCAD. Las daba con una notebook en el mismo bar, ya que tenía un sótano que yo había acondicionado para mi uso personal y al que le decía "la oficina". No tenía ganas de que esta mujer viniera porque al darle la cita me había olvidado de que a la misma hora jugaba Argentina contra España. Pensé que, por más que fuera un amistoso, el partido me daba una razón válida para suspender la clase. La llamé y se lo dije. Bueno, en realidad le dejé un mensaje en el contestador del teléfono celular.

Miré por la ventana hacia la canchita de fútbol 5 de la esquina de enfrente: los muchachos que jugaban todos los miércoles a las seis de la tarde no habían hecho lo mismo que yo, o sea: no habían suspendido su actividad semanal para ver a Argentina-España.

Qué fanáticos, pensé.

A mí me gustaba mirar todos los partidos: los del equipo de enfrente y los televisados. Esta vez iba a ser complicado estar en los dos lugares; y, por supuesto, opté por el de Argentina. Pasé por detrás de la barra y me preparé yo mismo un café. Luego busqué una mesa frente al televisor y esperé hasta que empezó el partido. A los eternos veinte minutos del primer tiempo del bodrio, me crucé a ver el de enfrente. Era siempre el mismo, un clásico entre técnicos

y oficinistas de una empresa de computadoras. Y no había nadie que jugara bien; es más, eran horribles. Es raro, pero eso me enganchó desde la primera vez: nunca en la vida vi jugar al fútbol como a aquellos tipos, era como si no hubieran entendido ni siquiera de qué se trata el juego. O que hubieran entendido sólo lo más básico, unos patean para acá, los otros para allá y, fuera del arquero, no vale tocarla con la mano. Pero, a diferencia de la selección argentina, le metían ganas.

Yo era fanático de los oficinistas. Y mi fanatismo por ellos comenzó el día en que uno del equipo de técnicos le dijo al arquero del que todavía no era mi equipo: "Callate la boca, Gordo, si vos lo único que atajás son botellas". Vi la cara de tristeza del gordito, pero también la expresión de quien se iba a ir seguro a las manos para lavar la ofensa cuando, supongo, su intelecto de oficinista lo detuvo. Claro: irse a las manos habría sido aceptar la condición de gordo y de borracho, o sea, de inepto para otro puesto que no sea el arco e incalificable para el que en la oficina seguramente venía luchando por mantener.

El gordito tenía cincuenta y dos años, me lo dijo una tarde en el bar. Nos hicimos amigos desde una vez en que yo le grité: "¡Bien, Gordo!" cuando sacó, de puro reflejo, un puntinazo destinado a reventarle la cara. Estaba de espaldas a mí. La cancha es a lo largo, y él defendía el arco que da a la calle, justo delante de donde yo me paro siempre. De donde siempre nos parábamos con mi padre cuando me llevaba a ver a Independiente: detrás de Santoro. Obviando las diferencias, ahí estaba el gordito oficinista, seguro y atento, podía escucharlo resoplar cada vez que se movía hacia los costados, duro, como un arquero de metegol. Verlo, a veces, me angustiaba un poco. Era más que gordito: un lechón. Vendado como si hubiera salido del Instituto del Quemado, con más protecciones que un arquero de hockey. "Parecés una de Las Leonas, Gordo", le dijo una vez uno de los oficinistas, y le palmeó la espalda.

Lo cierto es que atajaba bien, muy bien. Volaba y todo. En realidad se dejaba caer, hacia un lado o hacia el otro (le resultaba más fácil el derecho) y casi siempre, si era pelota de sacar, la sacaba. Le costaba bastante levantarse rápido. Lo hacía en tres o cuatro movimientos, resoplando como un búfalo; pero, una vez arriba, tenía cierta agilidad. La diferencia sería la misma que la de una foca fuera o dentro del agua. De pie era otro animal el gordito, en el piso se ve que no estaba en su elemento.

Fuera de la cancha era muy rígido también, como si tuviera algunos huesos soldados. Sobre todo los fémures a la cadera, porque caminaba balanceándose, como un muñeco barato a quien moviera, desde el cielo, una especie de torpe Niño Dios.

Nos hicimos amigos mirando un partido por la tele. Un robo de un referí en un partido del Nacional B. Los dos estábamos indignados, yo porque le robaban a Arsenal, mi equipo, y él de puro justiciero. Y porque al cuarto litro de Quilmes se ponía fácilmente indignable. La cosa fue que entre idas y venidas terminamos sentados a la misma mesa, tomando cerveza y comiendo una picada. Una cosa que luego se fue haciendo costumbre. Una costumbre sin una frecuencia exacta, pero lo cierto es que al menos dos o tres veces al mes, mientras mirábamos algún partido, nos mandábamos la picadita.

Me contó cosas de su vida, que el escabio le había costado un matrimonio, el odio de su hija mayor, y que le traía problemas en el trabajo. Muchos, aunque ya no tomaba bebidas fuertes, sólo cerveza.

También me confesó que ese mismo año pensaba pedir el retiro voluntario para ponerse un kiosquito en un local que había visto en La Paternal, en la avenida San Martín y Dickman.

—A dos cuadras de mi casa —le dije.

—Coincidencias fatales —fue la respuesta del Gordo, con una sonrisa y el vaso en alto, listo para chocar.

Recuerdo haberme quedado pensando en esas palabras durante varias semanas. Y de no haber llegado a dar con el sentido exacto con que el Gordo las dijo. En realidad, se me pasó completamente de largo el mensaje literal que el inconsciente del Gordo me estaba dando. Un año más tarde iba a comprobarlo.

Volviendo al día de los dos partidos, recuerdo que miré un rato el de técnicos contra oficinistas y tras un gol que se le metió en el ángulo inferior izquierdo al Gordo, me crucé de nuevo al bar. Argentina perdía uno a cero. Tomé otro café y me fui sumiendo en el sopor de un partido que de tan amistoso daba asco. Vino el empate y en el entretiempo crucé a la canchita y le pregunté al Gordo cómo iban. Me contestó de espaldas, sin darse vuelta.

—Nos están rompiendo el culo. ¿Y Argentina?

—Empata.

Le dije que cuando terminara se cruzara, que invitaba yo. Las cervezas con picada, todo.

—¿Te sacaste la lotería, papá?

—Venite, Gordo, que me fían —dije.

Era fin de mes y yo sabía que el Gordo no debía tener un cobre partido al medio. Cuando iba a cruzar la calle sonó la sirena anunciando que la hora de cancha se había terminado. Lo esperé. Se cambió rápido, seguro que sin ducharse. Cruzamos justo para ver el penal de España. Dos a uno, con gol de Villa, quién iba a pensarlo.

El Gordo se tomó dos Quilmes de litro en quince minutos y se comió la picada prácticamente solo, tanto que insistió en pagarla él. Le dije que no.

—Cuando un hombre invita se respeta —le dije.

Y el Gordo respetó, era de respetar, más vale.

Terminó el partido y se quedó unos segundos mirando la tele, negaba con la cabeza. Era evidente que no podía resignarse a la derrota, aunque yo no supiera a cuál de las dos.

—Casi no vengo a jugar por este partido —dijo.

—No sé qué hubiera sido peor —le contesté, y en ese momento entró mi clienta.

—Recién recibo el mensaje —dijo—, ¿no hay problema, no?

Le dije que no y le pedí que se sentara y me esperase unos minutos. El Gordo me miraba. Picó el último salame montado a un queso y se lo llevó a la boca. Ya no quedaba cerveza.

—Nunca me dijiste tu nombre —me dijo.

—Pablo.

—Pablo. Yo soy Caputo, Leo Caputo. Pero me dicen el Gordo.

—¿Otra? —pregunté señalando la cerveza vacía.

Sacudió la cabeza para decir que no. Se levantó, yo me levanté detrás de él, lentamente y con bastante dificultad, como si me dolieran los golpes de un partido viejo y olvidado, de todos los partidos perdidos de mi vida. El Gordo me palmeó la espalda, se llevó el índice a la sien y movió el pulgar como si fuera un gatillo.

—Es para autosuicidarse, ¿no? —me dijo.

Le contesté que no exagerara y que ojalá se diera lo del kiosquito en La Paternal. Me dijo que era un hecho, y que pasara a verlo, que nunca antes le había podido hablar a alguien de sus problemas con la botella. Quedamos en eso.

Pasaron unas semanas y dejé de ir al bar. Había ganado un premio por mis cuentos y había viajado a recibirlo. Cuando volví mi vida cambió radicalmente. Me puse a escribir todos los días, dejé los otros trabajos, compré parte del bar y puse un espacio cultural en el sótano. Ahí empecé a dar talleres, a escribir, a ensayar otra vez con una banda. A hacer, en definitiva, las únicas cosas que me gustan.

Del Gordo no tuve noticias hasta que una noche bajé del 24 en avenida San Martín y lo vi cerrando el kiosquito. Levanté la mano para saludarlo, entre sorprendido y asustado de que me invitara a un trago, ya que yo llevaba

unos meses de sobriedad. Y el Gordo, un poco más flaco a decir verdad, se llevó el índice a la sien, gatilló con el pulgar y murmuró lo que hoy estoy seguro fue: "Autosuicidarse".

Desde ese día hice un enorme rodeo para no pasar, cada vez que iba a buscar un taxi a la avenida, por el kiosquito de Dickman. Hasta que una vez, movido por la culpa, directamente fui. El kiosco estaba cerrado, con mercadería aún en los estantes, pero cerrado a plena luz del día.

Le pregunté al diariero y se sorprendió de que no supiera nada de lo que había pasado.

—¿No te enteraste, pibe? —me dijo.

—No, no paso muy seguido por acá.

—Se pegó un tiro, se arrancó medio hueso de la frente, pero no se murió. Está en el hospital, vivito y coleando. Pero me parece que de ahí lo mandan al manicomio.

—Pero ¿cómo, así, de la nada?

—Así de la nada no, le daba mucho al escabio. Acá dejó un tendal de botellas —dijo el diariero, y señaló con la cabeza el local de La Corona, la pizzería que había sido bar y que recién habían reformado a costa del hígado de todos los borrachos del barrio, incluyéndome.

Volví a mi casa aterrado. No quise pensar en la frase que se me venía a la cabeza. Pero me vino igual: "Lo sabías, Pablo, vos lo sabías". La frase me rebotó en la cabeza como aquella pelota de puntín en los puños del Gordo. "Lo sabías, Pablo, vos lo sabías".

Y es que lo supe, aunque negué esa sapiencia y rodeé mil veces la manzana para no hacerme cargo de la confesión que podría haber salvado a una persona de ese trance. Sé que el Gordo salió del hospital y salió del manicomio, que por algún lado anda. Que está flaco y que ya no bebe una gota de alcohol. Lo sé porque encontré una vez, en el grupo Santa Cruz de Alcohólicos Anónimos, a uno de los oficinistas. Él me contó que el Gordo es compañero y

tiene dos años de sobriedad. Que puso una consultora no sé de qué cosa y que le va muy bien. Que los que se fueron de la oficina aún se juntan a jugar frente al que fue mi bar, y el Gordo, ahora el Flaco Caputo, se ataja todo.

—Tiene un porrón de ginebra atrás del arco —me dijo el oficinista.

—No entiendo.

—Lleno de Gatorade.

Réquiem para un laburante

Al gallego Fonso

Eran casi las cuatro y, con la excusa de un almuerzo tardío, me fui para el boliche de Alfonso. Sabía que su padre andaba mal, que ya no tenía esperanzas. Y aunque me sentía avergonzado por no haber aparecido justamente en ese tiempo, cuando más de medio año había comido de fiado aguantando el mostrador junto a los sepultureros de la Chacarita, tenía la tranquilidad de saber que Alfonso siempre entiende, que me quiere a pesar de esa incapacidad que tengo de estar junto a mis amigos cuando más me necesitan.

Lo había conocido gracias a otro gallego, José Luis, un compañero con más de cinco años de sobriedad, que me estaba ayudando mucho por aquellos tiempos. Alfonso también era compañero, llevaba como siete años sin drogas ni alcohol y aún vivía con sus padres y con sus dos perritas: Tuca y Bolsa.

Yo terminaba a duras penas *La ley de la ferocidad*, una novela que, él sabía, era sobre mi padre. Y sabía también toda la vida que se me estaba yendo en ese libro. Porque la relación con mi padre fue una relación difícil, igual que la de él con el suyo. José, un padre como mi padre, que era quien había empezado hacía casi cuarenta años con el boliche que Alfonso había heredado.

Cruzaba el cementerio en medio del viento, del sonido de las ramas a su merced, de la soledad a esa hora de la tarde un día de semana. Cerca de los crematorios, un hombre inclinado sobre una tumba cambiaba flores. Hablaba solo, o con la melancólica compañía del recuerdo de alguien. Volví a mi padre, era como si haber escrito

no me alcanzara, pensé en que terminar la novela podía ponerle fin al asunto, y en que publicarla me iba a permitir pasar a otra cosa. Me di cuenta de que mi madre no iba a poder hacer lo que ese hombre estaba haciendo, no iba a poder cambiar las flores de la tumba de mi padre. Cuestioné su decisión de ser cremado, de no quedar en ningún lugar para no fomentar no sé qué negocio. Luego sonreí, y lo nombré en voz baja. Inmediatamente pensé en el padre de mi amigo Alfonso, luego en mi amigo, y finalmente en mí. Lo que pensé me pareció en principio hermoso, pero después no, después me dejó desolado. Pensé algo así: el único reconocimiento que puede recibir una persona, si hizo las cosas más o menos bien para unos pocos, es alguien inclinado sobre su sepultura, murmurando un rezo cotidiano y torpe, intentando inútilmente mantenerlo vivo en el recuerdo. Una plegaria humana, tartamuda, un monólogo acostumbrado, que se va haciendo inevitablemente frío. El acto doméstico, universalmente repetido, de reemplazar las flores de una tumba.

Salí por Corrientes, crucé la avenida y de lejos nomás me di cuenta de que Alfonso no estaba (cuándo él no está todo se mueve más lento detrás del mostrador). Pregunté, y un morocho me dijo que había tenido que irse de apuro a la clínica, que el padre estaba ya en las últimas. Dudé en ir, dudé en no ir (en estos casos, casi nunca puedo escuchar lo que me dice mi voz interior, ni siquiera si dice algo, ni siquiera me acuerdo de que tengo voz interior), pregunté la dirección de la clínica y el morocho me aclaró los tantos.

—No quiere ver a nadie —me dijo—, si querés esperalo acá, la guita la va a venir a buscar seguro.

—Dame un papel que le escribo una nota —dije.

Me dio una servilleta y una Bic azul. Le escribí que había venido, que quería saber bien lo del padre, que me llamara, que no tenía crédito para comunicarme yo, que

lo extrañaba y que lo quería. "Te quiero, loco" son las palabras exactas que puse antes de firmar la servilleta. Casi no termino de escribir que el morocho vuelve y me encara. Movía la cabeza.

—Murió, flaco —me dijo—, me acaban de avisar que murió.

Contuve eso que uno contiene en esos momentos. Exhalé eso que uno contiene en esos momentos. Estrujé el papel y lo tiré al piso: ya no tenían sentido mis palabras. Por unos segundos me quedé ahí, resbalando en la impotencia, mientras el morocho volvía a las copas y los coperos. Entonces tomé consciencia de que también le había escrito que lo quería, y que eso sí seguía teniendo sentido. Levanté la servilleta, la estiré y le dije al morocho que de todas maneras se la diera a Alfonso.

Fue al otro día que recibí su llamado. Le pedí perdón por mi ausencia. Él me dijo que también me quería. Le expliqué el porqué del estado del papel, esa casualidad escalofriante de que mientras yo escribía la nota su padre estaba muriendo. Que por eso la había arrugado, y que después decidí dejársela igual.

—Eso es bien de escritor —me dijo Alfonso, y se rió.

Le pregunté a qué hora era la misa en el cementerio.

—No vengas, donde te quiero ver es en los grupos. ¿Cuánto hace que no hablás del tema, loco?

—No sé, Fonso —dije—, lo estoy escribiendo.

—Lo que estás escribiendo es una novela, y lo que te digo es que lo hables en los grupos.

—Decime la hora de la misa, dejame estar al lado tuyo —le dije.

—A las cuatro, en la capilla principal.

—Ahí voy a estar, Alfonso, ahí voy a estar —insistí, y colgué el teléfono.

No fui a ningún grupo por un año, tampoco fui al cementerio.

Paso seis

"Estuvimos dispuestos a que Dios nos quitase nuestros defectos."

El primer texto que me dieron a leer en Narcóticos Anónimos se llamaba El triángulo de la autoobsesión. *Me pidieron que lo leyera y yo me lo llevé para no despreciar, pero riéndome por dentro del título. Esa soberbia estúpida que siempre me gana y me impide ver más allá.*

Lo dejé abandonado unos días y una tarde, de aburrido nomás, lo leí. Me sentí profundamente identificado. La idea general es que los adictos seguimos siendo como niños, dependientes del mundo exterior, incapaces de esforzarnos para satisfacer nuestros deseos, llorones que todo lo esperan de los demás, que nada salen a buscar y cuando lo hacen lo hacen mal, por el camino rápido, por el camino incorrecto, ilegal. Esa búsqueda convierte al deseo en deceso, deceso de la razón, de la libertad, de la propia persona, o sea, de la vida.

El folleto dice: "El resentimiento, la ira y el miedo forman el 'triángulo de la autoobsesión'. Todos los defectos de nuestro carácter son manifestaciones de estas tres reacciones. (...) En Narcóticos Anónimos se nos da una nueva forma de vivir y un conjunto de herramientas nuevas: los Doce Pasos que practicamos lo mejor que podemos. Si nos mantenemos limpios y aprendemos a usar estos principios en todos los aspectos de nuestra vida, ocurre un milagro. Nos libramos de las drogas, de la adicción a ellas y de la obsesión con nosotros mismos. El resentimiento es reemplazado por la aceptación, la ira por el amor y el miedo por la fe. Tenemos una enfermedad que al final nos obliga a buscar ayuda. Somos afortunados de que se nos dé una alternativa, una última oportunidad. Debemos romper el 'triángulo de la autoobsesión', debemos crecer o morir".

Dedico este paso a Isabel, que nunca supo de Alcohólicos Anónimos, que no tuvo la oportunidad de elegir, que nunca recibió la ayuda que le permitiera dejar de aferrarse a un espejismo, para crecer y no para morir. Espero que su historia toque a algún lector de este libro, y así ella renazca en la estrella distante de algún cielo de no recuerdo cuál tierra polaca.

El vicio de los suicidas

Hoy que veo más sombras que nada, tu dulzor me haría reír.
LUIS ALBERTO SPINETTA

A los quince años yo era un pibe encantador, una persona abierta que sentía las cosas de los demás a flor de piel. Y ese año me sentía particularmente sensibilizado por la guerra de Malvinas. Por el final de la guerra, la postguerra de Malvinas. Una postguerra doméstica, reducida a los ex combatientes y sus familias. Me daba cuenta de que la gente, con la euforia de la vuelta a la democracia, quería olvidarse lo más rápido posible de los chicos combatientes, de que habían apoyado la guerra. Comprendía que iba a ser imposible tapar un sentimiento de derrota y de dolor tan grande como Malvinas por más que volviéramos, después de tanto tiempo, a elegir a nuestro presidente.

Yo amaba lo que hacía, y hacía sólo dos cosas: trabajaba de almacenero junto a mi tío Alfredo y tenía mi banda de rock, que estaba empezando a ser bastante conocida en todo Avellaneda. Sin embargo, a mí no me parecía más importante que ser almacenero. Porque yo disfrutaba de atender a la gente, de hablar, de servir. Lo disfruté, quiero decir, y hoy me hace feliz saber que eso también significó compartir un tiempo importante con tío Alfredo, un tiempo que me permitió descubrir el hombre que era.

Por eso esta historia, esta crónica de una muerte anunciada, no puede ser contada sin el desvío necesario para definir el contexto en el cual sucedió, y mi trabajo en el almacén del hermano menor de mi padre, y su mirada, la mirada de alguien que jamás bebió y casi no

conoció ningún exceso excepto el del trabajo, fueron ese contexto.

La motivación es la misma que la de las demás crónicas de este libro, el terror que me causa saber y comprobar la enorme capacidad de mutación, la infinita cantidad de variantes y matices que tiene la enfermedad de la adicción. Tantas variantes con el mismo y casi único síntoma: meterse toda la sustancia que sea, todo lo que el cuerpo resista jugando en el límite más real que existe entre la vida y la muerte: la muerte en vida. Y la trayectoria que Isabel trazó en el cielo azul de aquel fin de año ya lejano es uno de los rasgos más fuertes que pueden definir la tragedia que acontece cuando un hombre o una mujer, desterrados al desamor de la soledad, descubren que el dicho de que el alcohol acompaña, lejos de ser una metáfora, es una verdad grande como una casa.

Porque el alcohol sí que acompaña, ayuda a olvidar, anestesia los sentimientos y convierte a los malos recuerdos en meras palabras de una letanía lejana, esa letanía que siempre recitan los borrachos y en la que nadie jamás se interesa.

Pero la medicina nunca es gratis, y cuando llega la cuenta que esta droga te pasa no hay chequera que la pueda levantar. Es una deuda que se paga con carne, con la propia carne, con la humillación y la desdicha infinitas. El alcohol se lo lleva todo, pero no de una vez por todas, se lo va llevando poco a poco. Disfruta mucho de arrastrarte un tiempo largo antes del tiro final.

El almacén fue, si descontamos las tantas veces en que ayudé en el taller de papá, mi primer trabajo serio. Serio porque implicaba responsabilidades reales. El negocio quedaba en Wilde, exactamente frente a la estación del ferrocarril Roca. Era muy grande, casi como un supermercado chino de hoy, pero pulcro y con las mejores instalaciones de esa época.

Tío Alfredo lo había bautizado "Autoservicio Horizonte", aunque, en realidad, de autoservicio tenía poco, porque muchas cosas, aunque estaban al alcance de las manos de los clientes, las despachábamos nosotros.

El trabajo era agotador. Como vendíamos mucho, la mercadería que entraba y salía era incontable. Llenar el depósito, reponer la bodega, las estanterías de pastas y latas y las heladeras verticales y el mostrador eran tareas diarias. Una tarea constante y de agacharse a cada rato, que parecía no recompensar el esfuerzo porque uno se esmeraba en dejar una estantería surtida y ordenada para que a cada rato malones de clientes la convirtieran en un desierto o en un chiquero. Y entonces había que ordenar otra vez, atendiendo al mismo tiempo a la gente. Así que cualquiera se puede imaginar cómo terminábamos cada día mi tío Alfredo y yo. Amén de eso, tres veces a la semana, a la hora de la siesta, yo hacía el reparto. Esos días, martes, jueves y sábado, perdía el descanso, pero me compensaba manejar la Falcon Rural con palanca al volante que tenía mi tío.

De todos los trabajos el peor era el de llenar la heladera destinada a lácteos y fiambres. Y era doblemente tedioso porque como los repartidores de SanCor, La Vascongada y La Serenísima pasaban antes de que nosotros llegáramos (y eso que llegábamos a las siete en punto), dejaban la mercadería cruzando la avenida Ramón Franco, junto al puestito de diarios. Cuando digo mercadería quiero decir no menos de veinte cajones, y a veces bastantes más. Cada cajón me pesaba como media tonelada, pero lo peor no era eso, lo peor era la obsesión de tío Alfredo. Y entonces acá nace esta historia. Porque de no haber sido por su obsesión y su extraña, aniñada sensibilidad, yo no habría conocido a la señora Isabel, o al menos no me habría dado cuenta de lo que ella iba a hacer.

Los lácteos iban en la heladera mostrador. Y me lle-

vaba más de una hora de estar agachado, mal agachado, limpiarla y reponerla. Tío Alfredo me hacía sacar la leche del día anterior, los yogures, los quesos untables y toda la gama de lácteos que se exponen refrigerados para poner lo que había llegado en el día al fondo de la heladera, que en realidad era el frente de vidrio, y evitar de ese modo vender primero los que tenían mayor margen de vencimiento. Además, cada yogur o botella o sachet que yo sacaba, así como los que iban llegando, tenían que ser repasados con una rejilla escurrida en agua con lavandina. Para evitar, en el caso de que a alguien se le ocurriera beberlo del mismo envase, cualquier posibilidad de intoxicación. La primera vez que me lo ordenó yo no lo podía creer, pero con el tiempo me acostumbré y lo hacía siempre a consciencia. Lo que no me animaba a preguntarle a tío Alfredo era por qué se ocupaba tanto de productos que tenían cambio. Si algo se nos vencía, nos lo cambiaban sin problemas. Una mañana, se ve que el hastío de todo ese trabajo que me parecía inútil me habrá dibujado la pregunta en la cara, porque me dijo, directamente: "El trabajo es así, Pablo, y las cosas se hacen bien o no se hacen".

Esa misma mañana volvió Isabel, y yo la vi por primera vez; detrás del vidrio empañado de la heladera mostrador, la vi. Entró al almacén tan esbelta como era y pidió una botella de Crespi blanco frío. Me levanté para atenderla, pero tío Alfredo se me adelantó y con una seña me pidió que siguiera con los lácteos.

—¿Adónde estuviste tanto tiempo, Isabelita? —le preguntó mi tío.

—Por ahí, pero bien lejos —dijo la mujer.

Yo no me di cuenta de su condición de alcohólica, ya que estaba bien vestida, de negro, con chatitas medio hipponas de color naranja, y perfectamente limpia. Lo más lindo era su pelo. Color oro, realmente color oro. Estirado hacia atrás, enroscado en la nuca en un rodete. La seguí viendo a lo largo de esos tres meses que antecedieron

a la Navidad de 1983, la misma en la que salió sorteado su billete de lotería, la misma en la que Isabel iba a tirarse debajo de las ruedas del rápido a La Plata, en otra estación, lejos del almacén, tal vez para que ni yo ni mi tío Alfredo la pudiéramos ver.

Hacía más de seis meses que yo trabajaba y era el tiempo en el cual ella se le había perdido de vista a mi tío. "Te me perdiste de vista" es exactamente lo que él le dijo. Luego tomó un yogur, un vaso y unas pasas de uva. Perforó el yogur con un cuchillo y lo vació en el vaso, le agregó las pasas y le dijo:

—El vino te lo vendo al precio del natural, Isabel, si primero te comés esto.

Me miró a mí y me dijo:

—Paga Mastellone.

Cuando Isabel se fue, tío Alfredo me contó que ella había sido la mujer de un judío peletero. Que durante mucho tiempo habían estado bien, pero que cuando el asunto de las pieles cayó en desuso, su marido, sin saber a qué dedicarse, se enfermó, y se fue endeudando hasta que murió dejándola a ella en la ruina. El problema fue que Isabel nunca fue aceptada por la familia de su marido, porque no era judía aunque sí polaca como él. Y al no haber tenido hijos, además de en la ruina se quedó completamente sola. Fue en esa época cuando empezó a tomar vino Crespi, blanco y frío.

—No hay peor alcohólico que el que empieza de grande —me dijo tío Alfredo—. Porque empieza, decididamente, para olvidar.

Yo no sé cómo mi tío sabía esas cosas, porque además de ser inocente en esos temas era un tipo con poca calle, el hijo menor de una viuda siciliana, el que se quedó al lado de ella a soportar el eterno duelo italiano. Pero esa cualidad de los alcohólicos tardíos yo iba a comprobarla más de una vez, y en el caso de Isabel, lo hice la primera vez que le llevé un pedido a la casa, el día en que me mostró

el billete de lotería que algún día iba a salir en la Grande de Navidad.

Fue un sábado al mediodía. La noche anterior habíamos tocado con la banda en el cine Wilde y nos había ido muy bien. Por supuesto, me había acostado tarde y tío Alfredo me había despertado sin piedad, al grito de "¡El que quiere celeste que le cueste!", pero con un mate en la mano. Y un vaso con Alka-Seltzer en la otra.

La cantidad de cajones y de lácteos que se habían comprado era el doble de lo normal, porque se había puesto de moda, con el calor, tomar yogur, y habían empezado a salir yogures de todo tipo, tanta variedad de golpe que no sabíamos a cuánto venderlos ni cómo acomodarlos en la heladera mostrador. Me llevó media mañana terminar el trabajo. Justo cuando me enderezaba y trataba de hacerme sonar las vértebras lumbares, entró Isabel: distinta, radiante, completamente vestida de naranja y con una sonrisa preciosa.

Le dije que me diera un minutito y pasé al baño a lavarme las manos. Cuando volví, Isabel había llevado al mostrador varias cosas. Una lata de ananá en almíbar, dos paquetes de nueces chilenas de un cuarto que yo mismo fraccionaba para esas fechas, castañas frescas, un pan madrileño, higos turcos y dos turrones blandos de almendra.

Además había agregado dos botellas de champán.

—Te estás adelantando mucho a la Navidad, ¿no? —le dije, y enseguida me pareció un poco confianzudo de mi parte.

Es que a veces yo imitaba los dichos de tío Alfredo, y no me daba cuenta de que lo que en él sonaba gracioso en un chico de quince podía sonar insolente. Le pedí disculpas a Isabel y ella me dijo que no hacía falta.

—Vos sos igual a tu tío —me dijo—, dicen lo que piensan sin dudar, y eso es bueno.

Siguió comprando y cuando terminó, como me había enseñado tío Alfredo, empecé a hacerle la suma a medida que le iba embolsando las cosas. Luego conté la cantidad de artículos y la volví a contar en la tira larga del ticket para comprobar que no había anotado algo dos veces o me había salteado alguna cosa.

—Perfecto —dije—, ¿cómo se va a llevar esto, Isabel?

—Estaba pensando en que me lo traigas, vivo acá en el Barrio Gráfico.

—No hay problema, cerramos a la una, y luego de almorzar hago el reparto. A las tres a más tardar ando por su casa.

—¿Me darías una botella de Crespi blanco frío para llevar ahora?

No dije nada, para no volver a tomarme confianza, pero algo se me habrá traslucido, porque me dijo:

—Es el vicio de los suicidas, querido, lo manda todo hacia abajo, hacia el abismo.

Isabel se fue con la botella y yo guardé sus cosas detrás, en el depósito. Cuando tío las vio me preguntó de quién eran y se lo dije.

—¿Se habrá ganado la lotería ésta?

Yo pensé que había sido otro de los chistes malos de tío Alfredo, pero lo había dicho de verdad. Es que Enrico, el marido de Isabel, que se llamaba así en honor a Caruso, jugó siempre un número, toda la vida. Y la única vez en que no lo hizo, allá en Polonia, salió premiado para Navidad. El viejo pensaba, y le había dejado como única herencia ese pensamiento a Isabel, que el número se iba a dar también, alguna Navidad, en la Argentina. Yo nunca hubiera creído que iba a ser ésa, la del 83.

A las dos menos cinco estacioné en la puerta de la casa de Isabel, un chalet enorme construido sobre el centro del terreno, a la izquierda, con mucho jardín adelante, al costado derecho y atrás, por donde andaban un montón de gatos. La casa no se pintaba ni se arreglaba desde hacía

por lo menos mil quinientos años, pero no me pareció sórdida, sino interesante. Fue la casa que más tarde iba a inspirarme la de *El sueño de los murciélagos*.

Estacioné la Rural y bajé las cosas al jardín. Hacía mucho calor y el sol pegaba a plomo sobre las baldosas amarillas del camino que llevaba a la puerta. Entre el pasto crecido se habían hecho rebeldes las hortensias, y cada tanto daban un vástago colorido, bastante alejado de la planta madre. Los gatos dormitaban en el frescor de las mejores sombras, esos lugares que sólo ellos saben encontrar.

Cuando todo estuvo acomodado en el porche, golpeé. Ni me molesté en buscar el timbre, porque seguro que no iba a haber o si había no iba a sonar o, peor, me daría una patada eléctrica. Me pasaba seguido en las casas de ese barrio. Isabel no contestó. Volví a golpear y esperé otro rato. Nada. Tenté el picaporte y comprobé que la puerta estaba sin llave. La abrí y entré.

—Isabel, ¿estás ahí? —dije medio susurrando, y luego más fuerte.

Escuché un gemido suave y avancé por el living oscuro y fresco, desprovisto por completo de muebles pero con un olor a madera vieja que me resultó agradable, lejos del tufo a humedad que yo había supuesto. El gemidito venía de más adentro, de lo que bien supuse debía ser el cuarto de Isabel. Y ahí la encontré, arrodillada frente a un crucifijo, completamente borracha, rezando y llorando en lo que, supuse, debería ser polaco. Le dije que era yo, y ella dijo claramente: "Pablito".

La ayudé a levantarse y la guié hasta la cama. Tomé el vaso que estaba hasta la mitad de vino y que era lo último que le quedaba a juzgar por la botella vacía que vi al lado de la cama, y ella dijo claramente: "No". Fui hasta el baño y completé el vaso con agua. Me pidió vino y le di de beber. Luego se acostó y entonces noté que se estaba orinando encima. La dejé así, no supe qué hacer con eso.

Entré las cosas y las guardé en la heladera y en la alacena. Tanto una como otra estaban limpias, sin polvo ni grasa ni restos de alimentos podridos o derramados: perfectamente limpias. Tampoco vi envases vacíos ni nada que acusara a Isabel de su problema de alcoholismo. Terminé, pasé por el cuarto pero sin llegar a entrar, apenas me asomé por la puerta. Isabel dormía.

Salí, me subí a la Rural y enfilé derecho para el negocio. Entré y esperé un rato hasta que se hizo la hora de ir a buscar a tío Alfredo. Lo fui a buscar y le conté lo que había pasado, le pedí permiso para pasar por lo de Isabel más tarde y me dijo que no había problema.

—Pero no vas a solucionar nada, sobrino. La cosa es así, y va a seguir siendo así.

—Pero lo raro es que la encontré rezando —dije.

Y enseguida le conté a tío Alfredo que lo raro no era que Isabel pudiera rezar, sino que ese rezo sumado a las cosas de fiesta que había comprado me olía mal.

—¿A qué te puede oler mal una buena mesa de Navidad antes de Navidad?

—No sé —le dije—, me huele a última cena.

Tío Alfredo me miró fijo y me dijo que antes de abrir fuéramos a verla.

Estacionamos en la vereda, en la entrada al garaje, y bajamos. Nos metimos en la casa y mi tío fue directo al dormitorio, sin detenerse a mirar nada, sin pudor tampoco. Y me di cuenta enseguida de que no era la primera vez que estaba ahí. Yo lo seguí despacio, demorándome mucho, con las mismas sensaciones que había tenido un rato antes. Cuando llegué a la habitación, tío Alfredo salía.

—No se puede hacer nada, Pablo.

Le dije que podíamos internarla y me dijo con razón que no éramos nadie para hacerlo y que de llamar a la policía la estaríamos condenando a algo peor que la muerte que pudiera encontrar en su casa o que pudiera elegir.

—¿Elegir? No entiendo —dije.

—Me dijo que se va a morir cuando ella lo decida.

—Tenemos que hacer algo, podemos llamar a una psicóloga, a la chica esa, la linda, la de rulos, que estudia Psicología.

Tío Alfredo no me contestó, pero a los dos días apareció la chica, Silvia se llamaba. Y era casi pelirroja, de pelo enrulado, como fuego de bruja. Le conté todo y me dijo que sí, que podíamos ir a verla. Con una mirada busqué la aprobación de tío Alfredo y fuimos caminando. Al cruzar las vías del tren recuerdo haberles sentido olor a muerte, un olor que es el día de hoy que siento en los rieles si es verano, olor a grasa mezclado con olor a muerte. Algo que me hace revolver las tripas. Supe que Isabel iba a tirarse debajo del tren, y se lo dije a Silvia.

—Estás sugestionado —me dijo ella.

Isabel nos atendió completamente sobria. Agradable y serena y bella como era cuando estaba sobria. Esa tarde tomamos té y nos convidó higos turcos rellenos de nueces, y dátiles, y una torta de manzana que ella misma había preparado, como si nos hubiera estado esperando. Me sorprendió y se lo dije.

—Es que decidí vivir este tiempo así —dijo.

—¿Así cómo? —le preguntó Silvia.

—Como si alguien estuviera por venir a tomar el té conmigo.

—Yo puedo venir casi todos los días —dije.

—Vos tenés tu trabajo, Pablito, y tu música. Pero es lindo que me lo digas.

—¿Y qué pasa cuando bebe, Isabel? De estar alcoholizada se perdería la charla y la visita.

Me gustó que Silvia usara la palabra "alcoholizada", lo pensé mucho y ahora lo pienso nuevamente y llego a la misma conclusión, fue la palabra menos dolorosa y la menos ofensiva para una persona como Isabel.

—Sería un error ignorar los trabajos del abismo.

Isabel dijo eso, y Silvia y yo nos quedamos callados. Si

bien ella era mayor que yo y era universitaria, creí entender mejor a lo que se refería Isabel. Yo me había educado en la religión católica y siempre busqué algo en ella, no me quedé de brazos cruzados recibiendo lo que los curas querían venderme. Sabía que existía la rebelión como una forma de santidad también, más allá de cualquier espíritu conciliador.

Me sentí mal cuando Silvia me dijo, una vez que salimos de la casa de Isabel, que para ella estaba entrando en el *delirium tremens*. Fui cobarde y por miedo a no encontrar las palabras no le dije lo que pensaba, y lo que pensaba era que Isabel era una mujer con conocimiento de Dios, al menos con un Dios íntimo que operaba en ella y le daba profundidad y hasta determinada belleza a su descenso. Porque el descenso no puede ser accidental. El descenso es el resultado de una elección de vida, o de un conjunto de elecciones hechas conscientemente en la vida. Isabel estaba en marcha hacia su abismo, lo supe pero no me animé a confiar en mi certeza, en esa luz pequeña que emanaba de mi certeza.

Lo del número me lo dijo Lalo, el tipo de la lotería de al lado. Un turco medio traidor con el que tío Alfredo se enojó cuando supo que andaba vendiendo billetes truchos. También vendía seguros y muchas veces no le pagaba la póliza a la compañía y por eso ya había tenido problemas. Yo sabía que le había conseguido alguna que otra vez el número a Isabel, y como no compraba el entero más adelante le dijo que jugara con el mismo billete, cosa que Isabel se había creído o simulaba haberse creído, no lo sé. "Igualmente ni debe controlarlo", le dijo el turco a tío Alfredo.

Durante todo noviembre y parte de diciembre Silvia fue constantemente a visitarla. Muy cerca ya de las fiestas, yo apenas tenía tiempo de almorzar entre atender el almacén y hacer los repartos. Y a la noche estaba tan molido que tenía que manejar tío Alfredo, y yo llegaba dormido

a casa. Silvia me contaba que las cosas no iban bien con Isabel, que estaba muy callada. A mí tampoco me decía nada, sólo me daba un beso siempre que venía a comprar esa botella de Crespi blanco frío, en un estado de desmejora que se iba agravando. Unos días antes de Navidad nos hizo la invitación. A Silvia, a mi tío y a mí, a cenar tempranito en la casa.

—A las siete —me dijo, y me pidió que les avisara a los demás.

Tío Alfredo me dijo que fuera yo solo. Silvia estaba de viaje o algo así. Por cierto, nunca más la volví a ver, ni en el negocio ni por las calles de Wilde. El día de la cena me fui muy bien vestido a lo de Isabel, con unos zapatos que me había traído tío Alfredo de Italia. Unos zapatos que aún conservo y que jamás volví a usar porque realmente no pegan con nada.

—Parece que esta noche seremos sólo vos y yo. Y mis fantasmas, claro está.

—Y los gatos.

—A ellos me refería con lo de los fantasmas.

En la cena sirvió todo lo que había comprado aquella vez más una tarta de atún muy rica y las dos botellas de champán, que fue tomando ella lentamente. A mí me convidó una limonada con pétalos de flores, fue la primera vez en la vida que probé algo así. Isabel habló de todo: del bien, del mal, de la muerte, de Dios y de los hombres, de la guerra, de Hitler, de su familia nazi y de su amor judío. Supongo que enumeró las cosas buenas y las cosas malas por las que una persona bebe. Ahora me doy cuenta: uno bebe para olvidar cosas malas, es verdad, pero sobre todo bebe porque hubo cosas buenas y no pudo hacer nada para retenerlas, para que siguieran ahí o para que siguieran siendo buenas. El recuerdo que tengo es de Isabel mirándose las manos cada tanto, señalando inconscientemente su impotencia, lo supongo. Después me mostró el billete de lotería, el 53288 que habían jugado con su marido tanto acá como en Polonia, y me dijo que algún año se iba a dar seguro.

—Usted sabe que el billete que juega está vencido, ¿no es así, Isabel?

—Es un juego, nada más —me dijo ella.

Isabel se tiró debajo del rápido a La Plata en las vías del ferrocarril Roca, en la estación de Villa Domínico. Ese mismo día de 1983, en la jugada del Gordo de Navidad, salió el 53288.

Paso siete

"Humildemente le pedimos que nos quitase nuestros defectos."

¿A quién? A Dios, o al poder superior que hayamos elegido y que nombremos de la manera en que lo nombremos. Por supuesto, ¿a quién si no le íbamos a pedir semejante cosa?

En este punto los pasos empiezan a sonar reiterativos, pero en realidad se hacen más finos, ajustan, poco a poco y hasta el máximo, la mira espiritual, y lenta y paulatinamente comienzan a llenar un espacio faltante.

La clave está justamente ahí: en las palabras "ocupar un espacio faltante". Llenar un hueco, tapar un hoyo, de la manera en que quieran decirlo. Y es exactamente ése uno de los principales motivos por los cuales los adictos y los alcohólicos nos metemos lo que nos metemos. Porque ésa, la sustancia de nuestra predilección, tiene la capacidad de fingir que llena, que completa o cierra ese agujero descomunal que sentimos en el alma. Sólo da la sensación, porque lo que hace en realidad es agrandarlo, para que necesitemos más, y entonces mayor sea el daño, y luego mayor y mayor y mayor la dosis hasta que el agujero se haga cadáver.

De modo que este paso es irreemplazable, verdadero, vital. Sólo Dios puede ocupar el lugar de Dios. Eso es verdad aun si lo tomamos como pura retórica. Entonces y de esa manera, al pedir humildemente (y acá el adverbio juega un papel crucial), llenamos de Espíritu de vida ese espacio tan vulnerable a cualquier clase de espíritu. Este paso es la única bebida espirituosa que un adicto se puede permitir. Y que se debe permitir. Humildemente, porque la humildad nos va a dar la paciencia necesaria para que termine de llegar ese cambio que tanto anhelamos.

En esta crónica que termina mal quienes sean mis lecto-

res habituales van a reconocer a un personaje de mi ficción, pero en la crudeza de cómo fueron en verdad las cosas. Es Andrea, que jamás conoció el Programa de los Doce Pasos. Que tuvo un solo dios, su padre, un juez castigador y soberbio, un ser feroz. Pero de alguna manera Andrea merece ocupar este lugar porque pidió humildemente vivir sin defectos dentro de la vida de su hija, tener otra oportunidad, y le fue negada.

Las líneas de mi mano

El odio es como beber veneno y esperar que el otro muera.
SAN AGUSTÍN

Para hablar de Andrea, de la verdadera Andrea, que no es la Andrea de mis novelas pero sí la dueña del nombre y de mucho del alma de mi personaje, tengo que empezar por describir el quiebre que me llevó a sus brazos, allá por mis veintipico de años, en un prostíbulo de la calle Paracas, en Constitución, donde terminé viviendo con ella durante algunos meses, antes de la tragedia.

Empiezo entonces diciendo que desde chico conocí la calle. O, para ser más preciso, me largué a las calles de los que entonces eran mis barrios: Dominico, Sarandí y Dock Sud. Sabía por los muchachos más grandes que no eran lugares para cometer errores y que caminarlas de noche y pretender sobrevivir implicaba, concretamente, aprender a conocer mis propias armas y, sobre todo, mis propias limitaciones.

En esos barrios, los barrios en los cuales nací y me crié, existen básicamente dos tipos de personas: las que sobreviven y las que no. Y entre las que sobreviven están las que lo hacen de taquito y las que lo hacen rebotando como bolita de flipper. Pero en las dos categorías encontré gente valiosa, y muchas veces gente valiosa que usaba alguna droga para poder vivir.

A los veinte años estaba convencido de que el mundo me debía, de que yo era una víctima de mi padre, de mi madre, de la sociedad, del sistema. Tenía que tener "lo mío" como fuera, sacarlo de donde fuera, tomarlo si no lo

podía comprar. Estaba obsesionado conmigo mismo. Yo odiaba a mi padre y, a través de él, odiaba a la humanidad porque no podía satisfacer mis necesidades. Por ese motivo desestimé estudiar y elegí ponerme a trabajar y a "hacer negocios". Yo sabía muy bien que el que tiene el bolsillo lleno tiene la razón, o que al menos los demás le dan la razón, a cambio de un poco de eso que tiene en los bolsillos: dinero o cocaína. Luego me di cuenta de que el talento también cuenta. El talento hace que los demás busquen tenerte cerca con la ilusión de contagiarse.

Entonces, a fuerza de abrirme camino con las manos y la cabeza, no tardé mucho en empezar a andar en la buena. Tuve un auto, ropa, plata, otra banda de rock y algunas de las chicas más lindas de Avellaneda.

Pero el malestar seguía ahí y se hacía más grande. Crecía aun en los momentos en que todo debía ser felicidad; en esos días perfectos incluso era en los momentos en que con mayor fuerza se hacía sentir. En la búsqueda de esta satisfacción —búsqueda que me obsesionó después— conocí lo que se me reveló en principio como el lado práctico del alcohol combinado con la cocaína: la capacidad de anestesiar.

Ignoraba, por supuesto, que el problema de estos medicamentos no radica en la composición sino en la posología. O sea, en que jamás uno deja de aumentar la dosis hasta que ya es demasiado tarde. Durante un tiempo fue eficaz, silenció las voces del pasado, me hizo olvidar el temor al futuro y, sobre todo, me hizo vivir el presente como dormido. Entonces, ante cada situación, pensaba en una copa y una dosis. Lo demás lo hacía la compulsión. Tomé como una bestia y terminé muchas veces en la sala de guardia de un hospital. Pero apenas me recuperaba y salía, volvía a tomar y a consumir de la misma manera.

Tuve una novia, un casamiento, un hijo. Por primera vez intenté dejar el hábito. Conseguí un trabajo formal y, simulando que todo iba bien, me sostuve sobrio por casi

nueve meses. Recaí, pero volví a intentar la sobriedad. Una lucha que incluyó la cocaína, pero no tanto como el whisky. Así se fueron los primeros años de matrimonio, desgastando el amor, destruyendo mi autoestima y construyendo una muralla de culpa que se hacía, día a día, trago a trago, raya a raya, inconmensurable. Imposible de escalar, de ignorar o de esquivar. Lo que hice fue mantener dormido al ser monstruoso que llevaba en mi interior, que me hablaba desde adentro de mi cabeza como una radio encendida día y noche, y no me dejaba ir tranquilo a la oficina, comer en familia, mirar televisión, seguir fingiendo. Fue una lucha encarnizada, batallas de veinticuatro horas en las cuales indefectiblemente perdí. Hasta que mi mujer me echó de casa, volví a una pensión y al alcohol diario.

Viví de changa en changa hasta que un amigo me consiguió trabajo en una agencia de mensajería en moto. La moto la ponía la agencia y también me daban una licencia de conductor trucha. En aquellos tiempos eso era moneda corriente. Yo nunca antes había manejado una moto. El primer día me enseñaron a andar, y el segundo día salí. Estaba aterrado: casco, rodilleras, tobilleras, coderas, parecía un caballero medieval. Tenía amurada en mi cabeza la idea de que iba a pasarme algo muy malo. Muchas veces estuve a punto de llevarme puesto un colectivo, un camión, un auto o algún transeúnte desprevenido que pasaba por ahí. El problema era que yo manejaba la moto pensando en cómo iba a quedar después del accidente: me veía enyesado de cuerpo entero, o con una pierna amputada, o con el cráneo aplastado o directamente muerto. Entonces me imaginaba el velorio: los amigos que iban y me lloraban, mi ex mujer que se reconciliaba con mi cadáver, mi novia que se peleaba con mi ex mujer y se agarraban de los pelos haciendo volar las coronas, y a veces me indignaba —verdaderamente sentía en el cuerpo esa indignación— porque en una de esas peleas tiraban el

cajón con mi mortificado cuerpo. No sé si se debía o no a esas elucubraciones, pero yo era uno de los más lentos de la agencia y había empezado a tener problemas.

Una vez se me encargó un trámite bancario de último momento. Un cliente muy importante pidió que fuéramos a cubrirle una cuenta. En cinco minutos estuve en su oficina. A las tres menos cuarto iba camino al banco. Estaba en el Once y yo, en esos quince minutos, tenía que llegar a Cabildo y Juramento. Doblé en Callao hacia Santa Fe como una luz. No me importaron ni los semáforos, ni los autos, ni las puteadas. No me importaba nada. Tenía que trabajar para ganar plata, ganar plata para pagarme un lugar decente donde dormir y tener un lugar decente donde dormir para emborracharme tranquilo y olvidarme del trabajo, de la plata y del lugar decente donde estaba durmiendo. Durante el viaje, una que otra vez, me venían muchos pensamientos referidos a eso. Entonces me distraía un instante y zas, me salvaba raspando. Gritaba "¡Nooo!", como un loco, y retomaba el control. Faltaban cinco minutos y estaba a diez cuadras del banco, saboreé con tranquilidad lo que ya se manifestaba como un gran logro. En ese banco eran macanudos y hasta cinco minutos después del horario te dejaban pasar. Eso daba como diez minutos para diez cuadras, incluso caminando llegaría.

Concentrado en el cálculo, casi me llevo puesta una piedra enorme que estaba en el medio de la avenida. No se entendía cómo podía haber llegado ahí. Hice una cuadra más, despacio, y pensé que otro motoquero podía venir distraído, llevársela por delante y romperse el alma. Era una posibilidad remota pero real. Tenía minutos de sobra y seguí avanzando, a marcha lenta, otras tres cuadras. A dos cuadras del banco la idea era la siguiente: un motoquero muerto por mi culpa.

Me imaginé el velorio del muchacho y a su madre y a sus compañeros acusándome de no haber querido perder

dos minutos miserables para salvar una vida humana. Una cuadra más y la idea era absolutamente insoportable. Doblé en U, ciego y a toda velocidad. Me sorprendí al ver, en lugar del cadáver, la piedra que seguía intacta en la mitad de la avenida. Estacioné mi moto apoyándola en el caño de un cartel y bajé a sacarla. Era pesada y tuve que hacer un esfuerzo para llevarla arriba de la vereda. Un comerciante salió y me dijo que no le dejara basura ahí, que iba a llamar a la Policía. El tipo me señaló el volquete que estaba a mitad de cuadra y yo, para no entrar en conflictos, llevé la piedra hasta allí. En mi *via crucis* tuve que hacer tres postas, ya que los ángulos filosos de la piedra me lastimaban las manos. Cuando volví, intenté encender la moto y fue imposible. Me quedaban tres minutos para que cerrara el banco y la moto no hacía ni el amague de arrancar. Le pedí al comerciante que la mirara nada más que un ratito y no alcancé ni a escuchar lo que me dijo porque paré un taxi y me subí. Cuando llegué, el banco estaba cerrado. Golpeé y me di cuenta de que no eran tan macanudos, porque la única respuesta que obtuve fue la cara de culo raquítico del botón del otro lado del vidrio. Me sentía derrotado, vencido otra vez por mi cabeza. Tenía que volver a la agencia, sin moto, sin haber cubierto la cuenta, sin una historia creíble que contar, sin parte de la plata porque la había usado para pagar el taxi. Me fui, derrotado, con la idea de tomar sólo una copa. Pensé: "Esta vez todo va a ser distinto, uso algo de plata y después explico todo". Rumbeé para el lado de Constitución y luego de pasar por varios bares paré en un prostíbulo adonde una vez había llevado unos paquetes dudosos.

Quedaba en la calle Paracas, al costado de la vía, apenas cruzando el puentecito de la calle Ituzaingó.

Me atendió una de las putas.

—Hola —dijo—, vos sos el pibito de la moto.

Así era como me llamaron en ese lugar. "El pibito de la moto", que derivaría luego en El Pibito o en Pibito

a secas, como me iba a llamar Andrea, el apodo que yo cambié en *La ley de la ferocidad* por Cachorrito.

La puta que me atendió se llamaba Belén, recuerdo su nombre y sus dimensiones: enormes. Más tarde Andrea me iba a contar que le decían la Vikinga. Porque era rubia y montañosa, y porque siempre había sido cornuda. Me gasté todo en whisky, en merca y en la Vikinga, aunque ni siquiera la toqué.

A la mañana siguiente me despertó el sol en la cara, y no tuve ni un segundo de confusión. Lo extraño era que en ese prostíbulo me habían dejado dormir toda la noche. La plata que tenía no podía haber alcanzado para tanto. Sin embargo vi, en la mesita de luz, dos cosas normales que en esas circunstancias deberían haberme resultado extrañas: mi ropa doblada sobre una silla y algunos billetes aprisionados por el peso de un elefante hindú de bronce con la trompa partida. No vi ningún forro tirado, y lejos de ese olor característico a plástico y lubricante que suele haber en esos lugares, el aire estaba limpio y olía a sándalo. Respiré profundo, sin temor ni asco, ni las mínimas ganas de salir corriendo. Antes de que pudiera pensar en otra cosa, entró Andrea. Todavía no sabía su nombre y tampoco sabía que en ese lugar podía trabajar una mujer tan hermosa. Andrea era de esas flaquitas impactantes. Se acercó, erguida e infernal como era, con una taza en la mano.

—Si me preguntás si estás muerto y estás en el Paraíso te tiro el café caliente en las pelotas —me dijo.

—Casi te lo pregunto.

—Estás en un prostíbulo, más cerca del infierno que del cielo. Pero nadie te va a lastimar acá. Y el café va gratis. Lo máximo que te puedo dar gratis.

—Dame laburo y un lugar donde dormir —dije.

—¿No te acordás de nada?

—Vine en moto, y llamé para que vinieran a buscar la moto.

—Viniste en taxi y me hiciste llamar para que fueran a buscar la moto. A la puerta de un banco, creo.

—No me acuerdo de nada, entonces.

—¿Ni de mí? —Si un escultor tuviera que hacer un monumento a la cara de puta yo lo asesoraría describiéndole la cara que puso Andrea tras hacerme esa pregunta.

—Ni de vos.

—Me llamo Andrea y soy la encargada.

—Es una buena manera de decirlo.

—¿De decir qué?

—Que no trabajás de puta.

—Todas las mujeres, alguna vez, trabajamos de putas.

Dijo esto, y yo me dediqué a tomar el café. Todavía hoy no entiendo por qué hice lo que hice y hablé de lo que hablé con la certeza de que algo había entre nosotros. Por supuesto que los diálogos que escribo en esta crónica no son los que en rigor habrán sido. Pero siento tanta seguridad al reproducir su voz, que podría encontrar mil variantes, y todas sin excepción serían verdades posibles. Andrea fue la única mujer en mi vida, al menos hasta el día de hoy, que se me presentó como si ya tuviéramos una historia en común. De hecho, creo que fue la única mujer en mi vida, a secas.

Me dijo que me había leído las manos, que la Vikinga le había dicho que me dormí usando sus tetas como almohada, y que, según ella, me había escuchado llorar y decir entre suspiros la palabra "mamá".

—El perfecto boludo que paga para llorar y no para coger —dije—, debés tener una docena todos los días.

—Pero vos no sos negro —me dijo.

—Y vos no sos racista, ¿no?

—Como vos quieras, pero acá se ve de todo, y prefiero a los blancos —dijo.

Me quedé callado. Otra vez una respuesta contundente seguida de esa cara de puta. Me volvió loco, Andrea me volvía loco. Ese impudor era su verdad, tan verdad como

el deseo mío de pasarlo por alto, de no escribirlo, para dejar inmaculada su memoria. Pero no sería Andrea. Ni la verdadera ni la de ficción, esa que nutrí de otras mujeres, esa que es un aquelarre en torno de Gabriel. La Andrea real era así. Pero qué sería de las personas que uno conoció, sobre todo de las que amó, qué sería de ellas y de su memoria sin la sombra que oscurecía apenas la intensa luz de su existencia. Sería tratarlas mal, confundirlas con las que no tuvieron que luchar, las que jamás se ensuciaron porque una suerte extraña, la suerte de los estúpidos y los imberbes, las mantuvo afuera del barro. Esa manera de pensar, la manera de pensar de lo que ella era: una chica de la alta sociedad de San Isidro, la hija de un juez, la mujer que se metió entre prostitutas por odio a su padre, la mujer a la que el mismo padre le arrebató la hija, la mujer que terminó muriendo de la manera en que lo conté en *La ley de la ferocidad*, con una botella rota en la garganta.

Quiero dejar testimonio de su manera de ser, de su adicción. ¿A la cocaína? ¿Al alcohol? ¿Al odio? A todo. No lo sé. Lo luminoso en Andrea era muy luminoso y lo oscuro demasiado oscuro. Demasiado.

Me dijo que toda esa semana el dueño no iba a estar y que si quería podía quedarme, siempre y cuando ayudara por la noche.

—Encargado turno noche —fue lo que me dijo.

Le dije que si me quedaba me separaba del todo. Que tenía un hijo de tres años y que eso me daba culpa. Le hablé de mi hijo, de su madre, de lo hermosos que eran los dos sobre todo si yo no estaba cerca. Ella sonrió. Y dijo cosas sobre mi mano, sobre las líneas de mi mano. Dijo que yo era un artista, que me iba a dar cuenta de eso algún día. Dijo también que "por algo había llegado a ella".

—Por algo te quedaste dormido en mí —dijo—, hace rato que estás separado.

—En tu amiga, me quedé dormido en tu amiga.

—En mi sistema lunar es lo que quise decir.

Llegó una chica gordita, otra gordita, o un poco más que gordita, con facturas. Andrea puso un cedé en la compactera. Led Zeppelin, *Tea for one.*

—Seguro que no sabés inglés —dijo.

—No sé —dije. Y escuchamos, sentados los dos en la cama.

A eso del mediodía me llevó a su departamento. Era en la misma propiedad, se entraba por al lado.

—El PH de arriba de todo —me dijo—. Y arriba del PH está el altillo, en donde te vas a quedar a vivir.

Sonreí. Me dijo también que había que hacerle de todo, como a ella.

—Como a mí —dijo.

Y volví a sonreír. Nunca sonreí tanto en la vida como con Andrea ese año, o como cuando la recuerdo, como ahora.

El lugar era un desastre de mugre y porquerías pero era enorme y con dos ventanas guillotina de madera. Una limpieza, una pintada de blanco y era perfecto. Desde la ventana, debajo de la cual enseguida me di cuenta de que iba a poner un escritorio o un sillón para leer, se veía la estación Yrigoyen del ferrocarril Roca, las vías, la calle Paracas, el puentecito de hierro de Ituzaingó. Me mostró todo, orgullosa, y me dejó solo con algunos artículos de limpieza que se había traído de "la empresa", como ella le decía.

Recién a la noche volví a verla. Fue tanta la basura y porquerías inservibles que metí en bolsas de residuos que tuve que sacarlas a la calle en diez viajes. En el último de esos viajes me la crucé a ella saliendo del quilombo. Estaba rara, alterada, miraba para abajo.

—Metete adentro rápido —me dijo.

Subí primero y ella me siguió. Recién en la cocina me di cuenta de que tenía la cara entre colorada y morada. Era evidente que le habían pegado.

Abrió un cajón de la cajonera de la alacena y sacó un

espejo, se sacó un papel plateado de cigarrillos de adentro del corpiño, lo abrió y peinó tres rayas de merca. Ella se tomó dos y me convidó la tercera.

La tomé y me di vuelta. Fue ella quien me besó primero, quien me sacó la pija, quien me la chupó como una enferma desesperada. Terminamos y preparó más cocaína. Mucha. Le dije que fuéramos de a poco. Y se rió.

—Tengo una grabadora de video. Quiero que me grabes aspirando merca y chupándote la pija —dijo.

—¿Para qué querés hacer eso?

—Para mandársela al hijo de puta de mi papá.

No lo hice, pero alguien lo hizo por mí. Nunca me dijo quién le pegó, y si bien el dueño del puterío cada tanto se zarpaba con ella, no estaba en esos días. Estoy seguro de que el padre encontró el domicilio de la calle Paracas. Y que fue personalmente o que mandó a su hijo, el hermano de Andrea, otro abogado y futuro juez de San Isidro. A quien yo conocí tiempo después, en otras circunstancias, y que era tan hijo de puta como lo fue su padre.

Dejé el altillo como nuevo y en el envión pinté también la casa de Andrea. Me di cuenta, durante las tres semanas en que trabajé diez horas por día en la casa y por las noches en el prostíbulo, de que lo mejor que yo podía hacer con mi ansiedad, con mi adicción, era olvidarme de ella.

—Para mí la mejor manera de dejar es consumiendo —me dijo Andrea cuando se lo conté. Pero enseguida me aclaró que si yo quería parar, ella ni me la mostraba—. No soy una hija de puta —me dijo.

Recuerdo ese año como en flashes. No pude dejar de consumir ni un solo día desde esa conversación con Andrea y estuve dos veces en el hospital por sobredosis. Sé que Andrea se sentía culpable porque sabía, al menos eso me dijo, que yo quería parar de verdad. Pero la verdad es que fui yo quien me serví de ella, un año entero viviendo

en su casa, trabajando en su trabajo, usándola de escudo y de mujer, de proveedora y enfermera. De psicóloga.

Una vez le devolví algo, una de esas pocas cosas que soy capaz de hacer en algún momento y que hacen que, pese a todo, finalmente, las mujeres que se involucraron conmigo terminen perdonándome, o al menos terminen por no odiarme del todo. Lo que hice fue hablar con su padre, decirle que era el novio de Andrea, que había sido su médico personal y que ella estaba limpia hacía un año y quería ver a su hija Lucy.

Para hacer bien el papel, un cliente del prostíbulo que era pediatra me había dado una matrícula y el nombre de un psiquiatra que vivía en Sierra de la Ventana, alejado de su profesión, tomando hongos y comiendo mierda en vez de curar a la gente.

Pero el tipo no hizo preguntas. Logramos verla a Lucy y la llevamos a caminar por la avenida Márquez hasta el fondo, metiéndonos por las calles donde aún estaban esas casas con caballerizas. Hasta con alguno que otro caballo en las caballerizas, algo raro tan cerca de la Capital.

Fue una tarde inolvidable. Caminé unos metros detrás de ellas dos, que iban de la mano, conversando. Andrea hablaba y Lucy giraba la cabeza, mirando a su mamá desde su estatura, cada tanto. Era hermoso verlas juntas. El mismo, el mismísimo pelo castaño oscuro, largo y enrulado en las puntas, se les movía de exacta manera a merced del viento. Y cómo caminaban, apenas chuecas las dos, con una pierna algo torcida hacia afuera y revoleando el pie izquierdo con un latigazo cortito y suave. Recuerdo que sólo eso me hizo sonreír, pese al tipo que supe desde que lo vi que nos venía siguiendo desde la otra vereda, unos metros detrás de mí.

Dios existe, fue lo que pensé. Siempre existió y a cada rato lo demuestra. La tarde se terminó y devolvimos a Lucy al abuelo. Yo la devolví mientras Andrea esperaba en la esquina. Me atendió el juez personalmente.

—No hacía falta que me siguiera el matón —le dije—. Su hija quiere hablar con usted.

—Yo no tengo hija, y mi hija no tiene ningún doctor —dijo el juez.

Me di vuelta y me fui. Cuando Andrea me preguntó qué había dicho su viejo le mentí, le dije que en treinta días podíamos repetir la visita y tal vez entonces pudieran hablar.

La primera semana estuve pensando cómo hacer para lograr esa visita, la segunda semana me drogué mucho y me olvidé, la tercera semana Andrea tuvo una pelea con el dueño del prostíbulo y el tipo le clavó una botella rota en el cuello. Murió desangrada antes de que llegara la ambulancia.

Cerraron el local, el tipo fue en cana y me quedé en la calle, sin Andrea y con la consciencia repleta de mierda otra vez.

El juez aceptó el cadáver de su hija y le dio su lugar en la bóveda familiar del Cementerio Central de San Isidro. El día del funeral me pareció el día perfecto para estar muerto, yo habría querido estar ahí, con ella adentro del cajón, al amparo de la tristeza de un cielo gris plomo y una garúa finita. Se lo dije a la Vikinga, cuando todos nos fuimos de ahí. Ella fue la que sostuvo en alto la cabeza de Andrea, la que intentó infructuosamente apretar con una toalla enrollada el cuello sangrante.

—A vos te toca seguir —me dijo la Vikinga—, ella me contó que tenías don de artista, que lo había visto en las líneas de tu mano.

También le había hablado de Lucy, y de aquella tarde. Que estaba segura de que a su hija le iba a tocar una buena vida. Y que ella iba a vivir adentro de la vida de su hija.

—Para limpiar el Karma —dijo la Vikinga, y se despidió de mí.

Y yo me empeñé en seguir, o tan sólo seguí porque

seguí, y no me empeñé en lo más mínimo. O seguí porque una línea de mi mano dice que me tocaba seguir, tener otro hijo, una hija, y escribir ahora estas palabras.

Paso ocho

"Hicimos una lista de aquellas personas a las cuales ofendimos y estuvimos dispuestos a reparar el daño que les causamos."

"Enmendar", "reparar", "volver a empezar" suena fácil, como las palabras huecas de una canción pegadiza. Pero el daño que causa el consumo de drogas y alcohol en el adicto, en sus seres cercanos y en la sociedad es tan tremendo y devastador, que repararlo se vuelve muy complejo, y a veces imposible. Porque lo que no se puede hacer es volver el tiempo atrás. Y lo que no se debe hacer es lo que siempre hicimos, lo que hace que sigamos consumiendo y haciendo más y más daño, que es negar: hacer como si no pasara nada.

Cada vez que leo este paso me pregunto: ¿Qué sucede en el caso de alguien que haya matado? ¿Puede esta persona, en el caso de estar verdaderamente arrepentida, enmendar? Se me hace imposible: el muerto ya no está y ninguna cosa que se haga va a traerlo de vuelta.

Recuerdo una escena de la película Gandhi *que viene a resolver el gran dilema moral de todas las sociedades: cómo hacer justicia, qué diferencia a la justicia de la venganza. Durante una huelga de hambre que estaba ya por matar al santo, cuya inanición voluntaria tenía el objetivo de terminar con la matanza que se estaba llevando a cabo en la India por el conflicto entre musulmanes e hinduistas, Gandhi pedía que todos depusieran las armas, que le demostraran a él que no iba a volver brotar la violencia. Al borde de la muerte, con los jefes de Estado rodeándolo, llega un líder hinduista y deja a sus pies la hoz, que se había convertido en arma de guerra, y le dice:*

—Ya estoy en el infierno, Padre, pero no quiero llevarme el Karma de su muerte también. Coma, ya no nos mataremos. Por favor, coma.

Gandhi le contesta que si en las siguientes veinticuatro horas no escucha una sola noticia de violencia se va a tomar un vaso de un manjar que tiene en mente: jugo de naranja. Luego le pregunta por qué ha dicho que ya está en el infierno. Y el hombre le dice que le habían matado a su hijo de siete años y que en venganza había tomado la vida de un niño musulmán, de la misma edad, destrozándole el cráneo con una piedra. El hombre está aterrado de sí mismo, completamente arrepentido. Gandhi nota eso en su mirada, y le construye una puerta de salida:

—Busca un niño musulmán que haya quedado huérfano, debe haber cientos en la calle en este momento, críalo como si fuera tuyo, pero asegúrate bien de criarlo en la fe musulmana. Haz de él un hombre musulmán.

No tengo ni por asomo algo tan grave que enmendar, pero como aun así mi lista sería muy larga, voy a representar en dos personas a todos aquellos a los que ofendí. En esta crónica trataré de reparar el daño que les hice, a una abandonándola y a otra siendo parte de una manada de imbéciles que presenció una terrible humillación.

Satisfecho de poder respirar

A veces pienso que no tengo nada en común con el mundo. Debería acurrucarme en un rincón, satisfecho de poder respirar.
FRANZ KAFKA

Conocí a Willy a la semana de entrar como dibujante en la oficina técnica de la antigua empresa de electricidad de Buenos Aires, SEGBA. Y nuestra amistad duró casi tres años. Los mismos que yo viví con mi primera mujer y en ese mismo trabajo. Lo conocí en lo que, más tarde me daría cuenta, iba a ser el tramo final de su cordura, pero cuando su alcoholismo aún podía considerarse leve, social, tal vez inofensivo. O, por decirlo de otra manera, lo conocí cuando entraba en la recta final de su alegría.

Willy fue desde siempre, para mí, un tipo ácido y ermitaño, al que los demás toleraban tan sólo porque lo conocían del tiempo en el cual había sido distinto. Por eso no hay que entender la palabra "alegría" de manera literal. No. Hay que entenderla como la mejor posibilidad de una enorme inteligencia. Ya la vida lo había castigado, y bastante. Pero en el principio de nuestra relación no se podía percibir, a simple vista, que eso lo hubiera amargado. Pero sí que algo había hecho en él, lo decían todos los que lo conocían de antes. Y fue el suicidio de su mejor amigo, que era para él como "un hermano mayor", y luego el alcoholismo y la depresión de su padre, y luego el alcoholismo y la depresión de su hermano y finalmente el alcoholismo y la depresión propias, lo que lo convirtieron en uno de esos seres cuya ternura hace que lo devoren sin piedad.

Tuve, desde el día en que fuimos presentados, una

clara impresión de que las cosas no andaban muy bien en su cabeza. Y no es que esas "cosas" pudieran verse a primera vista, tal vez lo contrario, pero en esa figura hipermasculina del tamaño de una montaña, de pelo oscuro y ondulado, había algo que nunca dejó de inquietarme, ni aun cuando quise creer que había empezado a conocerlo. Algo situado no exactamente en un lugar, sino por ahí, girando como un satélite invisible.

Todo en él era exagerado. Ubicaba su escritorio casi encima de la estufa en invierno y debajo de la salida principal del aire acondicionado en verano. Decía que era preferible devorar que comer, avanzar que caminar, y que en una revolución empezaría fusilando a los que no hablaran "fuerte y claro" y a los que insistieran en decir, conciliadores, que Luis Miguel era un buen cantante. En realidad, Willy no habría sido capaz de matar a una mosca. Pero era como si esa vida que hervía en su interior necesitara salir por alguna válvula de escape, como si ese inquieto dios que llevaba en el pecho gritara a todo volumen la condena de vivir en el encierro de su cuerpo. Reía con estruendo. Discutía como poseído y era casi imposible moverlo de una posición cuando estaba convencido de algo. Pero al mismo tiempo no era capaz de diferenciar una vieja prostituta de Constitución de la madre Teresa de Calcuta.

—Todas las cosas están llenas de cosas rellenas —me dijo una tarde.

Me lo dijo de repente, en medio de una conversación que nada tenía que ver con eso. Y agregó:

—Cada cosa contiene otra cosa y está contenida a la vez por algo mayor. ¿Vos viste los cuadros del Bosco?

Le dije que sí, que tenía algunas láminas en mi casa, y seguí haciendo el cálculo de potencia para un nuevo suministro del Hospital de Niños que él mismo me había encargado.

—Debés pensar que estoy loco, ¿no? Saltar de una cosa a la otra.

—¿De kilovatios al Bosco? Tal vez no sea del todo raro, aunque no creo que lo entiendan los del sindicato —le dije, y Willy lanzó una de sus incontenibles carcajadas. Después me invitó a comer.

"Me invitó a comer" quiere decir que en adelante me pagó, todos los días, el almuerzo. Desde la segunda vez, ya sin tener que volver a decirlo. Era como si cada cosa que pasaba se convirtiera en una condición permanente, así era él y así lo acepté yo desde un principio. Tuvimos muchas conversaciones durante la hora de almuerzo. Siempre en el mismo boliche de Constitución. Terminábamos de comer, él pagaba y yo le agradecía la invitación y repetía la promesa de devolverle el dinero a fin de mes. Pero Willy le restaba importancia hablándome de otra cosa. Creo que los dos encontrábamos en el otro un socio con el que conversar de las cosas que verdaderamente nos interesaban: música y literatura, fútbol, cine y mujeres hermosas e inalcanzables. En menos de dos meses, éramos grandes amigos.

Me contó que había cambiado la carrera de Ingeniería Mecánica por Ingeniería Naval, para agregar después que iba a recibirse de nabo. Y si bien puede parecer excéntrico que alguien elija una carrera semejante en un país que en ese entonces ni soñaba con fabricar siquiera escarbadientes, mucho menos un barco, más extraño es que el motivo de esa elección hayan sido los libros de Joseph Conrad. Creo que me hizo ver veinte veces la película *Tifón* y, más o menos ochenta la escena en la que el barco se clava de punta contra una ola gigantesca. Lo cierto es que Willy siempre quiso estar cerca del mar, y por ese extraño faro que guía a ciertas personas al olvido y al fracaso, jamás se le ocurrió algo tan sencillo como podría haber sido embarcarse.

Pasó un año y mi novia quedó embarazada. Compré en cuotas un departamento del FONAVI y cuando logramos mudarnos organicé una cena para todos mis compa-

ñeros del trabajo. Sólo vino Willy, y luego de pasarlo bien, a eso de las cuatro de la mañana, al despedirse le dijo a mi flamante esposa: "Hasta la semana que viene", y se fue. Ella no entendió bien qué era lo que estaba programado para la semana que viene, de hecho casi no teníamos vida social, pero yo al menos lo sospeché. A partir de entonces Willy, mi mujer y yo cenaríamos todos los sábados en casa.

Con libros para mí, flores para mi mujer y vino para todos (vino: mucho vino, botellas de esas de más de un litro, varias botellas), Willy nos visitó, religiosamente, cada sábado. Y fue agradable en un principio. Se soltaba y habitaba nuestra familia llenándola de alegría. Mi mujer lo adoraba. Ella, una niña también, de menos de veinte años, parecía dulcemente seducida por la voz de ese hombretón bueno e inteligente que podía hablar de todo, citar frases y recordar películas escena por escena. Siempre era divertido e interesante escucharlo.

Jamás habló de su hermano, que sé que vivía en Estados Unidos, ni del suicidio de su amigo, ni de su padre. Cuando hablaba de su casa hablaba de su perra, una ovejero alemán que criaba para que no fuera amistosa. El día en que la fui a conocer, Willy, después de darme todas las instrucciones para "moverme sin riesgos por la casa", me dijo:

—Acordate: entrás bajo tu responsabilidad, la perra no es un animalito doméstico. No te despegues de mí.

Ni siquiera me animé a ir al baño.

Cada sábado terminaba más o menos igual. Cenábamos, y en la eterna sobremesa mi mujer escuchaba a Willy hasta que se sentía agotada, entonces se disculpaba e iba a acostarse. Yo me quedaba con mi amigo hasta que él no podía más de borracho y, literalmente doblado, decidía que era hora de emprender la vuelta a su casa. Se volvía caminando pese a que vivía a más de cuarenta cuadras. Pero para ese entonces yo había aprendido a aceptar esas excentricidades de Willy con total naturalidad. Antes de

irse, la mayoría de las veces me dejaba una frase de algún escritor o artista con el cual se identificaba. Siempre en el hall, fuera de mi departamento, levantando el dedo índice y también, bastante, el volumen de su voz. Luego bajaba los once pisos por la escalera, como una tormenta, y sin encender la luz. La primera frase que dijo fue la de Kafka que encabeza este relato.

Mi mujer tenía una amiga, Linda, una chica de Baradero que le hacía honor a su nombre: era verdaderamente preciosa. Muy parecida a la actriz Andie MacDowell cuando joven, era además una persona encantadora, aunque un poco introvertida. Convencí a mi mujer de que se la presentáramos a Willy. La chica estaba sola en Buenos Aires, había venido a estudiar arquitectura. Mi mujer me dijo que estaba loco, que Willy era una buena persona, que eso se notaba, pero que no se sabía con lo que podía salir. Discutimos un poco, pero al final no sé bien con qué argumento la convencí. Y la invitó a Linda a cenar en casa el siguiente sábado.

Todo comenzó bien, Linda llegó una hora antes para ayudarnos con los preparativos. Para la ocasión limpiamos el departamento y ordenamos mejor el living. Compramos velas, comida de rotisería, y hasta una botella de champán. Linda notó los cambios y sonrió, se la veía entusiasmada. Esperando al Romeo, los tres nos tomamos unos vermús, mientras charlábamos acodados en la baranda del balcón, mirando la noche estrellada del Barrio Gráfico de Wilde, con un cielo que se extendía por el enorme potrero que terminaba en el relleno ecológico del Río de la Plata. A las diez en punto sonó el timbre. Willy había subido, como era habitual, los once pisos por la escalera. Cuando le abrí la puerta, mi enorme amigo estaba completamente transpirado. La cara roja por el esfuerzo y una sonrisa de ángel que hubiera conquistado el corazón de cualquier madre. Traía una bolsa de feria repleta en una mano y un ramo de violetas en la otra.

—Violetas para tu pelambre —fue lo primero que le dijo a Linda, y soltó su carcajada.

—Es de un tema de Billie Holliday, no te enojes —dije, tratando de suavizar lo que instantáneamente temí se convirtiera en una pésima primera impresión.

Willy les dio a las mujeres un beso y a mí la mano. A mi mujer, además de besarla en la mejilla, le dedicó un piropo (siempre le dijo piropos, cada vez un piropo distinto, original y bellísimo. Yo no podía dejar de amar lo que él era).

En la bolsa había de todo. Quesos, snacks, dulces y, por supuesto, tres de esas gigantescas botellas de vino tinto. Yo le había pedido que viniera bien dispuesto para la ocasión, le había dicho que la piba era una hermosura pero que si él bebía mucho o se comportaba de manera exagerada, se podía espantar, ya que era muy tímida. Tal vez había llegado la hora de decirle algunas cosas para que pudiera salir de esa soledad a la que su personalidad lo condenaba. En el momento Willy ni siquiera me miró, y yo interpreté eso como vergüenza, pero al mismo tiempo como agradecimiento. Pero cuando vi las botellas entendí que lo único que me había querido dar a entender con aquella mirada era que me dejara de dar consejos pelotudos, o algo así.

Durante la comida Willy se mostró tranquilo, tan sólo obsesionado con el tema del vino tinto pero de manera discursiva. O sea, el tipo se lo pasó defenestrando a los que tomaban vino blanco, porque, según él, la gente combinaba colores y no sabores y que perfectamente el vino tinto, que sí era vino, podía beberse con pescado o con aves y hasta con "ensaladitas de morondanga". A todo lo que decía lo ejemplificaba sin exageraciones y era lo bastante gracioso como para que sus juicios lapidarios pudieran ser asimilados sin que nos cayera mal la comida. Mi mujer habló un poco con Linda y Willy le preguntó cosas a la chica, tonterías dichas en un tono infantil. Sé que quería

sonar blando, pero no lo lograba, en cambio parecía un tipo que subestima la conversación que un hombre puede tener con una mujer. Y a todo esto se le iban sumando, lenta pero ininterrumpidamente, los vasos de vino, hasta que la segunda botella se terminó y pidió abrir la tercera.

—Me parece que es mucho, después va a quedar abierta y en esta casa durante la semana nadie toma —dijo, tímidamente, mi mujer.

Willy me habló directamente a mí.

—Abrime el vino, macho. En esta ciudad si no estás borracho o drogado tenés que ser un cínico.

—¿De quién es la frase? —pregunté, en un intento tímido de suavizar el hecho de que Willy ni siquiera había mirado a mi mujer.

—Se me acaba de ocurrir —me dijo.

Destapé y serví. En adelante la noche se torció definitivamente. Willy se puso borracho, un borracho que en ningún momento se mostró atrevido, tan sólo se fue cargando de una estática extraña: la misma que muchas veces le noté pero en un voltaje sin precedentes, al menos en nuestra historia en común.

Mi mujer me había dicho una vez que las borracheras de Willy eran cada vez más oscuras, y lo volvían a él cada vez más pesimista. Pero yo le contesté que eran cosas de ella, se ve que no quise notarlo. Y ese sábado la cosa iba a explotar frente a Linda.

Y fue así que antes del postre Willy ya no pudo mantener a raya su inconsciente, y la noche se desbarrancó. Mientras hablaba tomaba vino, pero no de manera normal. Tomaba tragos de medio vaso y cuando lo vaciaba volvía a servirse en el acto. Pese a todo decidí jugarme la última carta y le hice a mi mujer la seña que habíamos convenido para decirles a nuestros invitados que íbamos a dejarlos solos un rato para ir a comprar helado. Lo dije yo, en verdad, y le di pie a Willy para terminar de arruinarlo todo.

—¿Les molesta si los dejamos por quince minutos? —fue lo que dije luego de explicar a dónde íbamos.

Linda alcanzó a mover la cabeza en un gesto que no entendí si era un "sí" o si era otra cosa. Pero de nada hubiera servido interpretarlo, porque Willy se paró, aspiró refregándose la nariz como hacía siempre que estaba borracho, y llegando hasta mí me palmeó con fuerza la espalda.

—La piba me gusta mucho, macho —me dijo—, además estoy caliente como un búfalo.

La cara de Linda se descompuso, la de mi mujer se transformó. No supe qué decir. Y se me ocurrió sonreír, como un perfecto imbécil.

—Mejor voy yo con Linda —dijo mi mujer, y sin esperar respuesta las dos salieron del departamento.

Me quedé solo con mi amigo y terminamos de vaciarnos los últimos vasos de vino. Willy me pidió otra botella y le dije que iba a mirar, que las que él había traído las habíamos liquidado a todas. Fui hasta la cocina a ver si al menos me quedaba algo de vino de damajuana, pero nada. Abrí la heladera y vi una botella de torrontés, intacta. Pensé en llevarla a la mesa, pero el discurso de mi amigo en contra del vino blanco me disuadió. Volví y me senté frente a Willy.

—No sé cómo decírtelo, hermano —le dije.

—¿Lo de la piba? Olvidate, macho, es una histérica.

—No, lo del vino. Es que me queda una sola botella y es de blanco.

—No importa, traela. En el fondo son nada más que colores —me dijo Willy—. Colores, macho, colores.

Para cuando volvieron las mujeres yo estaba destruido, sentía también el peso de toda esa energía negativa que Willy había derramado sobre mí. Él leía en voz alta una historieta de Moby Dick. Mi mujer entró a la cocina y Linda entró detrás de ella, se la notaba aterrada. Trajeron el helado y trajeron el champán. Me había olvidado de

que Willy odiaba el champán. Odiaba lo que el champán significaba en nuestra sociedad.

—Helado con champán —dijo—. ¿Te volviste menemista?

No respondí y le pedí que me siguiera leyendo. Leyó, nos sirvieron el helado sin champán. Mi mujer preguntó si no nos molestaba que ellas tomaran el helado en el cuarto, querían ver televisión desde la cama. Le dije que no había problema. Willy terminó de leer y empezó con las citas. En realidad comenzó a armar citas apócrifas a partir de dos medias frases de músicos o escritores famosos. Todo se le había mezclado en la cabeza, por primera vez yo estaba a punto de odiarlo. Recuerdo algunas de esas frases. Una era mitad de Charly García, mitad de Kafka. "Yo te podría decir que me cago en tu amor, pero ponte del lado del resto del mundo." Otra, mitad de Oscar Wilde y mitad de la Mona Jiménez: "Todos estamos hundidos en el mismo barro, sólo que no sé quién se ha tomado todo el vino". El vino (de todos los colores) se lo había tomado él, y cuando se terminó me dijo que se iba.

—Si querés la llevo a la piba —dijo.

—¿Viniste en auto?

—No, macho, la llevo caminando.

—Dejá, se queda a dormir acá, no te preocupes —dije.

Lo acompañé hasta la puerta y le dije que esperara en el hall. Fui hasta la pieza y les pedí a ellas que salieran a saludarlo. Salieron las dos, Linda detrás de mi mujer, como refugiada. Tuve ganas de decirle que no exagerara, pero no quise empeorar las cosas. Le dijeron chau y le dieron un beso. Willy estaba doblado y me pareció al borde de algún tipo de crisis emocional. Lo abracé y cerré la puerta. Fue entonces que lo oí gritar: "¡Oh Bartleby, oh humanidad!" y, acto seguido, tropezar y toser escaleras abajo. Ésa fue la última vez que cenó en mi casa.

Los días siguientes, en el trabajo, lo vi de mal en peor. Desayunaba cerveza porque decía que era agua, almor-

zaba vino, y sé que cenaba con ginebra. No habló nunca de Linda, no intentó retomar nuestras cenas. No pidió ninguna explicación y mucho menos intentó darla. Nuestros almuerzos en el boliche de Constitución se hicieron esporádicos y, pese a que él siempre pagaba la cuenta, se le notaba que se sentía un poco incómodo en mi presencia. En poco tiempo dejé de acompañarlo y él no insistió. Paulatinamente fue dejando de hablarme. Dejando de hablar, en realidad, y pasaba los días perdido en su tablero de dibujo, en una especie de calma aterradora.

—La calma chicha —me había dicho una vez—, la calma que antecede a las grandes tormentas.

Y pasó. Meses después, creo que en el invierno del año siguiente, supongamos que en una de esas mañanas de junio en las que el mundo parece más feo y más terrible, con lluvia y viento en las ventanas, se desencadenó la tormenta que lo empujó al vacío para siempre.

El gordo López, un compañero de oficina que se pasaba todo el día molestando al prójimo sin razón, había tomado de punto a un dibujante nuevo recién egresado del industrial de la empresa. El Gordo era de esa clase de bromistas que sólo se contentaban al conseguir la humillación aplastante de sus víctimas, y es necesario aclarar que con el dibujante nuevo la obtuvo desde el primer día. El nuevo se llamaba Eugenio, y era la ingenuidad con cara de niño abandonado. El Gordo me lo presentó con una sonrisa.

—Eugenio Aurelio Fernández —me dijo.

"Aurelio", astuta y maliciosamente, se lo había agregado él. Después le fue fácil lograr que, en poco tiempo, todos, incluso la víctima, aceptáramos ese nombre. Entonces vino la masacre. Fueron muchas las cosas que ese pibe flaco y larguirucho tuvo que soportar de parte del Gordo, más de las que un tipo normal hubiera aguantado sin romperle la boca. "Aurelio" nunca reaccionó, se mantuvo serio e inexpresivo frente a todas las bromas de mal gusto que le hizo el Gordo. Apenas, alguna que otra vez,

se puso rojo, y todos creíamos que ese día le estropeaba la cara. Pero no, soltaba un suspiro seco y tragaba saliva bajando y subiendo una enorme nuez de Adán en el centro de su cuello de jirafa.

Esa mañana aburrida de la que hablo, como fue costumbre durante la etapa previa a la privatización, no había mucho que hacer en la oficina. El sindicato nos estaba obligando a ser cómplices del gobierno destruyendo la imagen de una empresa que si bien no era perfecta, funcionaba bien. Diez de los quince integrantes de la oficina técnica estábamos tomando mate en el cuartito de tomar mate. Entró el Gordo y soltó la novedad de que había convencido a "Aurelio" para que aceptara una apuesta. El pibe le había dicho que era cinturón marrón de karate y al Gordo se le ocurrió "algo sencillo": desafiarlo a que rompiera, de un golpe de puño, el respaldo de una silla de dibujo hecho de madera de cedro de media pulgada de espesor. El premio sería un flamante billete de cincuenta, y tendría tres posibilidades para hacerlo, o sea, tres golpes. Todos, reconozco que yo también, nos entusiasmamos y organizamos rápidamente la apuesta. La plata se puso en mi tablero. El Tutu (le decíamos así porque además era tachero) y yo éramos los encargados de sujetar, uno de cada extremo, la tabla. Los demás debían mirar y estar callados. Cuando todo estuvo en su sitio "Aurelio" se preparó para pegar el primer golpe. Se sacó el pulóver y se envolvió el puño con una gamuza anaranjada. Me paré con un pie adelante y otro atrás buscando solidez en la postura. El Tutu, abierto levemente de piernas, sonreía despreocupado.

El golpe sonó como una patada en la base de una puerta de chapa cerrada con llave. Sonó metálico y fue tan violento que a mí me dolieron las manos y el Tutu dio un paso entero hacia atrás y casi se cae de culo. Todos nos quedamos asombrados de la fuerza y la furia del golpe de "Aurelio". Pero mucho más nos asombramos de otra cosa:

no había ninguna razón para que la madera siguiera intacta. Pero ahí estaba, como si nada hubiera pasado. Alguien comentó que seguro se había rajado por dentro y que en el próximo golpe se partiría en dos o tres pedazos. Otro dijo que no se podía romper ni en diez golpes porque era cedro bien estacionado. Yo no supe qué opinar, y reconozco que nunca habría imaginado lo que había detrás de todo eso. Willy intercedió:

—Déjense de joder —dijo—, ¿por qué no se dedican a otra cosa?

Yo le contesté que no era para tanto y que me parecía una apuesta justa. "Aurelio" le contestó que no se metiera y juro que fue la segunda vez en seis meses que escuché su voz. La primera había sido el día en que nos presentaron.

El segundo golpe fue un poco más leve, como buscando tantear la situación para pegar el tercero y definitivo. La madera se mostraba apenas rajada a lo largo de una veta marrón. Entonces "Aurelio" se arremangó la camisa por encima del codo, apretó la gamuza y cerró el puño con fuerza.

El golpe que pegó fue brutal. El sonido a madera rota y a metal me estremeció la carne. Fue un ruido a roto en mil pedazos, como un múltiple crepitar de ramas que arden en el fuego. Yo había cerrado los ojos y cuando los abrí "Aurelio" estaba arrodillado en el piso sujetándose la muñeca derecha. Hacía ruidos en voz baja. Ruidos extraños, de lamento. La madera permanecía ahí, entre mis manos, partida literalmente en dos, colgando de una de las almas de acero galvanizado que ahora eran visibles a los ojos de todos nosotros. El silencio en la oficina era absoluto. Incluso el gordo López estaba callado. Se escuchó una risa tímida que alguien lanzó desde el baño, y recién entonces el Gordo mostró nerviosamente los dientes acompañado por algunos de los que empezaban a dispersarse hacia sus tableros. Willy se puso como un loco, agarró al Gordo del cuello y lo empujó con fuerza para atrás. Le dijo que había

perdido la apuesta, tomó el dinero de la mesa, se agachó y se lo tiró a "Aurelio" en la cara.

—Escuchame, idiota —le dijo—. ¿Vos nunca pensaste en suicidarte?

La respuesta de Aurelio fue en voz bien alta y bien clara dirigida a Willy y a todos nosotros. Dijo que sí, que lo pensaba todos los días.

—Lo pienso todos los días, cada vez que me levanto de la cama —fue exactamente lo que dijo.

Willy se puso pálido como un pescado muerto, se levantó y se fue derecho a su escritorio frunciendo el ceño como después de una borrachera. Se pasó el resto de la tarde sentado allí, y juro que lo que voy a decir y como lo voy a decir es exactamente lo que vi. El hombre, el gigantón de personalidad extrema y temeraria que era Willy, se fue cerrando sobre sí mismo como una flor de escritorio que ha sido olvidada en un invierno de papeles y de sombras. Y en eso se convirtió, en una sombra sin sentido ni razón para seguir.

Comenzó a fallar en su trabajo, él, que era tan buen proyectista. No volvió a hablar con nadie y mucho menos participó de la hora del mate en el cuartito. Pero, lo que hoy me parece peor, jamás volvió a beber, al menos en la oficina. Intenté de todo para acercarme a él, pero nada resultó. Ni apelar inescrupulosamente a que estaba por nacer mi hijo. Nos negó todo su ser, a todos, y a mí igual que a todos. Sin su saludo, sin su palabra y, por supuesto, sin su amistad, pasé los últimos meses de empleado y me anoté en el retiro voluntario.

Dejé de trabajar con un acuerdo previo y tardé seis meses en lograr que me dieran fecha de cobro. Durante ese tiempo no me puse en contacto con nadie de la oficina. Tan sólo pasé, una vez, por la vieja casa del padre de Willy, en donde había conocido a su perra, pero no me animé a golpear la puerta. Sentía que lo había traicionado, que al haber jugado con un inocente lo había traicio-

nado. Tendría que haber estado del lado de él, haberlo invitado a mi casa igual, pese a eso que había hecho que, en realidad, fue tan sólo decir la verdad. Esa verdad que todos pensamos pero que no decimos nunca. La verdad sobre estar caliente, la verdad sobre estar borracho o drogado o ser un cínico. La verdad emocional que es lo que es, aunque sea dura, que es mucho más real que la fáctica.

El día de cobro tuve que ir a la oficina. Había que firmar papeles. Llegué a media mañana y saludé al Gordo y a unos pocos conocidos (quedaban menos de la mitad de los compañeros), pero no hubo euforia ni muchas palabras, cada uno siguió en lo suyo hasta que, al mediodía, la oficina quedó desierta. El representante de la empresa y el veedor del sindicato llegaron puntualmente. Me dieron el cheque en uno de los tableros de dibujo, de pie. Se aseguraron bien de hacerme firmar toda clase de papeles a favor de la empresa chilena que había comprado, a precio de broma, una parte importante del patrimonio de los argentinos. Les dije que no iba a reclamarle nada a la empresa, que de hecho, en lo posible, iba a vivir como los amish, sin luz, sin teléfono y sin sindicato.

Cuando volví a quedarme solo apareció el negro Paladea, un viejo encargado de las copias heliográficas. Me dijo que él pensaba quedarse "a resistir a los chilenos". Entre toses de amoníaco, mirando siempre hacia abajo, me contó que Aurelio lo había intentado: había tomado cianuro industrial en el laboratorio de la Facultad de Ingeniería logrando tan sólo deformarse la cara. Me dijo que tenía para un año más de licencia médica.

—Pobre pibe —dijo, y volvió a toser.

—¿Y usted sigue con esa máquina de mierda?

—Ya estoy acostumbrado, el día que respire aire puro me muero —dijo, y luego de saludarme se metió en el cuartito de tomar mate.

Aunque no le pregunté nada a nadie, era evidente que Willy tampoco trabajaba más en la empresa. Caminé unos

pasos por la oficina y antes de irme miré los tableros celestes, sucios de goma de borrar, buscando, en un arranque, el mío. Lo vi en un rincón, debajo de una computadora encendida donde volaban tostadoras por un cosmos de puntitos anaranjados. Escuché las voces de los que tomaban mate y por un instante pensé en preguntar si alguien sabía algo de Willy. Pero apenas se me ocurrió desistí de hacerlo. Habrán sido las risas que, justo en ese momento, salieron multiplicadas como ecos del cuartito, las risas nuevas y las conocidas, esas risas ácidas que tantas veces había escuchado y que están tan lejos de reflejar la luz y la esperanza de algún tipo de felicidad, las que me frenaron a tiempo. Preguntar qué, pensé, preguntar para qué. Ninguno de ellos significaba algo para mí y yo tampoco significaba nada para ninguno de ellos.

Me fui sin saludar.

Paso nueve

"Reparamos directamente a cuantos nos fue posible el daño causado, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para nosotros."

"No se trata acá de mandarte en cana, pibe. Bueno, igualmente en cana ya estás." Me lo dijo Mario C., el gran compañero de Alcohólicos Anónimos, la gran persona que se cruzó en mi vida, quien junto con mi amigo Toti sean tal vez de las que más ayudaron a los demás entre todas las que conozco. Y no ayudaban a ricos o conocidos, ni ponían comunidades terapéuticas ni nada. No ayudaban para quedar en la memoria de nadie. Ayudaban como el perfecto complemento de su recuperación.

De esto se trata, no de otra cosa, sino de uno mismo pero visto desde la perspectiva revolucionaria de que uno está realmente en el otro. Mario C. ayudó a todos: a cada una de las personas que necesitaban su ayuda y fueron y se la pidieron. Y esta crónica encuentra su conexión con mi propio noveno paso. Voy a enmendar de esta manera el daño que le causé a Mario C., porque durante todos mis intentos por dejar de consumir lo volví loco, fui mil veces a verlo, duro, borracho, en medio de la vorágine de mi tiempo de empresario, con autos nuevos y caros, con dinero en el bolsillo y ropa buena. Yo, como muchas personas que conozco, y que son las que más detesto, era de esos tipos que se podían comprar lo que quisieran, pero nunca tenían nada.

Mario C., igual que Toti, me contó que les había hecho daño a personas que ya no estaban, que habían muerto ya. Y que pensaba que ese dolor, el dolor de haberlos lastimado tanto, era irreparable. Y que hablando con otros compañeros de tiempo y confianza, y pidiendo sabiduría al Universo, o sea, orando o rezando, reflexionando en silencio y soledad, había llegado a la conclusión de que es posible reparar el

daño en personas que estén sufriendo como los directamente dañados sufrieron. A veces es posible enmendar en familiares directos de los damnificados, a veces en extraños. No se trata de cometer un sincericidio que traiga más dolor a nosotros mismos, a nuestras familias o a las demás personas. Se trata de poner, de una vez y para siempre, las maquinarias del amor en movimiento.

Vaya esta enmienda para Mario C., porque entre nosotros las cosas llegaron a un punto en que me ofreció romper con sus veinticinco años de sobriedad a cambio de que yo me recuperara. Lo hizo el día en que tuve el tupé, cobarde por cierto, de llevar una botella de whisky a su casa y bebérmela delante de él. De él, que había sido asaltante de blindado, que se había tiroteado con batallones enteros de policía, que se había cortado el meñique para dar una prueba de vida a su mujer cuando lo secuestró una banda de la Bonaerense. Él, a quien le sobraban huevos, que me habría aplastado con una sola mano y que, lejos de eso, me contuvo y me quiso, me sacó la botella cuando iba por la mitad, se sirvió un vaso y derramó el resto, luego puso unos fideos y me dijo: "¿Fideos o whisky?". Y supe que si yo decía "whisky", el que iba a beberlo era él. "Fideos, Mario", dije. Y lo abracé temblando como un niño asustado.

Mario querido, en donde quiera que esté tu alma, pido que me perdones, aunque sé que nunca me condenaste.

La fe de las palabras escritas

Anotar lo que sé tanto como lo que espero saber. Describir mi sed de alcohol que comienza a las nueve de la mañana, y que a las once y media ya escapa a todo control. Describir la humillación de beber furtivamente y el sabor amargo de la ginebra; escribir sobre el peso del desaliento y la desesperación; escribir sobre los terrores sin nombre; escribir sobre los penosos ataques de la ansiedad infundada; escribir sobre el horror al fracaso. El esfuerzo por recuperar el aguzamiento de las sensaciones, la sensación de que se ha corrompido un margen de esperanza.

JOHN CHEEVER

Durante mucho tiempo viví en una soledad abrumadora, esa de los primeros tiempos de divorciado que a mí me duró muchos años, porque las cosas se me complicaron, porque en esa época la moneda parecía cargada, y caía siempre del lado perdedor. Tenía dos ex mujeres que habían convertido a mis hijos en ex hijos. No podía verlos porque me lo impedía la falta de trabajo. La falta de trabajo que acarrea la falta de dinero, que acarrea la falta de un lugar decente donde dormir y comer un plato de algo caliente, que acarrea las ganas de volarse la cabeza con una 45 o con veinte gramos de lo que sea o con una prostituta gorda que nos haga un lugar entre sus enormes tetas. El resultado de todo eso fue un perfecto borracho y un perfecto drogadicto: yo.

Y la solución que se me ocurrió fue peor que el problema mismo: resentirme, y entonces fui alimentando el sentimiento de fracaso, echando rama tras rama a esa hoguera de lástima de mí mismo hasta el punto de perder

aún más de lo que había perdido. Al punto de perder la fe en mí. Eso, como dije, duró mucho. Diez años, para ser exactos. Soportados básicamente con alcohol, y con otras cosas.

Hubo un día, como siempre hay un día en la vida de un hombre, en que me crucé con un ángel, en un calabozo común del Departamento Central de Policía, allí, en la avenida Belgrano: el viejo Mario C., que hacía una semana había logrado abrir un grupo de Alcohólicos Anónimos en los calabozos de la parte de abajo, esos que hace rato dejaron de usarse y eran el preámbulo al Pabellón de Ingresados de Caseros o Devoto. Al saber de esto y con intenciones claras de demorar un posible traslado si las cosas me salían del todo mal, me anoté en su grupo.

Al parecer, Mario me había echado el ojo de entrada. Yo no sé si los canas le soplaban alguna historia, tampoco sé por qué eligió cumplir el servicio comunitario obligatorio de su libertad condicional en el Departamento de Policía, pero lo cierto es que empecé a asistir a sus reuniones y a servir el té a los demás compañeros, porque ese servicio, el servicio de "refrigerio", era el primero con que un hombre que quería recuperarse debía cumplir. Al menos eso dijo una vez Mario C., y yo lo tomé al pie de la letra no porque quisiera recuperarme, sino porque quería, como dije, quedar bien con él y con el juez. En esas reuniones nos daban un certificado de asistencia que era muy bien visto por todos los que tomaban parte en el proceso penal.

Luego de las reuniones Mario se quedaba un rato largo hablando con cada uno de los detenidos que lo solicitaban y muchas veces yo lo hice, es más, lo solicité casi todos los días durante las primeras dos semanas que pasé sin drogas ni alcohol obligado por las circunstancias. Hasta que se hartó de mí y de mi cantinela.

—No te creo nada —me dijo—, en cuanto quedes libre vas a volver a lo mismo, y vas a volver a caer en cana, pero vas a ir directo a Caseros.

—No es así, Mario —le dije.

—Es así, siempre es así, pero dejá de llorar y ponete a escribir lo que te pasa, y ya que te sobra el tiempo leete esto.

Me dio las fotocopias de *El que tiene sed* de Abelardo Castillo y de "Don Juan de la Casa Blanca" de Liliana Heker. Me dijo que las leyera y releyera para entender de qué se trataba el dolor que hay en las dos orillas de nuestro problema.

—¿De pasársela preso? —le pregunté.

—No, querido, de pasársela drogado, o borracho.

Las cosas se dieron bien y salí de la cárcel. Ese día Mario estaba ahí, esperándome. Me habló del grupo de La Santa Cruz, en Boedo, y le dije que iba a ir, aunque primero tenía que conseguir un lugar donde dormir. Tardé un mes en ubicarme en una vieja casa de Pasco y México que un escritor amigo me facilitó. En realidad él le subalquilaba una habitación sin baño al litógrafo Ernesto Pesce, y sin que el litógrafo lo supiera me dejaba dormir ahí a cambio de que yo le pasara determinadas correcciones hechas a mano en su máquina de escribir. Esa máquina que iba a ser la primera máquina mía.

Pero durante ese primer mes y parte de mi segundo mes de sobreseimiento las drogas y el alcohol inundaban mi vida. Sobre todo porque yo era el encargado de ir a comprar cocaína a mi contacto de La Boca para este escritor y sus amigos, y no podía evitar aspirarla y beber las innumerables botellas de todo tipo de alcohol que había en la casa.

Una tarde, una tremenda lipotimia me hizo sentir al borde de la muerte. Estaba solo en la casa, se había cortado la luz y el calor era agobiante, tanto que las cucarachas de todo Balvanera habían salido a la intemperie y recubrían los troncos de los árboles y las altas paredes de las casas viejas. Vi un grupo de seis ratas comerse las cucarachas atontadas de calor. Recuerdo esa visión sumada a la cer-

teza de que el corazón iba a estallarme en el pecho de un momento a otro, de que el infierno es posible en la Tierra, de que el apocalipsis es personal y uno lo va a forjando copa a copa, raya a raya.

A duras penas llegué hasta un garaje de la calle México donde funcionaba un teléfono público y lo llamé a Mario a la pensión. Le dejé un mensaje y caí desmayado. Desperté en el hospital Álvarez, de Flores, no sé cuánto tiempo después. Me quedé ahí, semidormido, hasta el otro día, pensando que Mario había ignorado mi pedido de ayuda, que era un hipócrita.

Salí del hospital un viernes y me fui directamente a la reunión de la noche del grupo de La Santa Cruz, a buscarlo a él. Lo encontré, y antes de que pudiera decirle algo, se anticipó:

—Se ve que tocaste fondo, a ver si ahora te avivás y venís seguido.

Empecé a ir. Me mudé de la casa de Pasco y México a una habitación compartida en una pensión del pasaje San Lorenzo. Me llevé algunos libros del escritor uruguayo y me llevé también su máquina de escribir.

Junté una semana sobrio de alcohol yendo a ese grupo de Alcohólicos Anónimos. Y después de cada reunión me iba a hablar con Mario. Yo lo tenía loco, le ocupaba más de su tiempo que cualquiera. Pensaba que decir toda la perorata de mis sentimientos era lo que me iba a ayudar a estar mejor, a desahogar toda la ira que tenía adentro. Él me escuchaba, pero me di cuenta de que no me prestaba verdadera atención.

—Te importa un carajo lo que te digo, ¿no? —exploté una noche. Y él volvió a repetirme las palabras mágicas:

—Escribimeló, no seas boludo —me dijo—, que yo lo leo. Hablando sos insoportable, y yo no soy tu vieja para quedarme acá aguantando tus lloriqueos de autocompasión.

Y de la bronca que tenía me fui pensando en escribir. Ya no tenía ni los libros ni la máquina del escritor uruguayo, había vendido todo para poder vivir. Pero me decidí a hacerlo y pensé: "Voy a escribir, viejo de mierda". Necesitaba sacarme de encima la puñalada de Mario. Pero conforme pasó el tiempo y no escribía nada comencé de nuevo a beber y a drogarme, y la herida se fue infestando.

Sin embargo, iba a terminar por conseguir la máquina de escribir. Con el primer sueldo de un trabajo de camarero en un bar del centro, a unos meses de haber salido de la cárcel. El día de cobro me la compré, en un cambalache de San Telmo. "En perfecto funcionamiento", decía el cartel. Me costó la mitad del sueldo, pero me llenó de ilusión el pecho. Llegué a la pensión de noche, y recuerdo con cuánta ilusión la saqué del estuche rígido. Recuerdo exactamente la manera en que puse la hoja, esa primera hoja, de un block que había venido de regalo junto con la máquina: amarillenta, gruesa, áspera. Preciosa. La máquina estaba como nueva, era una de esas de plástico y hojalata que se hacían en China. Y no me iba a durar mucho tiempo. A esa primera máquina no le andaba el número seis, y por eso a partir de entonces se lo saco a todas mis máquinas. También a los teclados de computadora y, a veces, hasta lo tapo en el teléfono fijo.

Creo que esa noche no escribí nada. Pero fue nomás poner la hoja en la máquina y saber que yo podía, en esa pieza de pensión y a partir de ese momento, hacer lo que quisiera en esa hoja, podía ser quien quisiera, podía odiar mucho más a los que odiaba, podía amar mucho más a los que amaba, podía triunfar en el odio y en el amor. Podía escribir sobre la realidad y modificar todo lo que no me gustara o me hiciera sentir traicionado por ella.

Pasó el tiempo y mi situación económica mejoró mucho, pero como precio ineludible tuve que resignar todo lo demás: hasta mi sobriedad y mi escritura. Me olvidé de escribir, cada día, como lo venía haciendo, y entonces volví a olvidarme de mí. Pero seguí viendo a Mario C.

Trataba, cada vez que lo hacía, de compensar mi ausencia en los grupos regalándole cosas que jamás aceptaba. Ofreciéndole dinero que jamás aceptaba. Yo no entendía por qué no lo aceptaba. Vivía en una pensión de mierda, con su mujer tuberculosa, comiendo fideos de día y de noche, reponiendo enlatados en un supermercado Coto repleto de imbéciles que lo trataban como la peor basura. Le ofrecí trabajo en mi empresa y tampoco lo aceptó. Ningún dinero del mundo podía comprar la integridad de ese hombre. "Hay gente que no tiene precio, Pablo", me dijo años más tarde un compañero en su velorio. Un velorio multitudinario.

Pero durante todo el tiempo en el cual tuve mi empresa y continué visitando a Mario, tratando en mi soberbia de ayudarlo yo a él, me repetía lo mismo:

—Tenés todo para ser campeón, pero nunca vi, y mirá que vi mucho, a una persona tan ciega y tan autodestructiva como vos.

—Pero si me va bien, Mario.

—Te va cada vez peor, ¿no te das cuenta? Tenés que escribirlo, tenés que escribirlo.

Y meta decirme esas palabras que alguna vez me habían parecido mágicas y que ahora, en ese momento, no podía dejar de oír como cantinela. Hasta que volví a desempolvar mi vieja máquina.

Escribí un cuento y se lo mostré a un amigo, un nuevo amigo, otro escritor, Edgardo González Amer. Y él me consiguió un lugar en el taller de Abelardo Castillo. Cuando se lo conté a Mario me dijo que no desperdiciara esa oportunidad, pero yo no iba a entender la dimensión de sus palabras, o las iba a entender, pero después de una de las cosas más importantes que me pasaron en la vida.

Llegó el día de ir, y en vez de llevar el cuento que le había leído a mi amigo, escribí uno para la ocasión, bien rapidito, pensando en quedar bien con Castillo. Era la historia de un jockey (nunca me gustaron mucho los burros,

pero hice el esfuerzo de que pareciera lo contrario) que en un gran premio, su primer gran premio, se cruzaba en la pista y hacía rodar el caballo, al que luego había que sacrificar. Yo había leído el cuento "Los caballos no saben que es domingo" de Bernardo Jobson, y pensé: "Este tema de los caballos está bueno". Y como lo de la rodada me parecía más efectivo, más espectacular que aquella historia basada en una gris experiencia personal, me dije: "Con éste los mato". Y como Jobson fue uno de los mejores amigos de Castillo, pensé que además se iba a sentir secretamente orgulloso de mí.

Lo leí. Cuando terminé, en la rueda de críticas me dieron duro, durísimo. El cuento no había emocionado a nadie, y nadie se había creído mi amor por los caballos ni mi afición a las carreras: nadie había caído en la trampa. Castillo interrumpió la matanza y me preguntó:

—Si en vez de poner un jockey ponés un corredor de Fórmula 1 que derrapa y se hace pelota contra las gomas del costado, ¿el cuento es el mismo?

Contesté rápido, demasiado rápido y confiado:

—Sí, yo creo que sí, por supuesto.

Castillo me dijo, más o menos, que no tenía tiempo para escuchar boludeces semejantes, que estaba un poco viejo, o un poco cansado, o no me acuerdo bien qué, porque yo estaba ya tan rebasado de adrenalina y al borde del suicidio que no lo pude escuchar hasta el final. Tal vez fue un poco duro el maestro, pero yo la iba de duro también. Recuerdo perfectamente lo que sentí: "Esto te pasa por salame, por venir a un lugar así como si fuera un club de tenis, por no ir hasta el fondo". Me fui con el ánimo aniquilado. Y lloré, cuadras enteras caminé en un mar de lágrimas. Destrozado, no por las palabras de Castillo, sino porque me reconocí, por primera vez en mi vida, hipócrita, cobarde y mezquino. Me odié con toda el alma.

Cuando se lo conté a Mario me dijo que me lo había dicho, y yo reaccioné:

—¿Qué fue lo que me dijiste?

—Que no dejaras pasar esta oportunidad. ¿Vos leíste el libro que te di?

—Sí, claro que lo leí, los dos libros leí.

—A esa gente no le vayas con tus chamuyos de putita —me dijo.

Me fui a mi casa y volví a escribir. Un cuento, algo que me había pasado un tiempo atrás, algo que había visto en la calle y me había revuelto las tripas, algo que volvía siempre en sueños, o en recuerdo, algo que me torturaba el alma y que no era capaz de olvidar. Al otro jueves volví al taller. Volví con ese cuento. Muy imperfecto, lleno de vicios, igual de opaco e inexperto que el de cualquier novato. Pero yo sabía que era algo mío, algo propio, fruto de una experiencia no canjeable, de una realidad brutal. El cuento era mío porque hablaba del bien y del mal que había en mi corazón. Tenía el valor del lugar de origen: un lugar válido. Hoy lo considero mi cuento menos logrado, pero es el que más quiero. Lo había escrito durante toda la semana, metiéndome en la historia, recordando detalles urbanos, detalles que hablaban más de mí, de lo que yo era, que mil palabras ingeniosas. Dejando de lado mi trabajo, porque no era mi verdadero trabajo. Mi trabajo era el de escritor, Mario C. era el único que lo sabía con certeza en ese momento, y tal vez mi amigo Edgardo lo sospechaba también. Pero yo no, no entonces.

Cuando lo leí, las críticas fueron duras otra vez, pero no recibí ni una sola descalificación. El cuento ya sudaba su verdad.

¿Qué fue lo que pasó durante esa semana? ¿Qué fue lo que cambió entonces? La respuesta es clara: yo. Yo cambié, no mi literatura. Porque mi literatura siempre estuvo ahí. "Yo no soy más o menos, yo soy todo o nada", me dije *en la hora más callada de mi noche.* Y decidí escribir en serio. No escribir para ver qué pasa, sino escribir para ver qué me pasa.

Vuelvo a Mario C. Conmovido, le conté lo que había pasado y le leí el cuento. Él lo escuchó con atención. Tomamos sus mates, comimos sus fideos y le seguí leyendo cosas, jamás volví a ofrecerle dinero ni trabajo, jamás volví a exigirle que escuchara mi lloriqueo de borrachín. Yo sólo podía recibir de alguien como él, y puedo entender ahora que a él le debo la fe, esta fe, la única fe posible para un hombre como yo: la fe de las palabras escritas.

Paso diez

"Continuamos haciendo nuestro inventario personal y cuando nos equivocábamos lo admitíamos rápidamente."

Al llegar a este paso, evocar a mi padre es, más que un capricho, un acto de justicia, un modo de ser menos duro e implacable con su figura de lo que lo fui en La ley de la ferocidad. *Mi padre fue un alcohólico social, un alcohólico no asumido, y por lo tanto jamás se cuestionó ni se le habrá cruzado por la cabeza, supongo, el hecho de que podía necesitar ayuda. Pero en el último tiempo aprendió a disculparse, a decir: "Perdón, me equivoqué" sin palabras: refaccionando para mí una casa entera para que a fin de cuentas yo tuviera como balance final el recuerdo de un buen padre.*

Este paso exige un permanente análisis de nuestros actos. Por eso se complementa con la recomendación de llevar un diario y examinar al final del día nuestra consciencia. Lejos estuvo mi padre de eso, pero durante el tiempo en que arregló mi casa, un año entero, y de la manera en que lo hizo, con el amor que puso, talló en madera y cemento las palabras que poco le habían salido por la boca y menos se habrían ordenado en un cuaderno.

Un solo examen de consciencia, un solo acto de amor, un décimo paso perfecto para dejarme, de la única manera posible para él, un mensaje al que le inventé una traducción: "Perdón si te lastimé, no es fácil decir te quiero".

La comunidad del meñique

Recuerdo que la primera vez que entré al club Brisas del Plata, en donde mi padre jugaba al mus o a la generala, y vi a ese grupo de hombres raros, de monjes secretos, que reían entre dientes y hablaban un idioma distinto del de la calle, de muy pocas palabras y lleno de sobreentendidos, pero en el cual cada monosílabo tenía un peso monumental, que bebían un brebaje hecho de una espuma amarillenta y misteriosa, que se inclinaban sobre la bebida y levantaban el meñique de uña larga y blanquecina en señal de distinción a la hora de llevar el vaso a los labios, recuerdo que en cuanto los vi pensé: así quiero ser yo cuando sea grande.

Los veía como veía a mi héroe Aquiles: semidioses que libraban batallas imposibles contra el destino, que llevaban una armadura, en este caso por dentro, una coraza vítrea que necesitaba ser lubricada permanentemente con el brebaje que preparaba el brujo ese que los convocaba desde detrás del mostrador: el bufetero. De esos guerreros del dado y la baraja me queda la imagen de José el zapatero, de los hermanos Payare, de Pontoriero, de Rubén el carpintero, de Pantera, mi padre y el delgadísimo Tito Manteca. Todos tenían muchas batallas en su haber, y todos, sin excepción, habían perdido gente amada en esas batallas. Hermanos, padres, amigos, matrimonios y hasta hijos. Tullidos de cuerpo algunos, tullidos del alma todos, se armaban y embebían en líquidos mágicos para seguir dando pelea. Para seguir adelante.

Siempre traté de entender la relación que mi padre tuvo con la bebida. Tal vez buscando entender la que yo

tengo con ella. Algo que me parece haber copiado, más que haber recibido en herencia. La manera de beber, ese meñique levantado que ahora es también el mío y la fe en esos rituales. Porque me atrevo a sospechar que el alcoholismo, además de una enfermedad y un vicio, debe ser algún tipo de fe. Y en mi padre iba a manifestarse en un pedido final que ni mi madre conoce, del que seguramente se va a enterar cuando lea este libro. Va a enterarse de que las cenizas que llevó y arrojó en el mar de Mar del Plata no estaban completas. Yo me había robado una buena cantidad para cumplir una promesa que una vez le hice a mi padre, para arrojarlas también en Mar del Plata, pero en otro mar, el mar de su fe. Una fe personal, reservada para la construcción de un final propio y por lo tanto infinitamente más digno que el común de los finales. Una "cosa de borracho": su cosa de borracho. Algo que va a perder el valor de lo anónimo nomás lo cuente, pero que no pienso, por nada del mundo, sepultar en el olvido.

Mi padre terminó siendo un alcohólico, pero uno de esos a los que casi nunca se los ve borrachos, aunque lo estén, de esos que copa a copa se van volviendo lentos, taciturnos y de dicción clara pero trabadita. De labios secos, de sed amarga, de mirada vítrea. Así terminó siendo mi padre.

Sus bebidas predilectas eras los vermús, de todo tipo. El vino también, pero poco, y mucho más el blanco que el tinto. La cerveza sí, sólo en verano. Y el champán, por supuesto, por sobre todas las otras bebidas. Jamás bebió whisky, mucho menos ginebra. Ninguna bebida blanca. Una vez probó la cocaína, me lo dijo en el club, acodado al estaño, soltando un bostezo casual pero cuidadoso de no exponer el interior de la boca.

—Con el polvito ese no funcionás como hombre —me dijo—, no sé qué es lo que le ven ustedes.

Y no sólo se refería a que uno no logra una buena erección si está duro de coca, sino a que es imposible, con

esta droga en particular, usar los músculos con precisión. Cortar una madera de manera recta, hacer bien una hilada de ladrillos, tornear con vista, en fin, trabajar como trabaja un hombre, diría él. Y un hombre no trabaja ni de escritor, ni de comerciante, ni de actor, ni de cura, ni de milico. Un hombre trabaja transformando la naturaleza en beneficio de los demás hombres. Así pensaba mi padre, y no creo que estuviera tan equivocado.

Pero nadie puede negar, yo no puedo negar, el hecho de que mi padre, igual que yo, era un alcohólico. Porque sencillamente no pasaba un día sin beber alcohol. A veces en poca cantidad, la mayoría de las veces en cantidad media. Sereno, mi padre bebía porque necesitaba beber.

Durante toda mi infancia él hizo sus cosas en silencio y mi madre se encargó de hablar y de definir cada una de esas cosas que él hacía. Ella fue la primera que marcó una línea. Un lado era bueno y el otro lado, malo. Del lado bueno estábamos nosotros: ella, mis hermanos y yo, y del otro lado estaba mi padre. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que, en realidad, el lado más duro, más cruel de ser vivido, era el de mi padre. Y lo era por muchas razones, pero la más importante es la que salta a la vista: de ese lado estaba solo.

Él prefería la comida "venenosa" del club, la pizza de cancha, a la comida casera. Prefería las barajas y la generala a revisar o a ayudarnos a mis hermanos y a mí en las tareas de la escuela. Durante mucho tiempo pensé que eso era así porque era un monstruo, un ser anormal sin sentimientos humanos, pero el tiempo pasó y yo, que nunca me parecí a él en nada y que tanto orgullo sentía por diferenciarme, terminé de la misma manera: llevando en el alma la misma incapacidad, la misma extraña cosa que me hace preferir siempre lo que se sirve afuera, lo que se amasa sin amor, la mano indiferente que llena la copa. El mozo o el puntero son los amigos perfectos para nosotros, porque nos ayudan a envenenarnos sin preguntas, sin

expectativas también, y nuestra desidia, lejos de parecerles una ofensa, les facilita el trabajo. El amor por el veneno y determinada nostalgia de la indiferencia son lo que más me acerca a mi padre.

El día en que le diagnosticaron hipertensión y mi madre empezó a cocinarle sin sal, fue el día en el cual empezó a abusar de ella, y yo no lo entendí. Cualquier médico tiene la receta para la hipertensión: dejar la sal, las latas, tomar pastillas, lo que sea; mi viejo se dio cuenta, de borracho nomás, de que la cura estaba en el veneno. Ponía un montoncito de sal en el plato, cortaba cada pedazo de lo que cortara y lo embebía en sal. Al punto de que ponía cara de "qué salado que está" y lo comía con una sonrisa. ¿Se quería matar? Supongo que no, que jamás entendió que ese camino lo iba a llevar a la muerte, pero el camino de las prohibiciones lo iba a llevar, según su manera de ver las cosas, a la muerte en vida. Todos los caminos, el que se quiera tomar, llevan a la muerte. Eso lo sabe cualquiera, pero no todos los caminos llevan a la muerte en vida. Y por más que sean una mayoría los que decidan vivir como si no estuvieran vivos, mi padre no. Jamás lo hizo, jamás volvió a repetir el error de haber cerrado el taller.

Hace muy poco tiempo me enteré de algo que no sabía, algo que por nada del mundo me habría imaginado. Me lo contó el hermano de que quien fue, durante casi toda su vida, el mejor amigo de mi padre y que también está muerto hoy. Resulta que la muerte de mi abuelo fue bastante más trágica para mi padre que para los dos hermanos que quedaron, junto con él, huérfanos, el día de la caída del balcón. El secreto que él guardaba y que sólo le había confiado a su mejor amigo tenía que ver con algo que condicionó su vida y la de todos nosotros, que la vivimos junto a él. Mi padre se sentía responsable; se sentía, y se sintió durante toda su vida, el asesino de mi abuelo, el asesino de su propio padre.

El asunto es que mi padre tendría unos doce años

cuando se estaba arreglando o agrandando o haciendo, nunca se sabe nada con seguridad, la casa de Sarandí. Y mi abuela insistía en tener un balcón. De la misma manera en la que lo escribí en *La ley de la ferocidad*. Lo que no escribí, y no lo hice porque no lo sabía, es que fue mi papá quien, siendo tan joven, tuvo la responsabilidad de soldar y atar los estribos del armado de las vigas para colar el hormigón. No sé qué hizo bien, seguramente casi todo, excepto haber entrado profundo en la pared ya hecha del frente de la casa, pero eso debió haber sido un error de supervisión de mi abuelo. Repito que mi padre era apenas un muchachito, un niño casi. Pero el balcón cayó, entero, sobre la cabeza de mi abuelo, y la culpa, más pesada que el hormigón, sobre la espalda de mi padre.

Nadie lo sabía o si lo sabían hicieron como si no hubiese pasado. Pero ya grande, en una borrachera según el hermano del amigo de mi padre, mi padre se lo contó a su mejor amigo. Con el pedido de que jamás se lo contara a nadie. Pero el amigo de mi padre se lo contó a su hermano, en su lecho de muerte, y éste me lo contó a mí. Y ahora yo lo escribo, que es como decirlo abiertamente pero mucho mejor, mucho más digno. Porque es como decirle a la consciencia cósmica de mi padre: "Papá, vos no tuviste la culpa, no se le encarga semejante trabajo a un niño. Flotá tranquilo, no tenés nada que ver en ésta". Y parar ahí. Porque, de seguir, le diría: "Bueno, viejo, en las otras sí que tenés que ver, pero en ésta te aseguro que no".

Para lo de las cenizas dejé que primero mi madre llevara la mayor parte de ellas (ella pensaba que eran todas) a las aguas de la playa La Perla, la preferida de mi padre, de la ciudad preferida de mi padre. Como buen tano, papá amaba Mar del Plata. Yo también la amo.

Fue toda una ceremonia emotiva en soledad, según contó mi madre, en la que ella, cantando algo, creo, habrá sido un tango, dejó caer las cenizas al mar. Supongo que mi padre estaría contento mirando, desde donde estuviera

mirando, a mamá tan emocionada, tan enamorada como siempre de él. Pero también estaría contento porque sabía que yo tenía unos buenos puñados de él y pensaba enfilar, en unos días nomás, junto con un grupo de tres buenos amigos, directo al Casino de Mar del Plata, a desparramarlo entre fichas y vasos de Gancia.

Entramos los cuatro como en la película *Buenos muchachos*, con todo el personaje arriba, casi borrachos, sostenidos por una dosis de anfetaminas que nos había proporcionado el más veterano de todos. Mis amigos (a quienes no voy a nombrar porque son hoy buenos padres de familia) y yo, y cuatro mujeres que habíamos sacado de un cabaret de medio pelo, a unos cuantos pesos la hora y que iban a terminar quedándose casi una semana con nosotros, de onda, saltando de noche en noche las olas ciudadanas de la Reina del Atlántico y salpicándonos de risas y whiskies hasta caer derrotados por la alegría y el duelo.

Cada uno de mis amigos llevaba en su bolsillo un poco de mi padre y unos mil pesos, que en ese entonces era mucha plata. Yo llevaba cenizas en los dos bolsillos y tres mil pesos. Y empezamos a dejarlo ahí. Al principio nos separamos, cada uno con su chica. Yo había elegido a la más gordita, por supuesto, esta vez tenía que honrar la sangre italiana. Y en una hora había dejado a papá en un Gancia batido y en tres mesas distintas de ruleta.

Habíamos decidido separarnos por dos horas y volvernos a encontrar en las ventanillas de pago. Cuando pasó el tiempo y nos reunimos, el único que iba ganando dinero era yo. Los demás estaban casi en bancarrota. Intercambiamos impresiones, besamos cada uno a todas las chicas larga y profundamente en la boca frente a la mirada de los jugadores que pasaban por ahí, y decidimos seguir juntos. Mientras pedíamos más Gancias batidos uno de mis amigos tiró lo poco de papá que le quedaba en su copa y la bebió. Los demás lo imitaron y yo les dije que a mí no me iba a convenir comerme a mi viejo.

Les dije que me acompañaran al pase inglés. Y fue ahí en donde todo se nos iluminó y mi viejo bajó a darnos la semana más hermosa que yo haya pasado con mis amigos.

Porque empecé a ganar y a ganar y a ganar. En cada pase de dados me mojaba los dedos húmedos en cenizas y tiraba y ganaba. Cuando me cansé de ganar y de hacer ganar a la gente que estaba apostando a mi favor me jugué todo lo que estaba en la mesa a un solo tiro.

—¡Al uno más uno, de un tiro! —grité y sentí el murmullo de la pequeña multitud que me rodeaba. Las chicas del cabaret y mis amigos se acercaron más. Sentía la mano de uno de ellos en mi hombro, como alguna vez había sentido la de mi padre. Alguien me dio una pitada en la boca, y yo, que no fumo, tosí. Eran Jockey suaves largos, los que había fumado papá en el último tiempo. Pensé en sus ojos, ojos de mar Mediterráneo. Metí la mano en el bolsillo y raspé la ceniza que me quedaba, sentí el humo en mis pulmones y el sabor amargo del tabaco en mi boca y tiré. Una pequeñísima nube de ceniza se elevó como un espíritu travieso por encima del crupier y de la gente. Cuando abrí mis ojos los vi: en el extremo de la mesa los dos ases juntos parecían almas gemelas.

Paso once

"Buscamos a través de la oración y la meditación mejorar nuestro contacto consciente con Dios, tal como lo concebimos, pidiéndole solamente conocer Su voluntad para con nosotros y la fortaleza para cumplirla."

En este paso puede ser tentador confundir el programa de Alcohólicos Anónimos y Narcóticos Anónimos con cualquier religión. Justamente porque este paso exige religiosidad. Pero la religiosidad que exige es la de ser constantes y consecuentes con el nuevo modo de vida que se ha adquirido. Y eso va mucho más allá de sufrir o no alguna recaída. Nadie está exento de esa flaqueza, y este paso es fundamental porque funciona como el pulsador que mantiene cebados los circuitos del disyuntor diferencial del alma.

A todos nos ha pasado que llevando un considerable tiempo sobrios se nos aflojaron las rodillas frente a un vaso de cerveza. Aun si no nos gustaba tanto la cerveza. Este paso nos recuerda que el programa de AA y NA es un programa de veinticuatro horas, donde uno tiene que vivir los Doce Pasos todos los días, cada día.

¿Qué significa pedirle a Dios "conocer Su voluntad"? ¿Ser unos monjes autistas? No. Significa conocer la realidad de nuestra vida, confiar en tener la fortaleza necesaria para aceptarla y soportar el dolor del mal momento o bien soportar la felicidad del bueno. Las dos cosas son muy difíciles para el adicto. Todo lo que nos moviliza nos hace consumir. Tanto es el miedo al futuro, tanto, que lo más inteligente que se puede hacer es dejar que los dados salgan del cubilete y refugiarse en la voluntad de algo mucho menos mágico y fortuito: la Divina Providencia.

La crónica que sigue es la de Rolando, mi amigo del alma. Él mismo me contó su vida en unas pocas noches en las cuales, sobrio, me habló de su infancia, de sus amores, de su ilusión. Rolando dejó de tomar sobre el final, doblegado

por la cirrosis. Pero nunca se arrepintió de nada. Dios era para él El Barba, igual que para el Diego. Rolando me dijo que todos los días él le hablaba a El Barba, y que le pedía por nosotros, porque nos veía preocupados, o solos, o tristes, y sobre todo le pedía que sucediera algo que nos hiciera entender que la droga nos estaba destrozando.

Él no tenía casa, se estaba muriendo y le pedía por nosotros. Rolando muchas veces nos mostró el camino del bien, o sea, se detuvo a decirnos en la cara, en cualquier circunstancia, que lo que estaba bien era mejor que lo que estaba mal.

Así de corta es la religiosidad que yo busco, la vida que pretendo. Aunque a veces me sienta tan lejos de ella, estoy siempre a un paso de encontrarla.

El albañil y el filósofo

Hay cosas que hacen los borrachos. Hay cosas que son de borrachos. Hay lugares comunes, infinitos e infinitamente comunes, con los cuales comulgan los borrachos cuando están borrachos. Pero también hay, en los momentos en que los borrachos derrapan en ese lodazal y confunden la humillación con la pertenencia, con la aceptación de los demás, un entorno de aves de rapiña, de miradas falsamente amistosas. Porque los que miran disimularán el juicio, festejarán y los alentarán a más. Para terminar de hundirlos.

La gente, la misma que monopolizó la palabra "diversión" y la llevó de la flexibilidad de lo diverso a la dureza simplista de lo que es entretenido, de lo que distrae, transformó para siempre el viejo valor de lo distinto en una oda a la estupidez, a la liviandad, a la tontería. La gente normal se divierte con los borrachos, y disfrazan de sonrisa esa mórbida mueca de saña maliciosa que llevan en el alma. La gente normal alienta siempre el espectáculo del borracho, hasta que es demasiado patético, hasta que, saciados de carroña, se van sin ver el final. El único y repetido final de carrera para el borracho. Muchas veces lo vi. Será por eso que quiero tanto a los borrachos, y desconfío enormemente de esas personas que ocupan su lugar en una de las tantas filas de los tantos teatros hipócritas en que han convertido el don de vivir.

La vida de Rolando, quien inspiró mi personaje de *El origen de la tristeza*, empezó mal, muy mal, de la peor

manera posible. Su madre, alcohólica feroz, le ocultó el embarazo a su marido durante los nueve meses. Por supuesto que el marido también bebía un poco, y poco miraría a su mujer, porque no se dio cuenta de nada. "Hacía uso de ella, dejaba la plata y se iba", es lo que me dijo, una noche, el mismo Rolando. Lo cierto es que no notó ningún cambio, y llegado el momento ella fue sola a parir en la casa de una partera.

A la vuelta, en cuanto vio a su marido, le dijo:

—Éste es tu hijo.

El hombre tomó al niño, lo miró y, sin decir palabra alguna, lo arrojó por la ventana. Rolando atravesó el vidrio y cayó arriba de un ligustro, o de un ángel disfrazado de ligustro. El marido molió a golpes a su mujer, la usó y luego se habrán amigado y bebido y golpeado y vuelto a amigar y a usar y a beber. Porque se olvidaron del chico. La que no se olvidó fue una vecina, que lo vio "volar" y lo tomó como una señal del Cielo. Esta vecina se llamaba Piedad, pero nunca se le ocurrió que su nombre también debía ser una señal del Cielo.

Esa mujer crió a Rolando diciéndole desde el vamos la verdad y tratando de que él, cada tanto y de la manera en que se pudiera (casi siempre con dinero de por medio), se relacionara con su paridora (así llamaba Rolando a su madre biológica, pero sin ironía, tan sólo para aflojar algo que sé, lo pude ver cada vez en sus ojos, lo llenaba de un crudísimo dolor). Fue pasando el tiempo y Piedad habrá confirmado que la señal del Cielo era real, porque ese chico primero, ese muchacho después y ese hombre finalmente estaban hechos de una madera valiosísima. Rolando tenía una natural inclinación por la bondad, la honestidad, el desapego material y el trabajo. Y casi nada hubo de preocupación en Piedad hasta que apareció la bebida. Rolando iba a beber, estaba destinado a beber, iba a dedicarse a beber hasta desintegrarse el hígado y consumirse en una cirrosis espantosa.

Empezó a los diez años, cuando dejó la escuela primaria y se puso a aprender el oficio de albañil. Lo aprendió como los dioses, y como conseguía muchos y buenos trabajos, Piedad no notó la costumbre que empezó a encarnarse en él. Rolando, luego de trabajar, empezó a frecuentar, por unas horas al menos, las almacenes de Florencio Varela. A los catorce años, con las sobras de los materiales de otras construcciones, logró terminar las casas de su "madre real" (así la llamaba a Piedad) y de su paridora. También logró hacerse lo suficientemente fuerte de cuerpo y de carácter para frenar la mano golpeadora del padre, y expulsarlo finalmente de la casa.

Pero la vida a veces es demasiado dura con algunas personas. Y Piedad se murió temprano, a los dieciséis años de Rolando. Se murió de nada, como si a Dios, de golpe, se le hubiese ocurrido rescatarla de este chiquero en el cual vivimos. Al rescatarla lo condenó aún más a Rolando, lo dejó solo, al borde del escepticismo en el que nunca caería, y adentro de un orfanato.

Miro a mi alrededor y rara vez encuentro una persona que valga los pantalones o la pollera que lleva puestos. Ni mujer, ni hombre, ni madre, ni abuela, ni embarazada feliz, ni amigos que a todos abrazan y a todo le sonríen. Muy pocos se podrían pesar en la misma balanza que pesaran a Rolando.

Rolando fue una de las personas más bellas que conocí. Y me di cuenta de eso bien grande, cuando entendí, como una revelación, la magnitud de la palabra belleza, habiendo bebido el mejor whisky de la Tierra en buena dosis y escuchando, en perfecta soledad, la novena sinfonía de Mahler.

Rolando, entonces, era bello. Su manera de hablar, su elegancia beckettiana, sus infinitas excentricidades, su manera de cantar como un tenor de ópera (según él había aprendido con los discos de Tito Schipa). Sus chistes naif, su risa alegre, fresca, su sombrero de papel que

armaba para trabajar en la construcción y que usaba a lo Napoleón, sus sacos con pitucones (se los ponía aunque el saco no los necesitara), su peinado a lo lengua de vaca. Su sensibilidad a flor de piel, que hacía que todo el mundo aceptara sus errores naturalmente y se cuidara mucho de hacérselos ver. Por ejemplo él, que era un excelente cocinero, toda su vida le dijo porro al puerro. Y nadie jamás lo corrigió para no herir su susceptibilidad.

Y sobre todas estas cosas venían sus virtudes espirituales. Su veneración por los libros y por la inteligencia, un hermoso pudor sensual hacia las mujeres, un respeto sublime a quien le diera trabajo y esa base ontológica sólida como una roca que era su convicción de que vivir es servir al otro. Voluntario en todo, siempre primero a la hora de hacer algo, siempre temprano, sin quejas, sin exigencias. Y esa virtud de carácter que siempre le envidié más que ninguna otra cosa: nunca discutía ni aun sabiéndose con razón. Escuchaba al otro y prefería pasar por ignorante (cosa que estaba lejos de ser) tan sólo para no imponer sus argumentos. No conocí a otra persona tan desprovista de vanidad y tan segura de sí misma.

Yo mismo lo comprobé una vez. Alguien, un arquitecto que paraba en el club y que había calculado una losa, le discutió las proporciones de arena, cemento, cal y agua en las que debía mezclarse el hormigón. Rolando dijo una sola vez lo que pensaba y el tipo lo trató de picapiedras y de un montón de cosas más. Rolando se quedó en silencio, el arquitecto se fue. A la media hora más o menos llegó mi padre, que era el presidente del club.

—Don Ángel, ¿puedo cruzar unas palabras con usted? —le dijo Rolando, y mi padre, que lo quería mucho, lo hizo pasar a la secretaría. A los diez minutos Rolando salió sonriente.

Se acercó a mí, que le estaba haciendo de ayudante, y me dijo:

—Era tal cual decía yo, pibe, si alguien sabe de esto

ése es tu viejo. El coso este (el arquitecto) se olvidó de que le vamos poner el fraguante.

—¿Y cómo sabías eso? —le dije.

—Porque lo leí en las instrucciones de la bolsa —me dijo.

—¿Y por qué no se lo dijiste al tipo, Rolo? —insistí.

—Porque no hubiera servido de nada.

Hicimos la mezcla, completamos la losa y el arquitecto, si es que está vivo hoy, debe seguir pensando que fueron respetadas sus proporciones.

Pero Piedad se muere, Rolando termina en el orfanato y la casa, su casa, la que él había hecho para su madre, es usurpada y no queda nada en pie. Cumple dieciocho años, sale del instituto y la paridora le da una habitación en su casa, la otra casa que Rolando había hecho con sus manos, cobrándole un alquiler altísimo. Es el momento en que consigue el trabajo de cuidador en el cementerio de Avellaneda. Un trabajo que lo hacía empleado municipal y que le daba un sueldo fijo, un sindicato y la posibilidad de hacer changas. Pero a Rolando le dio algo más, un día, así me lo contó él, limpiando la bóveda de una familia que ya no vivía en la Argentina (clientes fijos de Rolando) y que le giraban el dinero cada tres meses, decidió que el último subsuelo era un lugar "hermoso y seguro" para dormir. Y ahí se instaló, en secreto, por un tiempo: diez años.

—Lo único que tiene de raro es que yo vivía donde los demás estaban muertos —me dijo.

Rolando terminaba de trabajar y se dedicaba concienzudamente a beber hasta emborracharse. Y ya borracho se ponía a hablar de manera maravillosa. Hablaba de temas existenciales, en el bar, para un público indiferente y mezquino. Muchos de los adictos o los alcohólicos que conocí fueron seres mezquinos y obsesivos que en lo único en que pensaban era en cómo conseguir la próxima dosis o el próximo trago. Rolando no. Rolando hablaba borracho, pero no como un borracho. Hablaba como un filósofo. El

problema es que el habla de un filósofo se parece mucho a la de un borracho. Entonces muy pocas personas, o casi ninguna, se daban cuenta de la diferencia. Y eso me causaba a mí una bronca descomunal.

Recuerdo muchos dichos suyos, profundos, definiciones distintas de lo que son las cosas y los sentimientos.

En los buenos tiempos, que duraron la mayor parte de su vida, él jamás mezclaba bebida con trabajo. O lo hacía rara vez y sin mayores consecuencias. Por eso todo el mundo lo venía a buscar. Una vez se lo hice notar.

—Mi papá dice que yo puedo aprender muchas cosas de vos, pero sobre todo el respeto al trabajo. Porque vos nunca tomás cuando estás trabajando.

—No le digas a nadie, pibe —me contestó—, no bebo en el trabajo no por respeto al trabajo, sino por respeto a la bebida.

Una vez, en una razia que hicieron en el club Cramer, la policía lo redujo, sin necesidad alguna. Lo esposaron y lo obligaron a acostarse boca abajo en el piso. Yo estaba ahí, tendría unos once años y recuerdo haberme asustado mucho. Todo fue por un partido de papi, un campeonato barrial; los equipos se agarraron a las piñas y alguien llamó a la policía, y la policía hizo lo único que sabe hacer, tirar gases, dar palos en los huesos de la gente, meter preso hasta al que llamó por teléfono.

Mi padre se había salvado, porque encaró al jefe del operativo y lo chapeó con su carnet del sindicato. Pudo hacer que soltaran a muchos, pero no a todos. A Rolando se lo llevaron porque, por supuesto, estaba borracho. Y entonces fue que presencié algo maravilloso. Lo levantaron literalmente de los pelos, de hecho vi cómo el cana se quedó con el mechón de pelo en la mano, y cómo se lo sacudió con asco. Luego, gracias a la intervención de mi padre, le sacaron las esposas.

—No va ir a ningún lado, y es un tipo que se porta bien —dijo mi padre.

El cana lo escuchó pero no le hizo caso. Cuando lo llevaban al patrullero Rolando no caminaba al ritmo del policía, éste lo empujó una vez, pero Rolando no aceleró el paso, lo empujó una segunda vez con el mismo efecto, y entonces el cana, cansado, lo agarró de la nuca y lo zarandeó hacia adelante.

—Así se camina, borracho —le dijo, y Rolando, recuperando la compostura, le contestó:

—De ninguna manera, oficial, así no se camina, ni borracho.

Un mediodía, hablando en la esquina, a la sombra de los álamos, le pregunté si era feliz. Rolando me miró y me dijo que estando sobrio no podía responder semejante pregunta. Yo le contesté que era mejor así, que sobrio su palabra iba a tener más valor. Él se rió, como lo hacía, no con ese aleteo que le inventé, sino con una risa tipo Papá Noel: "Jo, jo, jo". Y me dijo que él, sobrio, era albañil, y que esa pregunta necesitaba de un filósofo para ser respondida. Y que si iba a la tardecita al club, tal vez se animaría a decir algo. Por supuesto, estuve todo el día esperando la tardecita. Aunque en realidad yo le había hecho la pregunta sin ninguna sensibilidad al respecto, sólo porque me parecía una pregunta inteligente y lo quería impresionar. Llegó la tarde y fui al club, llegué y me di cuenta de que me estaba esperando.

—Hola —le dije—, ¿le preguntaste al filósofo?

—Hice que el albañil hablara con él. Y surgió algo interesante. El albañil es feliz, aunque tiene una vida dura y no tiene mujer.

—¿Y el filósofo?

—El filósofo dijo que primero hay que definir lo que es para cada uno la felicidad.

—¿Y qué es para vos, o para él, la felicidad?

—La felicidad es lo que uno deja cuando nace y recuperará con la muerte.

Se decía que había tenido una novia. Se decía también que ella lo había engañado con un amigo. Se decía que tenía en secreto un hijo deficiente, se decía que se acostaba con el dueño del bar del cementerio y también que nunca conoció mujer alguna. La verdad es que una vez se lo pregunté y me dio una respuesta clara. Primero le pregunté si era maricón y se mató de la risa. Y ahí nomás me contó que para él las mujeres eran un misterio indescifrable. Y que al no poder entender el misterio le era imposible tomar en serio y por esposa a una. Y que hacía tiempo ya que se había decidido a "resolver el asunto" con una prostituta.

—¿Qué es una prostituta, Rolando?

—Una mujer.

—¿Como mi mamá o la tuya?

—Igualitas, pibito, pero sin dueño que la espere en la casa.

Rolando conoció el mar a los cincuenta y ocho años. Lo llevó mi tío Alfredo, el hermano menor de mi padre, a pasar las primeras y únicas vacaciones que conoció en su vida. No lo vi, pero me lo contó mi tía, que lo registró con lujo de detalles.

Llegaron a Mar de Ajó un lunes a media tarde, y lo llevaron directamente al mar. Rolando dijo e hizo algunas cosas inconexas, tan carentes por completo de compostura que no hay vez que no se recuerde esto en una mesa familiar y a todos se nos llenen los ojos de lágrimas.

Cuando estuvo detrás de un médano pidió detenerse a escuchar el mar:

—Ese ruido es el mar, ¿no? —dijo.

—Sí, Rolando —contestó mi tía.

—Parece el espíritu de todos los leones de África.

Inmediatamente pidió que le taparan los ojos y lo llevaran de la mano. Siguió escuchando el mar con los ojos

tapados por las manos de mi tía hasta que el agua fría le tocó los pies descalzos.

—La lengua del gran león —dijo.

Pidió que le destaparan los ojos. Y miró. Mi tía quiso describir varias veces la manera de mirar de Rolando, pero nunca pudo. Rolando se quedó mudo un rato incómodamente largo. Balbuceó alguna sílaba que mi tía no entendió. Luego dijo: "El mar", luego: "Ya sé que esto es el mar", luego: "El mismo mar", luego: "El que hizo el Dios del cielo".

Hizo un silencio largo y pidió volver a la casa a descansar un poco. Cuando mi tío le dijo que todavía tenían algunas horas de sol, él dijo que prefería ir a la casa en ese instante. Mi tía lo llevó, todos los que conocíamos a Rolando sabíamos que era un ser excesivamente sensible, y no convenía contradecirlo mucho.

Durante la cena se lo pasó meditabundo y casi sin beber vino. Fue mi tía quien le preguntó por qué se había vuelto tan rápido si tanto le había gustado el mar.

—Es que sentí una enorme necesidad de recordarlo.

La madre "paridora" de Rolando muere de *delirium tremens*, el padre muere de cirrosis. Rolando bebe más y más, trabaja menos, se pone oscuro. En la última etapa tomaba un litro de ginebra y dos o tres cartones de vino por día. No comía casi nada, no trabajaba de albañil ni en el cementerio. Pero había sembrado bastante y siempre conseguía (mi tía Maritza primera en la lista) un plato de comida, ropa limpia y zurcida, medicamentos y un lugar decente en donde dormir. Del cementerio hacía tiempo que lo habían echado, y ya no se podía confiar en que hiciera un trabajo medianamente bien. No era tan ocurrente, y ni siquiera sonreía. No fue la vida la que lo hizo así, fue el alcohol. La vida lo hizo beber, tal vez la ingesta feroz de su madre que se pasó los nueve meses de

embarazo borracha lo había condenado a esta adicción desde antes de nacer. Y luego esa trampa tan difícil de ver hasta por el alcohólico más inteligente, esos hilos aparentemente inofensivos de esta tela, aparentemente delgados y endebles, pero que pueden sostener una obsesión y una compulsión del tamaño de un mamut. Yo pienso que Rolando nunca se dio cuenta de que tenía un problema con el alcohol. Su cerebro se fue apagando y ya no era confiable. Sin embargo, sí se podía confiar en su corazón y en su lengua. Lo que quiero decir es que jamás, ni en la peor oscuridad de su existencia, Rolando ofendió a una persona, ni le negó el saludo. Y que jamás de los jamases abandonó a alguien a su suerte. Y cuando digo alguien sumo a la infinidad de amigos a los cuales ayudó, a los perros y gatos que encontraba por ahí y con los cuales deambulaba insistiéndoles a los vecinos para que los adoptaran. Fue cuando ya estaba tan mal que le diagnosticaron cirrosis irreversible. El hígado se le iba haciendo piedra y no tardó en deshacerse como arena negra.

Terminó sus días en el hospital Eva Perón, en una habitación que mi tía Maritza logró conseguir para él solo; mirando dibujos animados en una tele que le habían llevado sus amigos, los otros borrachos. Y, como era de esperarse, dijo sus últimas palabras. Un domingo de sol, anonadado ante una propaganda de Gancia, o de Cinzano, esa en la que un galán en un ambiente de millonarios le suelta los galgos de su imaginación a un ser de la misma especie que él pero hembra, pidió que le apagaran el televisor y dijo:

—Más respeto. Soy un hombre. Tengo libros.

Eso dicen que dijo mi querido Rolando. Luego entró en coma y murió esa misma noche.

Paso doce

"Habiendo obtenido un despertar espiritual como resultado de estos pasos, tratamos de llevar el mensaje a los adictos y de practicar estos principios en todos los aspectos de nuestra vida."

¿Qué es esto? ¿Un paso hacia el nirvana? ¿Una especie de penúltimo peldaño a la santidad? ¿Me piden un milagro? ¿Me piden que alucine sobrio? ¿Están fumados? ¿Borrachos? ¿De ácido? Leyendo el enunciado puede que cualquiera de nosotros, o que la mayoría de nosotros, se pregunte con sarcasmo cosas parecidas. O que, más medidamente, pensemos: suena muy lindo... si realmente se pudiera.

Pero un despertar espiritual como resultado de haber trabajado estos pasos no es ni más ni menos que haber adquirido un determinado nivel de consciencia, superior al que solíamos tener, por cierto. Ese nivel de consciencia superior al que teníamos es lo que nos garantiza el Programa de los Doce Pasos. Es la fabricación de un milagro, la construcción de una espiritualidad.

Aunque a veces existe el milagro mágico secreto. Y fue un milagro secreto el que llevó al fundador de Alcohólicos Anónimos, Bill W., a buscar la oreja de otro borracho. Un día, despertándose en un hospital después de una gran borrachera, vivió una epifanía que le cambió la vida a millones de personas en todo el mundo, que le sigue y le seguirá cambiando la vida a cualquier adicto que toque fondo y busque ayuda en estas confraternidades. Hoy hay sociedades que combaten todos los tipos de adicciones: al amor, al trabajo, a la comida, hasta a la violencia y la soledad. El mismo método de los Doce Pasos adaptado a cualquier adicción imaginada. A cualquier atrocidad disfrazada de costumbre, de hábito. Porque en estos casos el hábito hace al monje, y si no nos movemos de ese lugar lo que dejaremos será el recuerdo de una persona detestable, de alguien que desperdició su paso por el mundo.

Vaya esta última crónica entonces en memoria de Bill W., de ese hombre y de su reencarnación alemana: la emperatriz de Charlottenburg. Porque ambos se dieron cuenta de que necesitaban a otro borracho para hablar. Es más, se dieron cuenta de que necesitaban que otro borracho les hablara. Bill W. encontró al primero de esta larga lista y fundó así AA. La emperatriz de Charlottenburg me encontró a mí y fundó definitivamente mi amor por el pueblo alemán, derrumbó mis juicios sobre su gente y me acarició el alma con el inesperadamente dulce terciopelo de su lengua.

La emperatriz de Charlottenburg

Estaba becado en Berlín y se acercaba el primero de los dos inviernos de los que iba a pasar en esa querida ciudad cuando recibí un mail un tanto preocupante de mi hijo mayor. Me decía que odiaba la primavera y todo lo que con ella se manifiesta en la gente, sobre todo en la gente de su edad. Que no tenía ganas de nada: "No tengo ganas de seguir", decía textualmente en su mail. Él tenía diecinueve años en ese momento y si bien siempre había sido un chico con una enorme sensibilidad existencial, el mail me preocupó. Y aunque sabía perfectamente que podía tratarse de un sentimiento exagerado, ante la mínima posibilidad de que pudiera pasarle algo me dispuse a tantear la situación de cerca, y a viajar a Buenos Aires en caso de ser necesario.

Yo había ganado la beca para terminar la escritura de *En cinco minutos levántate María*, y había estado muy metido en esta novela, además de tratar de sobrevivir a una relación que más que relación se había convertido en una especie de invasión bárbara. Es que había conocido a una chica, no tan chica en realidad, y nos habíamos enamorado un poco. Porque amor fue, de eso no tengo dudas: yo estaba enamorado de su culo y ella de mi beca, supongo. Y por más que hacía poquitos años que estaba felizmente casada, viviendo en un minúsculo pueblo a ochenta kilómetros de París, se me apareció en Berlin Hauptbahnhof con todas sus pertenencias y me pidió una especie de asilo sentimental, ya que al parecer el marido se había puesto un tanto violento.

Habíamos tenido unos encuentros furtivos y muy

apasionados, y la soledad y la imposibilidad de hablar con una mujer en Berlín (no hablo inglés y mucho menos hablo alemán) fueron determinantes a la hora de no pensar mucho en este asunto. Y repito, también fue determinante el hecho de que la quería, de que me gustaba.

De que el marido no era ningún violento sino un franchute desprevenido, como desprevenido fui yo, me iba a enterar más tarde, cuando ella, tras habernos separado luego de una tremenda discusión en el departamento que yo mismo le alquilaba en Buenos Aires, me acusó de lo mismo. Pero eso es harina de otro costal, a lo que voy es a que, como ella hacía dos semanas que estaba instalada en mis aposentos, le leí el mail de mi querido hijo Nuncio. Lo escuchó con atención y me dijo que no le hiciera caso, que no era para preocuparse, que ella en la adolescencia había sido igual.

No me convenció mucho, y no me convenció por esa carita que ya le conocía. El tema es que el pibe escribe muy bien (escribía muy bien ya por ese entonces) y yo le había leído a ella algunos textos que dibujaron en su cara esto de lo que les hablo. "Eso" que siempre se le dibujaba en la cara cuando descubría a alguien más joven que ella que escribía relativamente bien: envidia. Absurda, porque ella es bastante talentosa como escritora. Pero envidia al fin. Debido a esa actitud, y cada vez que recaía en ella, comencé a llamarla con el apodo de Fe Triste, un anagrama de su nombre y apellido que le quedaba y le queda muy bien, debido a su manera de ser.

Le contesté el mail a mi hijo y le dije que si él quería, viajaría para verlo. Le escribí a su madre y les hablé a dos de sus amigos pidiéndoles que no lo dejaran ni a sol ni a sombra y que trataran, disimuladamente, de hablar con él.

A la semana de recibir el mail vino a visitarnos al departamento de Halensee mi amigo Sergio Olguín. Acababa de recibir un importante premio literario y se comunicó conmigo diciéndome que iba a andar un par de días

por Berlín, que amasara unas pizzas y afinara la guitarra. Por supuesto que lo hice y me tomé la libertad de invitar a otras pocas personas: Pepe y su mujer (argentino él, alemana ella), a quienes había conocido en un bar llamado Caminito, donde comprábamos yerba Cruz de Malta, alfajores Jorgito y porrones de Imperial o Quilmes, y a Matthias Strobel, un alemán más argento que el alambre, gran bailarín de tango y quien era en ese entonces nuestro traductor, nuestro agente literario y nuestro amigo del alma.

La noche fue hermosa, con comida, chistes, guitarreada y muchísimo alcohol. Cuando los invitados se fueron mi novia se puso más Fe Triste que nunca. Empezó a criticar a todos, y me di cuenta de que estaba envidiando el premio de Sergio. Nos peleamos fuerte, nos dijimos de todo y luego de decirnos de todo nos tiramos con todo lo que teníamos al alcance de la mano. De repente nos quedamos en silencio ante un golpe en la puerta del departamento que nos habrá propinado alguno de nuestros vecinos. Sabíamos que la gente en Alemania llama a la cana sin dudarlo un instante, y nos calmamos. Fui hasta el dormitorio y tomé un papel con un resto de merca de la última entrega que habíamos recibido de Buenos Aires. Tomamos dos rayas cada uno y cogimos como simios hasta que nos quedamos dormidos.

Nuestra relación era así, y no es que yo me arrepienta de esa relación, es sólo que tardé en darme cuenta de lo enferma que era, el enorme grado de locura que cargaba.

En la cama éramos perfectos, pero jamás estábamos solos en la cama, siempre teníamos la compañía del alcohol o la merca, y muchas veces la de otra mujer. Más esporádicamente en Berlín, y con frecuencia en el tiempo en que convivimos en Argentina. Yo me estaba asqueando rápidamente de todo eso, pero no sabía cómo salir.

La droga en Europa es cara y mala, pero a mí me llegaban unos diez gramos mensuales de la mejor que se

podía comprar en Buenos Aires. Me llegaban en unas tarjetas de felicitación, puntualmente, todas las primeras semanas de cada mes. Picada y bien esparcida en un sobre transparente adentro de las dos hojas de la tarjeta. Yo combinaba telefónicamente con mi puntero en La Paternal y le transfería el dinero por Western Union. Y el tipo me la mandaba con un número de seguimiento electrónico que yo chequeaba por Internet. Cada vez el cartero tocaba el portero eléctrico y decía:

—*Herr* Ramos.

—*Ja* —decía yo, y bajaba corriendo los cinco tramos de escaleras.

El tipo me hacía firmar y me entregaba la carta. Entonces, desde abajo, yo le gritaba a Fe Triste, ahora hermosa y plena: ¡Llegó la Merkel, llegó la Merkel!

En ningún momento fui consciente, ni ella tampoco, de lo que podía haberme pasado de haberse descubierto el asunto. No creo que el hecho de que yo fuera escritor hubiese atenuado el tratamiento que me hubieran dado de caer en cana por narco.

Con los diez gramos encima nos dedicábamos a coger por tres o cuatro días seguidos sin pausa ni prisa. Serenos y duros, hasta que la cosa se terminaba y la guerra volvía a empezar. Fue por aquel otoño, cuando, en un estado bastante lamentable, salimos a comprar más alcohol al Kaiser's de la avenida Kurfürstendamm, que vimos por primera vez a la emperatriz de Charlottenburg.

Estaba sentada en un banquito verde de la pequeña Agathe-Lasch-Platz. Tendría unos setenta años y estaba vestida con un vestidito de media estación verde esmeralda, con botones dorados, zapatillitas también doradas y un peinado con raya al medio al mejor estilo Isabel la Católica.

La mujer era una borracha de la calle, pero lo que menos parecía era una borracha de la calle. Si bien ese día sólo reparé en su condición y su aspecto de reina, no le

ofrecí ni dinero ni una mirada y mucho menos una sonrisa: yo estaba para atrás. Fe Triste sí la encaró, le dio un beso y le dio cinco euros. Ella era muy hermosa cuando era hermosa, jamás voy a negar una verdad semejante.

Volvimos a casa con nuestra grapa italiana y algunas cosas más y me encerré a escribir.

Al otro día inauguré una costumbre. En el supermercado había una máquina en la cual los clientes depositaban los envases vacíos de vidrio. Envases de cerveza, gaseosa, vino y frascos de yogur, de mermeladas o encurtidos. Cada uno de esos envases tenía un valor que la máquina iba sumando automáticamente. Al final, uno retiraba un ticket por la suma de todo lo que había "vendido", que se descontaba de la compra. Sin duda, un pequeño incentivo para el reciclaje, pequeño y justo, bien alemán, por cierto. La costumbre que tomé fue la de darle ese ticket a esta particular mujer de la calle. Quien después, antes de perderla de vista para siempre, me diría que se llamaba Caterina y que era la hija perdida de la emperatriz de Charlottenburg.

La suma del ticket era a veces de hasta quince o veinte euros, debido a las tremendas regaderas de alcohol que nos dábamos con Fe Triste. Le di todos mis tickets hasta bien avanzado el otoño. La mujer agradecía siempre, con un "*Danke*" cortito y una hermosa sonrisa que duraba lo que dura un pestañeo.

Y será por el desasosiego de la relación que estaba viviendo, que me ahogaba cada día más, que me estaba arruinando ese premio tan milagrosamente ganado, que me condicionaba la escritura, las amistades, las sonrisas y la economía, ya que Fe Triste se había colgado completamente de mí y hasta tuve que pagarle un plan médico para que le permitieran su estancia en una propiedad estatal, que exploté por fin un lunes, dos semanas después del primer encuentro con la mujer, cuando desembarcó en mi departamento la madre de Fe Triste

"a quedarse los dos días previos al viaje" que ellas iban a hacer por Europa. Exploté, digo, porque vomité sangre, bastante sangre, y me asusté mucho. Me fui de casa con la intención de emborracharme en la cantina de un portugués del que me había hecho amigo y pedirle que me buscara un hotel. Tan embalado caminaba que crucé la calle con el semáforo en rojo, frente a un policía que estaba parado en la puerta de lo que hasta ese momento yo no había reparado que era una comisaría. El policía me detuvo y empezó a reprenderme. No intenté decirle que no hablaba alemán pero el tipo se dio cuenta enseguida y fue señalándome los casilleros de la boleta de infracción en los cuales yo tuve que poner mi nombre, mi apellido y mi dirección, y hasta un número de tarjeta de crédito. Puse la dirección de Buenos Aires.

—¿*Cuk chak cuk chak*? —preguntó el cana, leyendo el nombre de mi calle porteña.

—*Ja* —contesté—. Paternal, Buenos Aires, Argentina.

Decididamente molesto, me dio la boleta y se retiró. Yo tiré la boleta en el primer cesto que vi, para que no fueran a creer que era un negro maleducado. Y fue entonces que al pasar por la placita vi que la anciana no tenía nada de beber. Inmediatamente cambié de planes, desistí de ir a lo del portugués y entré al Kaiser's. Compré un pack de seis porrones de cerveza de trigo, negra. Natural. Me fui a la plaza, me senté al lado de la anciana, destapé dos y le di una.

—*Prost* —dije.

—*Prost* —dijo la anciana.

Me encanta cómo en alemán "Salud" evoca "próstata", justamente lo que uno se va a ir dañando con tanto brindis. Bebimos en silencio una cerveza tras otra. Esas cervezas son un poco subidas en graduación alcohólica, no tanto como las belgas pero bastante más que las nuestras. Con la tercera yo ya estaba picado. Pero ella parecía normal. Me levanté y fui por seis más. En cuanto volví

fue ella quien las destapó, y quien, antes de darme la mía, le pasó un pañuelo limpio por el pico.

—*Gut* —dijo.

La mujer bebió y comenzó a hablar, enseguida me di cuenta de que me estaba contando algo. Algo que tenía que ver con la cerveza, con la bebida o concretamente con el alcohol. Su tono no era dramático ni triste ni mucho menos lastimero, me hablaba de una manera inexpresiva y tranquilizadora. La escuché por un rato largo esperando una oportunidad, un respiro, una pausa en su discurso en la que yo pudiera avisarle que no hablaba alemán. La mujer no lo hizo, sencillamente agotó lo que tenía para decir antes de terminar el porrón. Finalmente suspiró y apuró la bebida.

Me iba a levantar, apenas había hecho el movimiento de inclinarme hacia delante, cuando ella se anticipó tomándome del muslo.

—*Sag was* —dijo.

—*Entschuldigen Sie. Ich spreche kein Deutsch* —dije, que era la frase que tenía ensayada para pedir disculpas por no hablar alemán.

—*Gut.*

Me quedé mirándola. Me decía que eso era bueno. ¿Que era mejor? Claro, yo no hablaba alemán y ella no hablaba español. Era perfecto, los dos hablábamos borracho, lo habíamos estudiado en la misma universidad, la universidad de la botella. Libre, laica y sin fronteras. Hubo un rato muy largo de silencio, lo que duraron casi los dos porrones que nos quedaban.

Ella me sostenía la mirada y yo supe que me iba a ganar. Me sentía borracho, y el misticismo natural que hace que en estos casos yo tienda a pensar en ángeles o mensajeros astrales había mezclado los ingredientes perfectos en la coctelera de mi cabeza. Había algo que realmente me resultaba imposible, la mujer no estaba borracha, o al menos no se le notaba la borrachera. Había tomado,

igual que yo, seis cervezas negras de una graduación de 6,5 volúmenes.

—*Sag was* —volvió a decir.

Y me largué. Saqué de mi bolsillo el mail que me había mandado mi hijo y comencé a leérselo a la mujer. Terminé de leer y comencé a hablarle, como si hubiera descubierto la solución a todo lo que me venía pasando, o al menos el canal de alivio para ese maremoto de dudas y de mierda en el cual se había convertido lo que *a priori* debería haber sido el año más tranquilo de mi vida. Yo hablaba, y ella asentía y bebía cerveza, escuchaba largo rato antes de volver a asentir y volver a beber.

Le hablé de todo, de mis hijos, del sueño que había tenido de que una hija venía a mi vida, de mis padres, de mis hermanos, de mi barrio, de mi infancia. De la novia hermosa que había dejado en Salvador de Bahía, que no había venido por miedo al racismo. De que era negra, como las uvas negras, como la cerveza que estábamos tomando. De Fe Triste, de todo el daño que nos estábamos haciendo.

Le hablé de la soledad, de lo bien que me sentía solo, de lo mal que me sentía lejos. Que no era la misma soledad la soledad de Berlín que la de Buenos Aires. Le hablé, le hablé y le hablé. Y sentí en carne propia lo que habrá sentido Bill W. el día en que entendió que tenía que hablar con otro borracho. Yo siempre pensé que la cosa era con otro borracho que estuviera sobrio, pero ahí entendí algo lógico que nunca me dijo nadie en ningún grupo. Bill W. buscó un borracho para hablar y tuvo que haber sido cualquier borracho, el primer borracho que quisiera escucharlo.

Durante tres semanas, de lunes a lunes, a eso de las dos de la tarde, repetí estos encuentros, cada vez con menos alcohol, con la anciana de Agathe-Lasch-Platz. Hasta que dos días antes de que la llevaran a uno de los refugios de invierno fui a su encuentro con mi amigo Pepe, que hablaba un poco de alemán, y con una docena de cervezas

Quilmes que compré en el bar Caminito. Le hice probar una, le dije que era la cerveza de mi tierra y ella me dijo que era muy buena. Después dijo su nombre, Caterina, y me pidió que jamás lo escribiera con K (ahora me doy cuenta de que predijo que lo iba a escribir, aunque yo nunca le dije que era escritor). Y que estaba frente a ese supermercado esperando la oportunidad de reclamar su trono. Caterina nos dijo a Pepe y a mí que el dueño de los supermercados Kaiser's era el emperador de Alemania y que ella era la hija no reconocida de la emperatriz de Charlottenburg.

—*Ich bin die verlorene Tochter der Kaiserin* —fue lo que dijo.

Luego nos fuimos, borrachos los tres, repletos de cerveza Quilmes.

La volví a ver dos veces más. La primera, no hablamos, y la segunda, ella dijo muy claramente la palabra Quilmes y yo me reí. Creo que fue el aviso perfecto de que a partir de ese momento nuestra conversación iba a caer en el lugar común de las conversaciones de borrachos o de mendigos y turistas.

Pasé una semana sin ir al supermercado y el primer día verdaderamente frío le robé un tapado rojo a Fe Triste y salí a dárselo a Caterina. Sentí el frío intenso de mi primer invierno berlinés. "Qué frío intenso", fue exactamente lo que pensé. Hacía cinco grados bajo cero y lo que yo no sabía era que ese mismo invierno la temperatura alcanzaría los menos treinta. Algo impensado, algo imposible.

Terminó la beca, viajamos a Buenos Aires y Fe Triste y yo nos separamos de la peor manera posible. Nunca más vi a alguien pasarle un trapo al pico de una botella, y durante mucho tiempo pensé que era un detalle que yo me había inventado, ese gesto de cariño maternal de aquella mujer borracha emperatriz de una Alemania que hacía

mucho prefería el dinero a la magia. Pero tiempo después pasó algo similar, en Santiago del Estero, en el pueblo de Quimilí. Una mujer me ofreció un mate cuando paré a preguntar por una pieza para dormir. Ella cebaba a la sombra de una morera, la temperatura era de casi 50 grados centígrados. El anti Berlín, supongo. La mujer tenía un lienzo blanco en la mano. Me dijo que podía quedarme en su casa y le dije que sí. Carmenza, así se llamaba la mujer, sonrió, tiró un poco de agua caliente en un extremo del lienzo, limpió la bombilla y me dio el cimarrón. Tuve ganas de decirle: "*Danke*", pero temí que la mujer lo tomara como una ofensa, ya que esto de ser porteño en el interior del país es algo así como ser alemán en el resto de Europa: uno se siente estúpidamente culpable y trata de disimularlo.

Final con Toti

Este libro se termina, pero no podría cerrarse sin Toti. Toti es el delegado internacional de Narcóticos Anónimos de la Argentina, tal vez uno de los compañeros que más y mejor servicio hayan brindado en esta confraternidad. Porque él, muy inteligentemente, fundó los cimientos de su propia recuperación en el servicio, supo que servir es anteponer las necesidades de los demás a las propias, ir descifrando así ese códice de egocentrismo tan destructivo, tan letal, que vamos escribiendo los adictos.

Toti tuvo una vida dura, una vida durísima a la cual no se le ocurrió mejor idea que la de agregarle drogas y alcohol. Su madre se suicidó bebiendo ácido. Su hermana, inyectándose cianuro mientras él miraba para otro lado, mientras él no estaba o, mucho peor, estaba, pero drogado. El padre de Toti murió tirado, doblegado por la cirrosis y el alcohol. Y el mismo Toti, hace poco, teniendo casi veinte años de sobriedad sin recaídas ni dudas y siendo un enorme referente de NA, tuvo que superar una enfermedad terrible, además de lidiar con la hepatitis y una cirrosis por suerte estacionada en segundo grado. Y le ganó a todo, le ganó al dolor, al pasado, a su culpa por ese pasado, al miedo al futuro, a las drogas, al alcohol, al cáncer y al suicidio: una idea que lo acompaña desde chico ya que así lo aprendió de los suyos, ya que así se iban en su familia (y en nuestro barrio también) los que no podían más.

Toti es uno de mis más grandes amigos de la infancia, juntos consumimos muchas veces, juntos estuvimos en la cancha de Arsenal, bebiendo y llenándonos de todo tipo de sustancias. Y es el que abrió un grupo en el club

del barrio, al lado del puntero, en la cara del puntero: es también una de las personas más valientes que conocí. Siempre admiré el valor de Toti, capaz de pelearse contra la hinchada de El Porvenir él solo. Parece un chiste, pero nuestro histórico rival fue siempre El Porvenir.

Cuando conoció los grupos y trabajó los primeros pasos estaba tan contento que no cabía en su cuerpo. Su alma, un alma muy hermosa por cierto, no soportaba la idea de saber que nosotros, sus hermanos de infancia, no conocíamos la noticia y seguíamos rebotando en la cárcel, en los hospitales o muriéndonos, como Beto, Plumita y tantos otros, a causa del consumo. Tanto que en los primeros meses nos llevó casi a las trompadas a una reunión. Resbalando en la impotencia de ver cómo no nos dábamos cuenta. Por supuesto que tuvo que rendirse en eso también: nada iba a llevarnos a NA, tan sólo nuestra decisión el día en que no pudiéramos más.

Hoy, además de líder de NA, es tesorero en Arsenal de Sarandí y tiene su propia empresa de telefonía. Le va bien, como una consecuencia de estar bien. Pero, como él mismo me dijo, "a mí siempre me fue bien, sólo que no lo soportaba".

Cuando una vez le pregunté si le agradecía a Dios por algo, me contestó lo siguiente:

—Le agradezco estar vivo, también algunas otras cosas menores como tener casa, trabajo, amigos como vos, como tu hermano, como el Uruguayo, como Julito. Pero si tuviera que elegir una sola cosa para agradecerle a Dios, le agradecería el hecho de ser un enfermo adicto.

Supuse lo que venía, pero me quedé en silencio.

—Porque de no haber sido un drogadicto no hubiera tenido la oportunidad de conocer el Camino de los Doce Pasos. Un camino que no tiene techo, que usé para dejar de drogarme, de beber, de fumar, pero sobre todo que uso cada día para ser mejor persona, para ser más feliz. Porque descubrí que las drogas nos vuelven personas convencionales. A nosotros, Pablín, que siempre fuimos unos locos lindos, nos vuelven convencionales y vulgares. Por eso, si me pedís que elija una sola cosa, sería ésta: ser un adicto.

Acá dejo este libro, lo termino. Pensando en Toti. En lo que me dijo unos días después de la muerte del único familiar cercano que le quedaba, el tío Negro:

—No cambiaría éste, mi peor día de sobriedad, por mi mejor día de drogado.

Agradecimientos

Agradezco a Lula por cuidar tan bien a Antonia, a Romina por su crítica inteligente y a Julia por entender mejor que nadie, mejor que yo mismo, el objeto de mi escritura.